



El nuevo alcalde de la capital de España

EXCMO. SEÑOR MARQUES DE HOYOS
A quien el Gobierno del general Berenguer
ha nombrado alcalde de Madrid (Fot. Alfonso)

De la vida que pasa
**Las orejas gachas
 de Rocinante...**

Fragmento del monumento al Quijote, original de Coullaut Valera
 (Fot. Cortés)



LA MANCHA EN MADRID

Los comentaristas, que son muchos, y los burlones, que son más, han dado el nombre de la Mancha a la pelada llanura que se extiende en lo que fuera bosque de la plaza de España. Caminan por ella Don Quijote y Sancho á lomos de sus famosas cabalgaduras. Y es delicioso escuchar cómo enjuician las mujeres y los hombres, y aun los chiquillos del pueblo, al escultor que ha creado el grupo, cuyas figuras les parecen un poco grandes ó colocadas sobre pedestal un poco bajo. Oid algunas de estas incertidumbres: «¿No está Rocinante demasiado gordo y lucio?» Otro contemplador agrega: «¿Por qué camina cansino y jadeante, las orejas gachas, el resuello fatigado, si el rucio vá con las orejas enhiestas, y aligero, á pesar de la mole de Sancho, que debiera abrumarle y enervarle?» Y un malandrín, tratante en ganados, acaso, que bajaba hacia la Estación del Norte, y se detuvo á justipreciar la recua cervantina, añadió: «¿Y este asno representativo y simbólico, si es manchego, no debiera tener más grave corpulencia, cual corresponde á la casta castellana?» De este orden podrían recogerse otras muchas sagaces observaciones, al pie del monumento que abruma con su inflada pesadumbre el breve trasunto de la Mancha que hemos instalado en Madrid; correspondiendo en todo á la visión que el geógrafo Vidal de Lablanche tuviera de España: «suelo semejante al de Tartaria, donde alternan la estepa y el oasis...»

CONVENDRÍA HACER UNA ENCUESTA

Bien se advierte que el pueblo comentarista no osa juzgar á Don Quijote y Sancho, dejándolos á merced de autorizados cervantistas; este mismo respeto obliga más á las personas ilustradas á acudir con sus luces—como se decía seriamente en el siglo pasado— en auxilio de

los enjuiciadores de mediana cultura. Lo lógico sería que en la Mancha madrileña se alzase un pulpillo ó tribunilla y desde esta cumbre dieran conferencias, de estas que paga nuestro pródigo Ministerio de Instrucción Pública, los profesionales de la andante cervantería. Se nos prometió que este monumento sería como clara fuente del idioma y no hay allí nada claro, sino la calva extensa que hemos hecho para que la pesada mole tenga perspectivas. Y como en esta confusión no acuden las personas calificadas á disuadir las dudas é inquietudes del pueblo, debiera hacerse una encuesta, antes de que pase la moda de que el reportero sea un inquiridor de opiniones y un preguntón desatado. No á los cervantistas solamente, sino á los técnicos en zoología—antes de que el fracaso de los titulados técnicos sea más acabado y ridículo—en transportes, en urbanismo, en cambios monetarios, en sociología, etcétera, que hay ya toda suerte de tecnicismos, debiera preguntarse: «¿El Rocinante que se alza sobre pedestal, en la Mancha madrileña, debiera estar más flaco?» «¿Debiera caminar más esforzada y

animadamente?» «¿Este contraste entre sus orejas abatidas y las enhiestas y respingadoras del rucio, es un símbolo nacional?» «¿El grupo debiera estar en un pedestal más alto, ó, sin pedestal ninguno, caminar á ras del suelo, sobre la praderilla de verde y regable césped que ya le plantaron los jardineros municipales?» Y, en suma, ¿podría temerse que si resucitara don Cristino Martos, dijera del grupo quijsancho-pancheco que no estaba establecido en la Mancha madrileña, sino solamente acampado...? Y si D. José Canalejas, que tanto hizo por la fracasada conmemoración de los centenarios cervantinos, acudiera al punto á decir, que no sólo no estaban acampados, siquiera, Don Quijote y Sancho, sino que no estaban nacionalizados, ¿no quedaría hartos justificada esta indagación periodística que propongo á mis hermanos los gacetilleros, noticieros ó reporteros ó reportadores ó como se les quiera llamar en nuestro nuevo gringo ó gringada ó gringuería?

LA NUEVA CORRUPCIÓN DEL IDIOMA

No se apene el cincelador de las gorduras de Rocinante y abatidor de sus orejas, de que se ponga en duda su interpretación personal del pensamiento cervantino. Hacer el caballo á lo flaco, no hubiera tenido originalidad. Y aquí lo importante y trascendental es aparecer como hombre nuevo, con ideas nuevas, vestidas con palabras nuevas.

Por este afán, por ejemplo, de que no se les entienda, nuestros economistas, como antaño los sofistas de Salamanca ó los krausistas de la cátedra de Sanz del Río, están poniendo el idioma que es ya, no una estepa ni una Mancha, sino una charca, digna, no para hablar de personas, sino para croar de ranas. El rucio camina alegre y arriscado porque Sancho no pudo enseñarle á leer, pero imaginad si no está justificada la melancolía de Rocinante, sabedor de

letras y conocedor de humanidades, creyéndose transportado á extranjera tierra, donde no entiende el idioma de las gentes, aunque muchas de sus palabras recuerdan aquel habla clara, sencilla, sonora, que escuchó en su ajetreada vida.

Pocos días ha, dos economistas de los de á pie, —la mayoría de ellos panzan por ahí, en automóviles del Estado—discurrían junto al pedestal, tratando de la crisis de la edificación en Madrid. «Nuestros capitalistas—decía uno de ellos—consideraban como una buena inversión la compra de casas...» Interrumpió el otro, aprendiz, acaso, solamente: «Inversión, habrás querido decir.» Airado le replicó el que parecía más atecizado: «Así lo dice todo el mundo, y así todos lo entienden, hasta el asno de Sancho Panza, que aquí paca, como si el Estado le hubiera acomodado en la amplitud de una plantilla ó en la plazoleta de un escalafón. Nosotros debemos decir «inversión», que es cosa nueva y graciosa, y llamar «investidor» al capitalista que invierte su dinero comprando casas, y traer al pobrísimo idioma castellano—ya que no acertemos á traer el oro extranjero—un verbo más: «invertir» con su gerundio y sus participios...»

Acaso, de escuchar estas cosas y otras parecidas, anda oticado y fatigado el pobre Rocinante, y respinga como quien es, símbolo en una pieza, el asno rebuznador de Sancho Panza...

LAS IDEAS NUEVAS Y LAS PALABRAS NUEVAS

Se tratara, en verdad, de un hecho nuevo, de una idea nueva, y Rocinante, el rucio y yo, un poco rocinante también—todos los españoles tenemos algo más de tercios rocinantes, que de quiijotes locos—convendríamos en que es posible que la vieja habla castellana no tenga palabras con que expresar bien realidades nuevas. Lo mismo les sucede á los demás idiomas. Pero comprar cosas es negocio tan antiguo, que maravilla que no existan en el hebreo ó el caldeo ó el sanscrito ó en su antepasado el ario, un verbo y un sustantivo expresadores de este tráfico, si bien se advierte que si cada compraventa, desde la de lechugas y cebollinos, hasta la de conciencias, hubiera de designarse con una palabra especial, no habría memoria que las retuviese, y además, tal idioma así enriquecido, sería de una cominería y minuciosidad concebibles por la mentalidad china y no por el claro, sintético y flexible genio latino.

No se trata, en este caso, de vocablos de origen popular, sino de alardes vanos de cultura. Se quiere traer á nuestro idioma palabras inglesas, ya que no se pueden traer libras esterlinas á nuestra economía. Yo no sé inglés, posiblemente por fortuna; pero mi compañero Augusto Barrado lo sabe y como el verbo «invertir» no está incluido en el viejo *Dictionnaire comparé de Langues de Drouin*, hubo de apelar á la cultura de mi camarada, que confirmó mis sospechas. La *inversión* y el *investidor* que nos han traído al castellano nuestros flamantes economistas, son una máscara del verbo inglés *to invest* y del sustantivo *investment*, que, en realidad, corresponden á nuestro verbo *invertir* y á nuestro sustantivo *inversión*, palabras honradas si las hay, que no merecen que nos afrentemos de ellas y las pongamos una mascarilla de barbarismo. Cierto es que en tecnología mercantil inglesa, se usa el verbo *to invest*, como expresión de «invertir, emplear ó poner dinero en los fondos públicos», y aunque nada más público que las casas, no creo que haya que extranjerizar su compra-venta y turbar nuestra tranquilidad pensando cómo se ha de llamar el vendedor de casas, cuando al comprador se le dá el nombre gracioso de «investidor.» Tomándolo del alemán, ¿por qué no?, se le podría llamar también «*exwerbenero*», que hasta parece cosa madrileña, y sino «caufista», que pudiera creerse una de tantas voces de germania, consagradas en nuestro Diccionario. Así, el vendedor podría llamarse «vercaufista» y la Cámara de la Propiedad Urbana cambiar su nombre largo y vulgar por el gringo de Cámara de la Housería ó por el teutón, Cámara de la Hausería. Y habría socios inversores y socios vercaufistas...

Se concibe ahora el símbolo claro que puso el escultor Coullaut Valera en las orejas gachas del cansino Rocinante...

DIONISIO PEREZ



.....
«MISS GRECIA» ASCENDIÓ

*** A «MISS EUROPA» ***
.....

El certamen para elegir reina de belleza en Europa ha sido, esta vez, rapidísimo. Sin duda, los juzgadores han encontrado pronto su tipo. «Miss Grecia», finalmente elegida, tiene, en realidad, encanto suficiente para producir ese efecto y, al cabo, es necesario buscar la supremacía estética en el país clásico

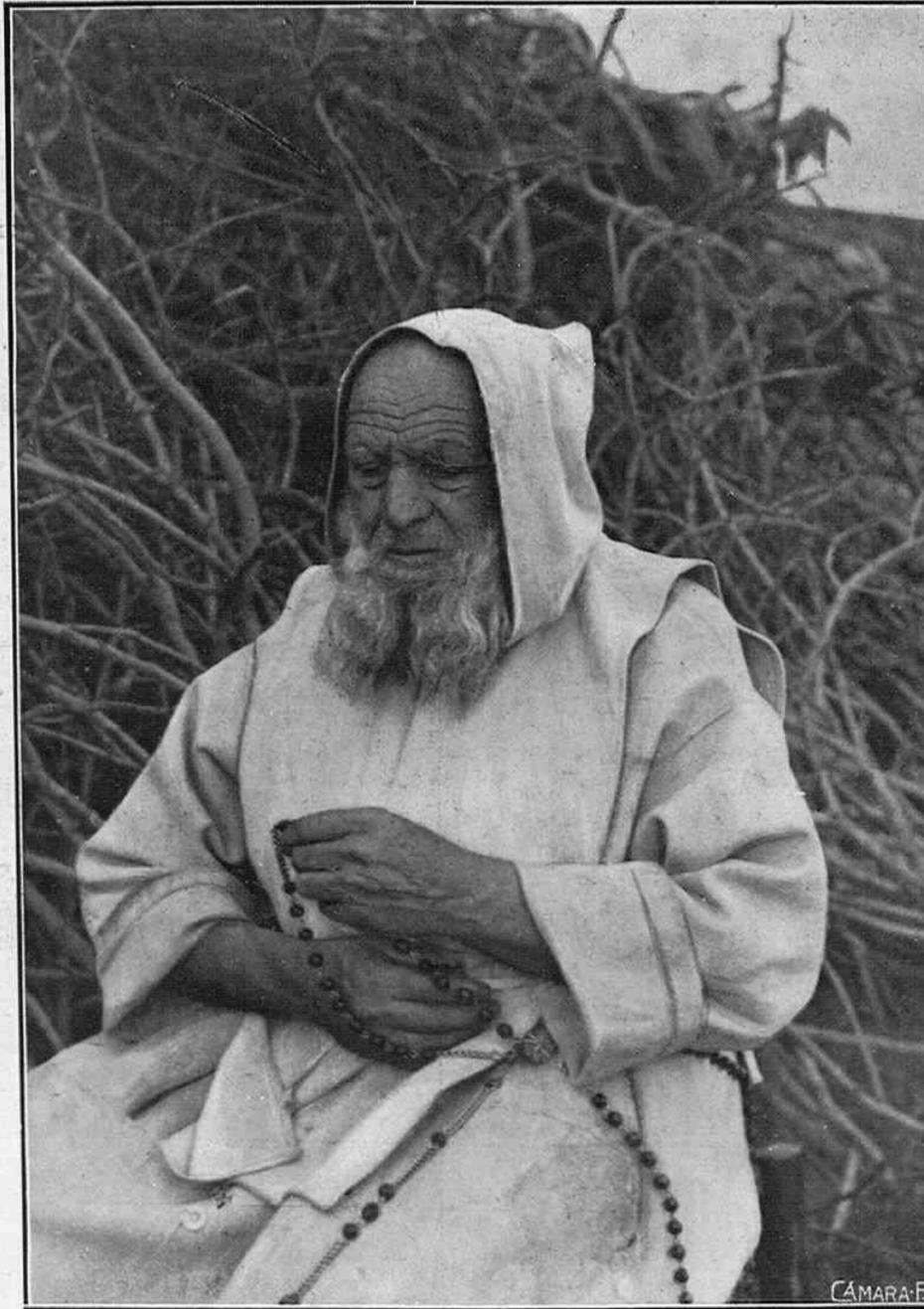
FUNDADORES DE ORDENES

SAN BRUNO

AL milagroso suceso ocurrido al ilustre doctor don Raimundo Dioces y según otros Plegit, se debe la fundación de la sagrada religión de la Cartuja, y aunque no están acordes los historiadores respecto al lugar donde se consumó el hecho, coinciden en todos los demás detalles. Fuera en la catedral de París, ó bien en el propio domicilio del doctor, es el caso que el que había sabido conquistar, por su talento, una merecida fama, el día del sepelio, al entonar el Oficio de Difuntos, en una de las lecciones, incorporó el cadáver diciendo: «En el juicio de Dios estoy acusado». Aplazóse el acto, ante el asombroso suceso, hasta el siguiente día, en el que al repetirse la misma lección, dijo: «Juzgado soy por justo juicio de Dios». Y en un tercer aplazamiento, dijo: «En el juicio de Dios, soy condenado».

Uno de los asistentes al acto fué San Bruno, muy amigo del difunto, que impresionado extraordinariamente, determinó abandonar el siglo y repartir sus bienes entre los pobres, ingresando en la Abadía de Molesmes, cerca de San Roberto, y más tarde en Sèche-Fontaine, en la diócesis de Lángres.

Tuvo lugar el natalicio de este santo varón, hacia el año 1035, en la ciudad de Colonia. Desde niño consagróse de lleno al estudio. Desempeñó una canongía en la Colegial de San Cuniberto, facilitada por el arzobispo Hanón, y luego otra en la catedral de Reims. Aprovechando sus excelentes dotes oratorias, emprendió una larga excursión de predicación, que fué muy estimada; pero al llegar al año 1084 determinó retirarse al desierto y hacer vida eremítica. Para ello reclutó á seis de sus más leales y virtuosos amigos, Landuino, Esteban de Bourg y Esteban de Die (los dos canónigos de San Rufo); Hugo, capellán, y Andrés y Guarino, legos, los cuales reunieron en torno de San Bruno, y constituídos en reducida comunidad acordaron visitar al obispo de Grenoble, don Hugo, ya que en este obispado había lugares apropiados para practicar la vida de anacoreta.



Un religioso cartujano entregado á sus oraciones en un rincón del Monasterio

En camino de Grenoble los virtuosos religiosos, la vigilia de la llegada soñó el obispo que se le aparecieron siete brillantes estrellas, las que postrándose á sus pies, imploraban su gracia y protección; sueño que quedó descifrado tan pronto efectuaron aquéllos la visita. Prestóles el obispo pronta y franca ayuda, y tras algunos

se reintegrar cuanto antes á la vida solitaria, á lo que accedió Urbano II, á condición de que no debía salirse de Italia con objeto de tenerle muy cerca.

Con motivo del cisma del antipapa Guiberto, vióse Urbano II obligado á huir, acompañado de San Bruno, refugiándose en Calabria, en don-

días de descanso, les señaló el propio D. Hugo, en aquellas solitarias tierras, un lugar donde pudieran dedicarse á la vida contemplativa. Recóndito paraje, circundado de altas montañas, en cuyas cresterías se conservaba todo el año la nieve; lugar poblado de fieras, sin vegetación y falta de agua, al que denominaron Cartuja, cuya etimología proviene de carducios (cardos ó tierra carducia). Allí les dejó para que construyeran sus chozas y buscaran el agua necesaria; no obstante, comprometiéndose en prodigarles limosnas.

El primitivo y rústico cenobio lo edificaron los primeros cartujos en el lugar que hoy se conoce con el nombre de Nuestra Señora de Casalibus, el cual fué derribado por un espantoso alud. Más tarde, D. Guido, otro general de la Orden, lo hizo edificar en lugar más seguro y recogido, que es el que hoy ocupa la gran Cartuja, en donde continuaron aquellos iluminados por la fe la vida austera, con su alimentación frugal, mortificando su cuerpo y sentidos, sin desplegar los labios, fundando la Orden el 24 de junio del año 1084, siendo Papa Gregorio VII. Al ocupar la silla pontificia Urbano II, solicitó de San Bruno ayuda, dada su gran sabiduría y ejemplares virtudes, para que interviniera en la resolución de graves conflictos, entre otros, el cisma del antipapa Corregio. Por obediencia acudió á prestar su concurso San Bruno, ya que de otra parte había sido profesor de Urbano II, en Reims, saliendo airoso en cuantos asuntos se le encomendaron. Quiso premiar sus buenos servicios el Sumo Pontífice ofreciéndole el Arzobispado de Reggio de Calabria, honrosa distinción que no aceptó el fundador de la Cartuja; suplicándole éste le dejase

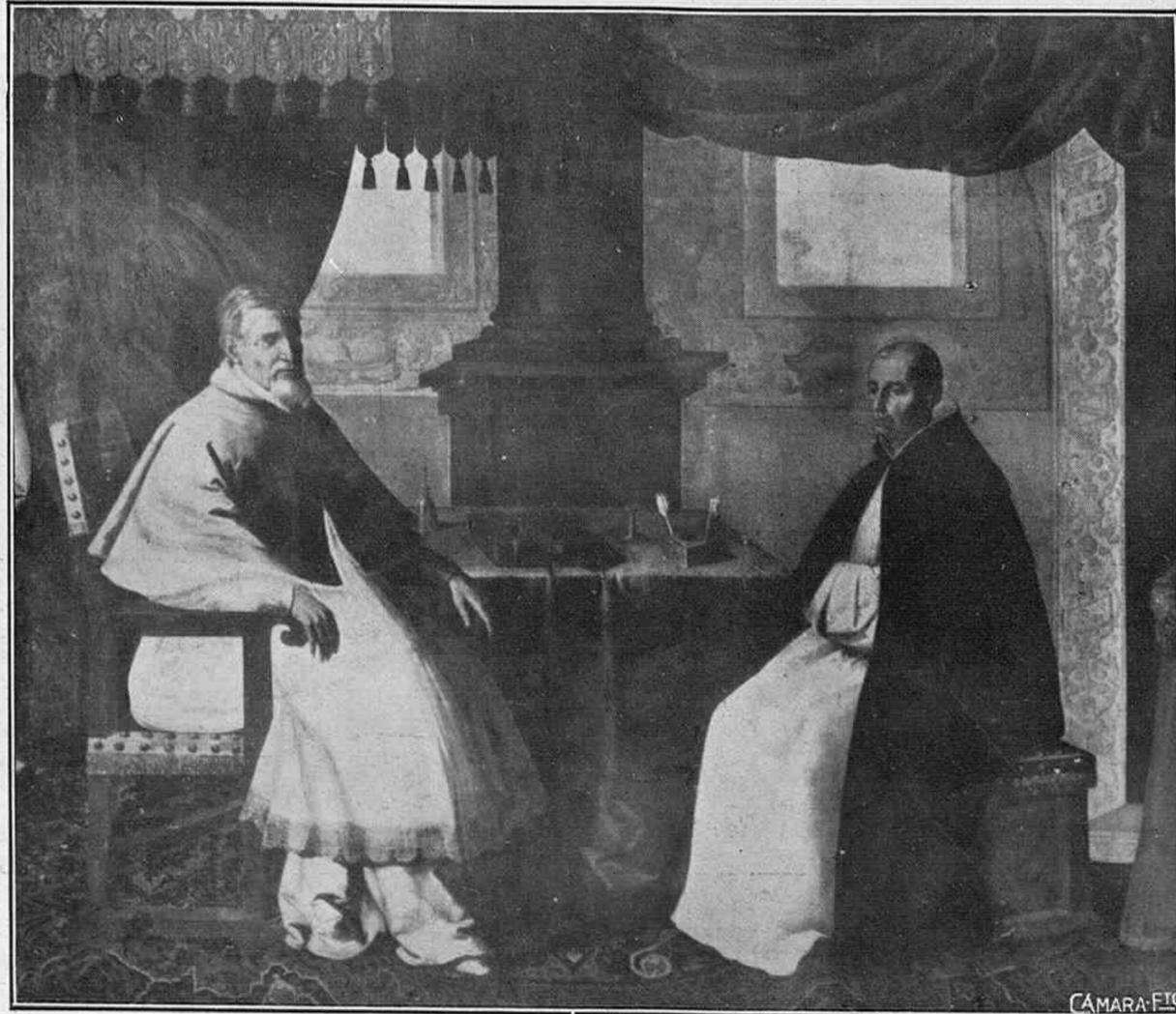


«San Bruno postrado á los pies de Urbano II», lienzo de Fray Antonio Martínez, que se conserva en el Museo Provincial de Zaragoza



«Entrega de la Bula por el Papa Gregorio VII», lienzo de Fray Antonio Martínez, que se conserva en el Museo Provincial de Zaragoza

de les amparó el conde Rogerio, amigo del Papa, que á la sazón tenía sitiada la ciudad de Capua; durante cuyo sitio apareciósele en sueños á Rogerio, San Bruno, advirtiéndole de una traición de que iba á ser víctima aquél de sus propios soldados y de la que pudo librarse, poniéndose sobre las armas. Hizo ciento setenta y dos prisioneros, cuyas vidas fueron salvadas á instancias del propio San Bruno. Rogerio recompensó á éste regalándole la extensa propiedad de la Torre, en la diócesis de Squilache (Calabria), para la construcción de un monasterio cartujano bajo la advocación de Santa María, cuyo gasto corrió á cuenta del Conde. Construyéronse las celdas iguales á las de la Gran Cartuja, y debido al incremento que tomó la nueva casa, contigua á ésta fundóse al poco tiempo otra de la misma Orden, bajo la advocación de San Esteban.



«Conferencia de San Bruno con Urbano II», cuadro de Zurbarán procedente de la Cartuja de Nuestra Señora de las Cuevas, que se conserva en el Museo Provincial de Sevilla

Nuevamente necesitó el Papa la colaboración del patriarca, por el que se hizo acompañar á los concilios de Metje, Benavento y Plasencia, permitiéndole al regresar se retirara definitivamente al monasterio de la Torre, cuya casa encontró en perfecto orden, dada la acertada dirección de Landuino, Prior accidental, el cual profesaba á San Bruno tan entrañable amistad, que, al morir, los monjes le ente-

rraron en el propio sepulcro del fundador. Algo decaído San Bruno, no tan sólo por su avanzada edad, pues ya frisaba en los sesenta y seis años, sino también por la vida austera que llevaba, dedicóse á la formación de los Estatutos de su santa religión, en colaboración con Landuino (prior de la Gran Cartuja), los

cuales más tarde implantó D. Guido. Terminadas las ordenanzas del religioso instituto y agotadas por completo sus energías, entregó su alma al Señor el 6 de Octubre de 1101, al cumplirse los 17 años que habitaba el desierto; siendo colocados sus restos en la Cartuja de San Esteban del Bosque, en los montes últimos del Apenino. Por su austeridad, sabiduría y ejemplar vida, el Pontífice León X lo inscribió en el capítulo de los Santos, y un siglo después, Gregorio XV hizo extensivo su culto á toda la iglesia, por bula de 17 de Febrero de 1623.

De la historia del seráfico San Bruno se han ocupado, entre otros autores, los PP. D. Juan Madariaga, D. Antonio Molina, D. Bruno Solís de Valenzuela, D. Joaquín Alfaura, el abad F. A. Lefebre, D. Blas de Bonabal, cura de Be-

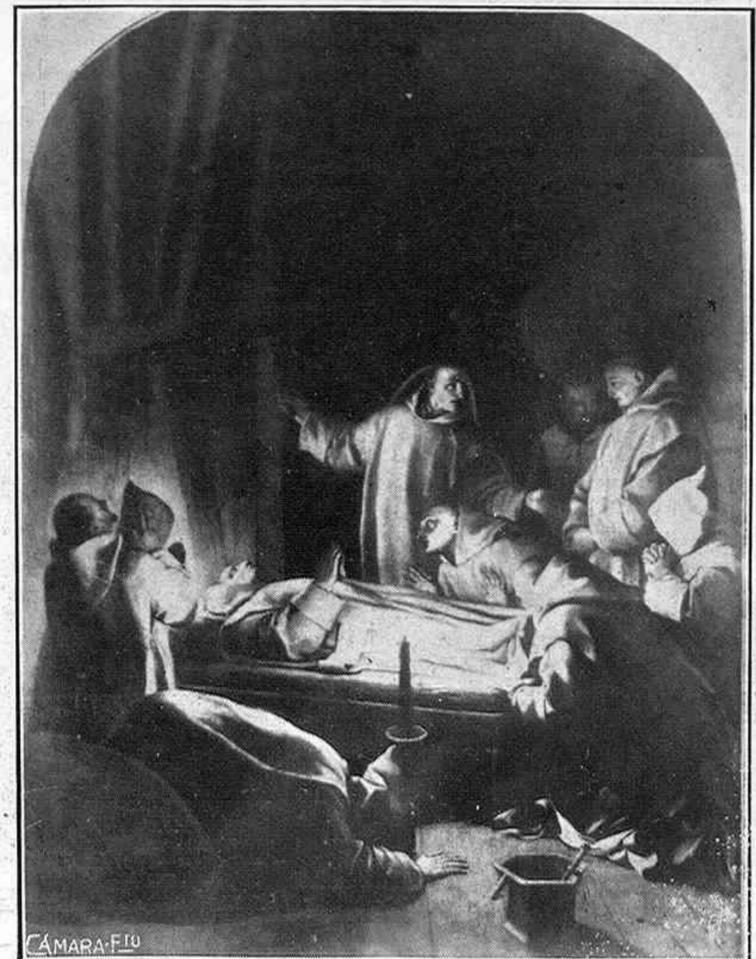
tas, efectuando primorosas obras de arte, de cuya iconografía cartujana me ocuparé en una de mis próximas crónicas.

PEDRO CANO BARRANCO

De la National Geographic Society de Washington.



Bella imagen cuya talla se atribuye al vallisoletano Pedro Alonso de los Ríos, que se conserva en el Museo de Valladolid y procede de la Cartuja de Amiago



«Muerte de San Bruno», hermoso cuadro de Antón Loubre, procedente de la Cartuja de París (Fots. Pedro Cano Barranco)

LA SEMANA TEATRAL

"EL MONJE BLANCO". "EL NEGRO QUE TENIA EL ALMA BLANCA". "LA PICARONA"



Una escena del acto primero de «El monje blanco»

UNA semana teatral en que estrenan una obra de Eduardo Marquina es siempre semana mayor, aunque el ilustre poeta no logre realizar enteramente su propósito.

La razón es obvia: los propósitos teatrales del autor de *Doña María la Brava* son siempre tan altos, que aun parcialmente fracasados, dejan siempre una fuerte sensación de arte, que no logran producir, generalmente, las obras de nuestra dramaturgia actual.

El caso se ha dado una vez más con ocasión del estreno, en el Reina Victoria, del milagro *El monje blanco*. No puede decirse con verdad que Eduardo Marquina haya hecho, aunque el caso era propicio, su obra capital; pero con lo conseguido sigue quedando en el primer lugar entre los dramaturgos que hacen teatro en verso, y que al hacerle entienden que no es sólo la forma rítmica, sino el fondo poético lo que ha de caracterizar á ese teatro.

En este punto, *El monje blanco* muestra un acierto de su autor: la elección de asunto, que tiene dos aspectos por igual apropiados para producir la exaltación lírica que

Una escena culminante del acto segundo de «El monje blanco»
(Fots. Díaz Casariego)

justifica plenamente la forma rimada; de un lado, la emoción mística franciscana, y de otro la rudeza trágica primitiva de los viejos señores, bárbaros intérpretes de la noción de honor, capaces, como el protagonista de *El monje blanco*, de los mayores crímenes por sostener una palabra empeñada.

El estro de Marquina es capaz de ambas notas, y su obra lo demuestra. Toda la exaltación mística de «Fray Can», sobre todo en sus escenas con «Orsina», á la que toma por la *Señora*, encuentran suave y estilizada expresión en el verso de Marquina y, por contraste muy artístico, la tienen recia, ruda, como responde á su tono de tragedia bárbara, aquellas escenas en que el poeta escenifica la terrible confesión de «Hugo del Saso», convertido en religión en el «Hermano Paracletto».

Entre esos dos polos gira *El monje blanco*. A esas dos figuras, «Hugo del Saso» y «Fray Can», está unida, en la cúspide de la construcción dramática, la de «Orsina», la mujer enamorada que, sin profanación, puede ser alzada como soberano símbolo á los altares,

porque su amor apenas si se traduce en otra cosa que en el sacrificio. Las demás figuras de los «retablos»—así llama á su obra Marquina—son todas de segundo plano; pero en él tienen la traza y el color de las figuras primitivas, para las que Sigfredo Burmman ha pintado fondos admirables por su perfecta adecuación sobre todo, en que tienen mucho que aprender los que aspiran, muy desorientados generalmente, á modernizar la escenografía.

¿Qué falta á *El monje blanco* para ser una obra definitiva? A mi juicio, emoción. Basta para pensarlo así, reparar en el efecto que la obra va produciendo en el público y fijarse especialmente en el que producen algunas frases que á veces tienen un curioso perfume echegaryesco y en la indiferencia con que son oídas otras, evidentemente más hondas, menos efectistas, que serían las preferidas si sonaran sobre un fondo de verdadera emoción.

Tal vez ello se deba á la tendencia, natural en un dramaturgo, á la amplificación escenográfica; pero, á mi juicio, el ideal del teatro poético está en ir desprendiéndose de esa amplificación y en estilizarse en el sentido de una simplificación lo más amplia posible, que, cuando menos, busque los aplausos por el camino fácil de las frases «redondas», mejor encontrará la emoción por el camino recto de la verdadera emoción poética.

Sería posible, y aún fácil, examinando comparativamente las obras dramáticas de Marquina, encontrar en alguna de las que lograron mayor vivencia en los escenarios, *En Flandes se ha puesto el Sol*, el tipo contrario, en cierto modo, á esa fórmula de teatro poético, dentro, no obstante, del teatro en verso, en que domina lo dramático y aún lo escenográfico, á la manera de Zorrilla, por ejemplo. Esa es también una posibilidad; pero tampoco á esa fórmula en que supo triunfar también el autor de *El monje blanco*.

Pero, de todos modos, tal como es la obra nueva del ilustre poeta, logró la atención, primero, y el aplauso, después, del público, que fué justo tributándosele.

La interpretación demostró, sobre todo, la flexibilidad de la Compañía Díaz-Artigas, que aún sería mayor si esa Compañía no tuviese, como todas las nuestras, por desgracia, un repertorio absurdo. Josefina Díaz, Santiago Artigas y Díaz merecen mención especial.

En Lara hemos visto una adaptación escénica de la novela de Insúa, *El negro que tenía el alma blanca*.

Ahora, iniciados ya nuestros actores, nuestros empresarios y, lo que es más, nuestro público, en cuanto á la forma, por lo menos, en las corrientes modernistas, son más fáciles que antaño esas adaptaciones; ya no hay necesidad de en-

cajarlas en un molde de tres actos, iguales, ó poco menos, en dimensiones y hasta en forma, y cabe, por tanto, seguir paralelamente la acción de la novela, sin alterar, por tanto, con daño de la psicología de los personajes, el orden de los acontecimientos.

Así lo ha hecho ahora el Sr. Oliver, que, por otra parte, ha sabido elegir acertadamente los elementos más teatralmente dramáticos que existían en la novela de Insúa; pero no ha conseguido olvidar del todo la antigua manera de los adaptadores, que exigía, para que todo quedase muy verdaderamente justificado, largos relatos que, sustituyendo á la acción, dejaban la novela en novela, aunque la sentara un autor

y el público fatalmente había de hacer comparaciones que podían resultar en daño de la obra del Sr. Oliver.

Los actores de Lara hicieron lo posible por avalorar la comedia; pero luchaban con muchas dificultades para vencer como otras veces.

•••••

La tradición de nuestra zarzuela clásica, mejor sería decir de nuestra zarzuela vieja, no se pierde del todo. Los autores de libros siguen inspirándose en Camprodón, que, en ese género al menos, no pasaba de imitador y aún de copista de Scribe.

La picarona está dentro de esa tradición, á la que, sin duda, se atienen los libretistas por pensar que es el único modo de proporcionar á los libretistas selecciones musicales; pero dentro de ella está mejor que otros recientes y hasta tiene en algún momento algún aroma literario, siquiera no llegue, indudablemente, á lo que algunas palabras de sus autores podían hacer pensar.

Como todos los libros de zarzuela, tiene el inconveniente de que los autores se supeditan demasiado á los músicos; pero, al menos, al hacerlo han dado ocasión, en este caso, al maestro Alonso, para hacer una partitura muy del gusto del público, con algunos números fácilmente popularizables á poco que el compositor, que sabe cómo se hacen esas cosas, se empeñe.

Eslava, que bien lo necesitaba, ha encontrado una obra de público, que lo será tanto más cuando, mejorados de sus afecciones laringeas, estén Selica Pérez Carpio y Juan García, que por deferencia á la Empresa cantaron en el estreno, estando enfermos.

•••••

En el Cómico, Loreto Prado, con su gracia habitual, sin caricatura excesiva y muy bien secundada por Chicote y Castro, estrenó una comedia

de enredo, titulada *De cuarenta para arriba...*, que gustó y durará en el cartel.

Es una comedia de enredo, de las que fían el buen éxito, más que en las truculencias del diálogo, en que el lenguaje se retuerce en retuécans no siempre graciosos, en las situaciones cómicas en que el autor logró poner á los personajes.

No por eso deja de tener *De los cuarenta para arriba...* su fin moral, á lo menos en la intención, y en ese sentido va encaminada á convencer á los hombres maduros de los inconvenientes de enverdecer ó de conservar el verdor inicial demasiado tarde.

Pero al lado de esa lección aparece, sin intención seguramente de los autores, otra menos moral para los hombres de mediana edad.

Uniendo las dos moralejas podría ponerse por título á la comedia otro refrán que dice: *Cada cosa á su tiempo...*



Carmen Carbonell y Antonio Vico, principales intérpretes de «El negro que tenía el alma blanca» (Fot. Walken)

en el escenario. La vida que los dramaturgos pretenden reflejar en la escena no suele entretenerse en justificar demasiado las cosas, que, por otra parte, suelen tener la justificación demasiado honda y poco clara, para que pueda ser percibida en unas cuantas escenas de un existir.

Si el Sr. Oliver hubiese pensado en esto y, consiguientemente, hubiese prescindido de los relatos explicativos, su obra hubiese ganado en intensidad dramática y, naturalmente, hubiese sido más adaptación escénica.

En el caso de *El negro que tenía el alma blanca*, ese interés teatral era más necesario, porque el problema étnico, candente en Norteamérica sobre todo, de negros y blancos, no tiene realidad en nuestro país y, por tanto, había de impresionarnos sólo como un relato más.

Otro peligro tenía esa adaptación de la novela de Insúa. Antes de ser comedia fué película,



JOSE GONZALEZ MARIN

Cuyo nuevo género «la dicción escenificada» constituye por sí solo un espectáculo muy artístico y es una destacada actualidad escénica

Las recitaciones escenificadas á que ahora se dedica un actor muy aplaudido en las Compañías Guerrero Mendoza y Borrás, José González Marín, constituyen un espectáculo interesante de completación artística y valen al recitador-actor muy merecidos y cálidos aplausos.

ALEJANDRO MIQUIS



JOSITA HERNAN

Que ha interpretado en el Español la Doña Urraca de «Las mocedades del Cid», afirmando sus indiscutibles méritos como admirable dama joven



JOSEFINA BAKER

La enigmática é inquietante artista, creadora de las danzas negras en París y de conflictos de orden público en otras ciudades

Grito de madre

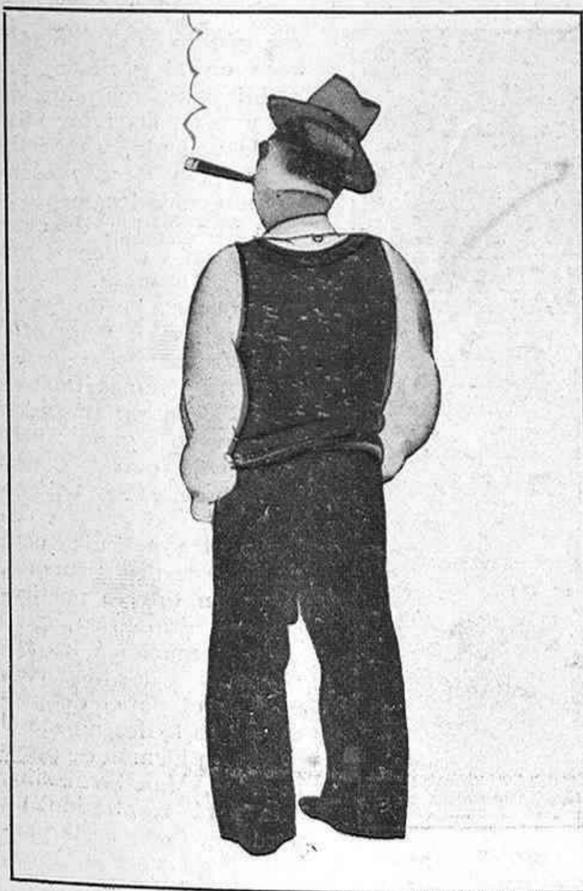
(CUENTO)

No es eso, Mary, no es eso! Siento mucho decirse, pero no consigue usted ponerse en situación! La realidad no es así y el público que tiene buen instinto lo advertirá en el acto. ¡...Está usted en la pantalla y hay que estar en la vida! ¡Permítame que se lo diga, con mi franqueza habitual! Usted procede de las tablas, usted ha sido actriz y echa de menos la palabra... No ignora usted que hemos llegado á obtenerla, si no á dominarla.

—Una palabra artificial, fonográfica, sin matices de verdad...

—Se andará todo; en el fondo es que desdennan ustedes el género, pero convéznase que para la expresión bastan los ojos y el semblante. Las grandes emociones de la vida son mudas. No la ofendan mis palabras. Ya sabemos lo que usted vale. Vaya, vamos á repetir el pasaje... Usted se halla en el jardín de su quinta leyendo un libro, en la tranquilidad de una tarde de verano. Va á anochecer. De pronto oye usted gritos en la casa, gritos estridentes de terror de varias personas. Se levanta usted sobresaltada. Ve usted ascender del techo una espesa columna de humo y echa usted á correr despavorida. De sus labios brota el espanto de la locura: ¡el niño! ¡el niño! ¿Está entendido?

La protagonista de la película, una mujer con sus treinta y cinco, alta y garrida, de bello rostro, que se defiende del asalto de la edad y de continente que acusa firmeza de condición, va á sentarse algo mohina en una mecedora de lona que ampara la sombra de un plátano. El jardín es pequeño y de ambiente burgués como la casa. El jardín tiene una fuente con taza de cemento, con sus inquietos peces rojos, imprescindibles en todo pilón de hotel de mercería, y un surtidor que es una aguja de agua. Plata-bandas con flores, una hilera doble de acacias, conduciendo entre ellas la cinta blanca de la



calle que va á la puerta de la verja y al fondo el edificio de dos pisos, con su escalinata de ingreso, su vestíbulo acristalado con sillas de mimbre, sus ventanas con el dosel del toldo y su terraza superior con balaustrada.

La acción de la película era sencilla y sentimental, buscándose la emoción folletinesca y las lágrimas de fervor puro, como destinada la cinta á unos géneros «blancos», ideados por el empresario del cine, y anunciados en grandes cartelones tricolores, como espectáculo propio para las familias, lo cual equivalía á declarar que no era del todo conveniente á ellas el de los días restantes de la semana. En el hotelito habitaba su dueña, una joven, madre de un niño de pocos años, habido en un primer matrimonio de conveniencias. El enlace había cortado de golpe unos amores de adolescente que se reanuda-

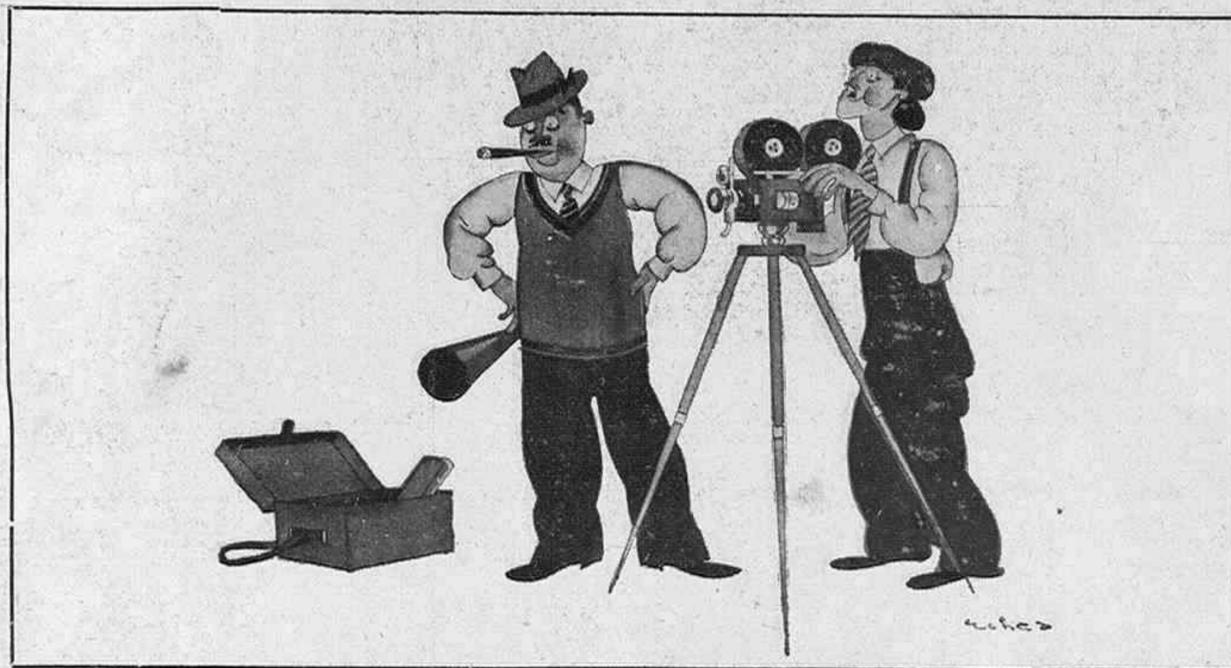
suena furiosamente la campana de la verja. El ayudante corre á abrir. La protagonista, los operadores, el director suspenden un momento su actuación.

—Un telegrama para usted, urgente—dice el ayudante, entregando el despacho á la dama.

Abre ésta el despacho con mano febril, lee y lanza un grito de desolación, descajándose horriblemente el semblante, mientras los operadores, á una seña del director, enfocan sus máquinas y sacan con celeridad sus fotografías.

—De casa de mi madre, señor director. Mi hijo se ha caído de la moto. Imprudencias de los doce años. Dentro de media hora pasa el rápido... Me voy en él. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y con harta sorpresa suya ve que el director la detiene sonriente.



ban, luego de comenzar á ajarse los ineludibles lutos, y el futuro esposo número dos permanecido soltero, mejorado de peculio, y por casualidades de la vida, habitando en un chalet contiguo al de su adorada, llegaba á su entrevista diurna con su amada, en ocasión de estallar en su finca el incendio, que le convertía en héroe salvador de la criatura. Todo había marchado como sobre ruedas menos el grito de la madre.

—Preparados—vuelve á decir el director de la película, mascando su puro, con sus dientes de gastado esmalte por obra y no gracia de sus cincuenta y ocho ó más años y con el mismo tono de autoridad de sus buenos tiempos de empresario de teatro. Los operadores se ahupan atentos á la máquina, cigüña en mano. Un ayudante concluye de perfilar a la dama, leyendo en su libro.

—¿Vamos? Ahora.

La dama se levanta, descompuesto el semblante, descompuesto el traje. Ha oído los gritos de alarma, ha visto el humo denso. ¡Hay fuego! ¡Dios mío! ¡El niño! ¡El niño! Corre despavorida á la casa.

Pero el director no ha quedado satisfecho, mueve la cabeza con aire de disgusto, detiene á la desolada mujer, hace seña á los operadores de que interrumpan su labor. El grito no ha vibrado con la desesperación maternal. Es un grito de espanto, sí, pero no es un grito de madre, no lo acusa el rostro.

—Nada, que no es eso—exclama el operador. —Hoy no está usted en vena. Lo dejaremos para otro día.

•••••

—Un poco fuerte me parece el procedimiento, don Juan—dice el ayudante á su director, mientras arreglan las máquinas para continuar la película unos días después.

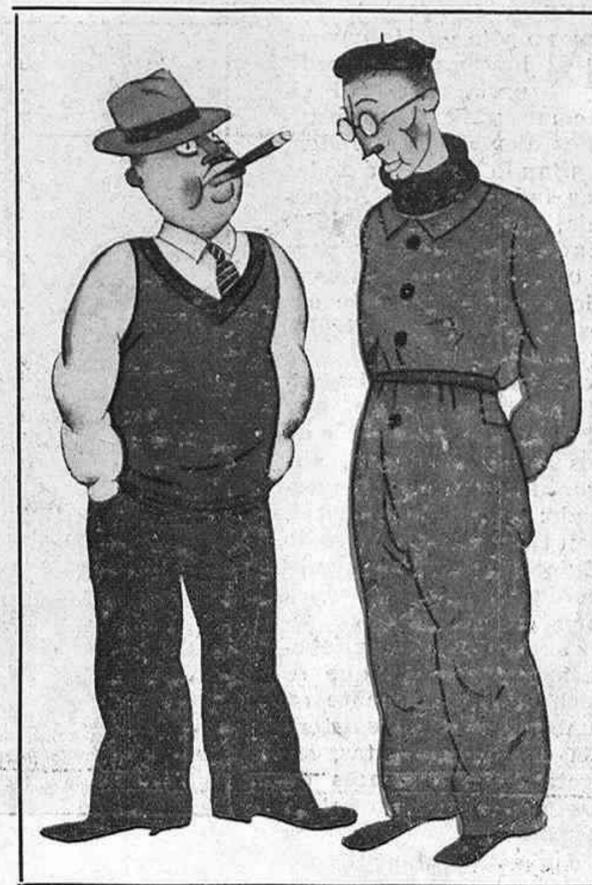
—No hay otro remedio. Si no, no salimos del atasco.

Va á rehacerse la escena. La dama llega al jardín con su libro en la mano y se dispone á sentarse en la mecedora. En el mismo instante

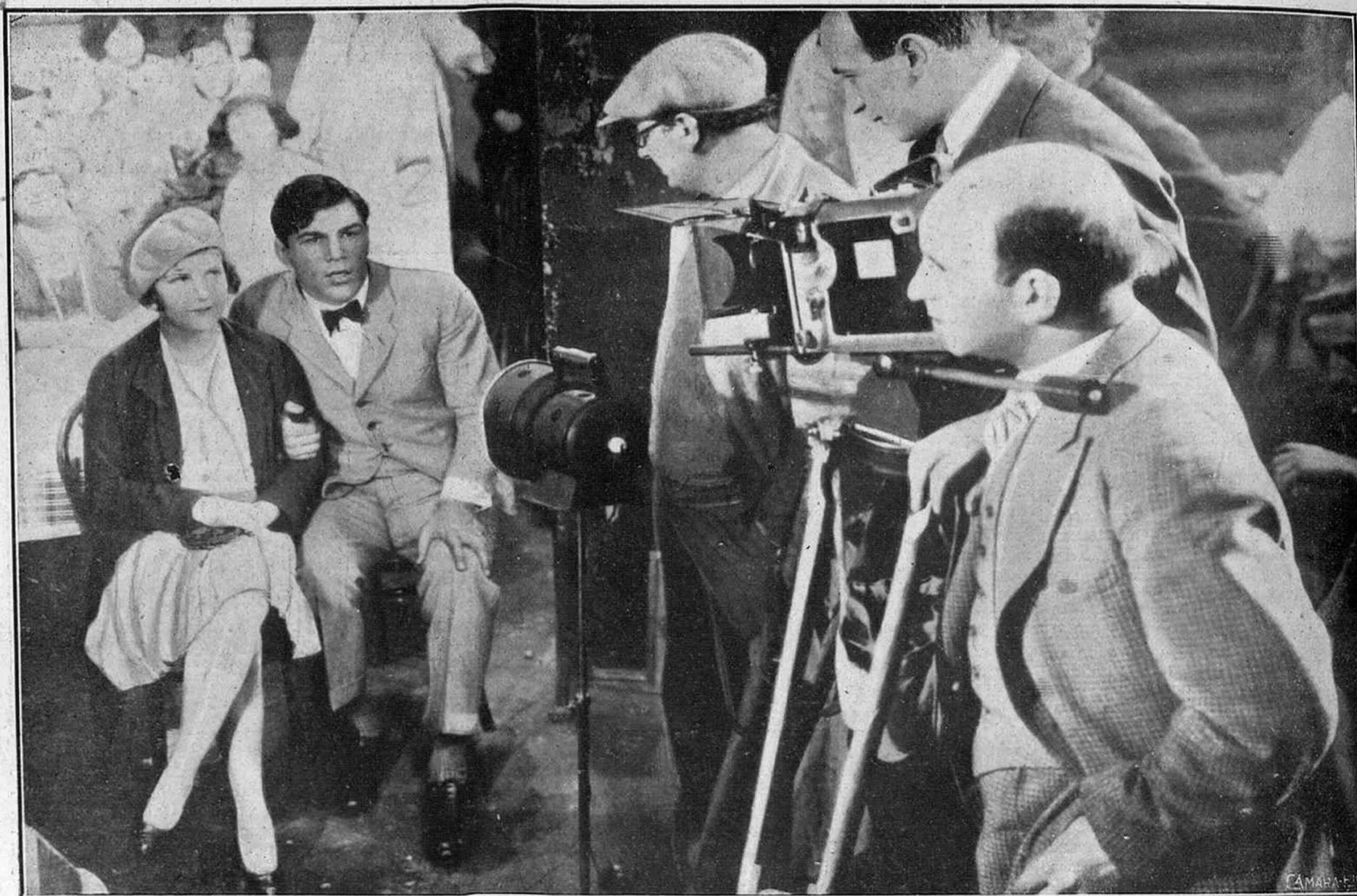
—Perdóneme, Mary. ¡Perdón mil veces! ¿No ha comprendido usted el truco? Ese telegrama es falso, pero yo necesitaba un verdadero grito de madre; me acordé de que en la realidad tiene usted un hijo, niño también, y finjé el despacho... El grito que usted ha lanzado es el que yo necesitaba.

ALFONSO PEREZ NIEVA

(Dibujos de Echea)



EN LOS ESTUDIOS ALEMANES DOS PELICULAS EN PREPARACION

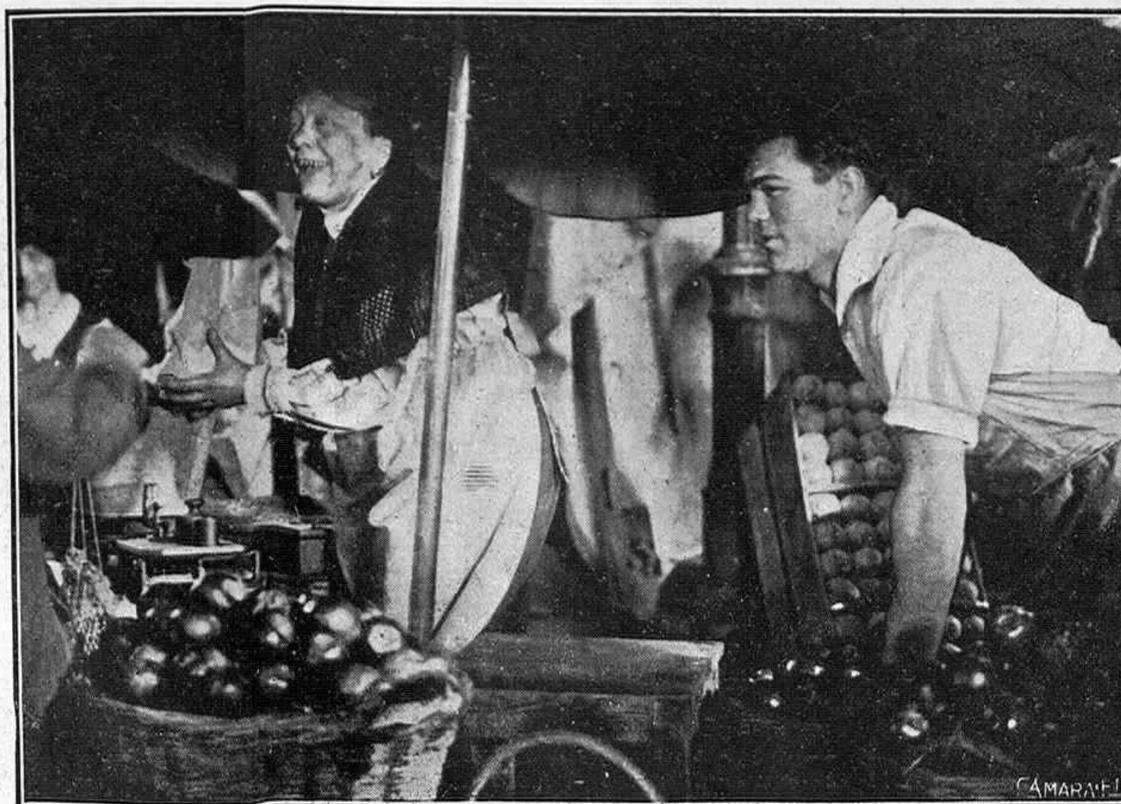


Max Schmeling y Frieda Richard ante la cámara en que se apoyan Reinhold Schuenzel y Nicolás Jarkas

No sólo en Hollywood hay una extraordinaria actividad cinematográfica; los estudios alemanes pretenden, imitando en esto á todas las industrias de Alemania, conquistar el mercado mundial, y para conseguirlo intensifican cotidianamente sus esfuerzos, bien dirigidos generalmente.

Entre las películas rodadas actualmente hay dos que los indiscretos de los estudios elogian, augurándolas excelente mercado: una, documental, con tipos y costumbres de Egipto, entre los cuales perdura aún en Turquía, consecutivamente al analfabetismo, contra el que se lucha denodadamente en ambos países, la existencia de memorialistas, secretarios particulares de las gentes que no saben escribir.

Un establecimiento de



Max Schmeling en una escena con su madre, en la película

ese género es el que aparece en el grabado que publicamos, reproducción de una de las fotografías de la película, y muestra al egipcio letrado escribiendo cuidadosamente lo que una mujer, de cuyo rostro sólo podemos ver los ojos, le dicta.

¿Mensaje de amor? ¿Mensaje de venganza? Si á la expresión de los ojos hubiéramos de atenernos, pensaríamos tal vez que lo segundo; pero vale más evitar juicios que pudieran ser temerarios.

La otra película, obra de los estudios germanos, tiene un interés particular; es dramática, pero gustará mucho á los aficionados á los deportes, porque el papel de protagonista le desempeña el campeón alemán de pesos pesados, Max Schmeling, que está resultando un verdadero «as» de la pantalla y que, por su parte,



Una escena de la película documental que ha de mostrarnos la vida en Egipto

se encuentra como el pez en el agua ante el aparato fotográfico é iluminado por la cruda luz de los reflectores.

La película está hecha á la medida del campeón y tiene por título *El amor en el ring*. La dirige excelentemente Reinhold Schuenzel y actúa como operador Nicolaus Jarkas, dos «ases» también en sus respectivas especialidades.

Reinhold Schuenzel ha descubierto en el fuerte boxeador extraordinarias condiciones fotogénicas y muy destacadas aptitudes de actor. Max Schmeling es tan hábil en el gesto como en la «pegada» y tiene ya a proposiciones para hacer nuevas películas cuando termine *El amor en el ring*.

Todo hace suponer que el boxeador aceptará, y aún que renunciará fácilmente á sus triunfos deportivos, más enriquece-



Max Schmeling con su verdadera madre

(Fots. Agencia Gráfica)

dores que los de la pantalla, pero más expuestos á contingencias rudas y á complicaciones cruentas.

Es lo más probable, pues, que la fisonomía, muy característica, de Max Schmeling llegue á ser familiarísima á los aficionados al «cine», que verán en su móvil fisonomía los gestos más adecuados á las situaciones más dramáticas.

La compañera del boxeador en esta su primera película es Frieda Richard, «estrella» muy conocida y excelentemente reputada de los estudios germanos.

Reproducimos con estas líneas ambas fotografías y publicamos también una reproducción de otra que representa á las dos primeras figuras de *El amor en el ring* ante la cámara, y junto á ella el director, cubierto con una gorra, y el operador.



Torreones del castillo de Alaró

SOBRE una elevada y enhiesta altura ingente se alza el famoso castillo de Alaró en el centro casi de la isla de Mallorca.

Nada sobresaliente ofrece su traza para que se fije en él la atención del visitante, si no fuera porque sus muros fueron testigos de multitud de hechos históricos memorables en la historia del antiguo reino mallorquino.

Pero el hecho más singular que ha prestado interés máximo al castillo fué el que acaeció el año 1287, por el motivo siguiente:

Don Alfonso, rey de Aragón y príncipe de Cataluña, resolvió pasar á conquistar el reino de Mallorca, movido del agravio que pretendía haber hecho D. Jaime, rey de Mallorca, al rey de Aragón, su hermano y antecesor, al dar paso libre al rey de Francia, que venía con poderoso ejército contra Cataluña, por el condado de Rosellón. El cual rey de Francia, habiendo entrado hasta la ciudad de Gerona, taló los lugares y castillos de aquella comarca. Así es que dicho D. Alfonso quiso vengar al subir al trono el agravio que á su antecesor se le había inferido y pasó á Mallorca á sujetar este reino, en ocasión de hallarse ausente el rey D. Jaime que entonces residía habitualmente en Montpellier.

Ganado que hubo la casi totalidad del reino mallorquín sin gran resistencia, el rey aragonés tropezó, sin embargo, con la decidida actitud de los defensores del castillo de Alaró, sobre el punto más estratégico de la isla. Advertido de la resistencia á la entrega, fué el propio monarca D. Alfonso ante los muros de la enriscada fortaleza y conminó personalmente á la guarnición que allí estaba de presidio que le rindiesen el castillo.

Entonces, uno de los soldados fieles preguntó al oír la intimación:

—¿Quién es este que nos manda que le entreguemos el castillo?

—Yo soy—repondió el rey—D. Anfós (nombre catalán de Alfonso), rey de Aragón y de Mallorca.

Replicó el soldado con donaire:

—Anfós se come con salsa.

Para comprender el insulto de semejante respuesta hay que decir que en la lengua vulgar catalano-mallorquina, *Anfós* es simultáneamente el nombre propio de Alfonso, cual queda apuntado, y la denominación de cierta especie vulgar de pescado que abunda en las aguas circundantes del archipiélago balear.

Y continuó el valeroso soldado, haciendo fe de su inquebrantable lealtad á su monarca legítimo:

—Y nosotros no conocemos á otro por rey sino á D. Jaime, á quien prestamos juramento y homenaje, y ahora pretendemos guardarle la fe y lealtad inviolablemente.

Y el rey preguntó quién era el que así le hablaba.

Y el soldado respondió:

—Yo me llamo Cabrit y mi compañero Bassa.

Añadió entonces el rey:

—Pues os juro que conforme á vuestros apellidos os mandaré asar como un cabrito al uno y ahogar en una balsa al otro.

Como se echa de ver, los apellidos de Guillermo Cabrit y Guillermo Bassa, que así se llamaban estos denonados paladines de la lealtad, se prestaban á los siniestros propósitos del monarca aragonés, ya que *cabrit* y *bassa* son en lemosin, lo que *cabrito* y *balsa* en castellano.

Al cabo de pocos días de esfuerzo por parte de los sitiadores por rendir la resistencia del castillo, consiguieron su propósito, y conforme jurara el vengativo monarca, mandó poner en unos asadores de hierro, sobre ascuas muy encendidas, á Cabrit, y ahogar en una balsa a Bassa, dándoles el género cruelísimo de muerte que sus apellidos recordaban.

Divulgóse este atrocísimo género de suplicio por Italia, Francia, Castilla y Mallorca, y para que un delito tan grave y enorme no quedase sin justo castigo, el papa Gregorio XII mandó publicar al rey D. Alfonso por anatematizado.

Habiendo entendido el dicho rey que el Sumo Pontífice romano había fulminado contra él sentencia de excomunión, arrepentido de lo hecho, que sobrepasaba los límites de la más refinada vengativa crueldad, suplicó á S. S. que extendiese sobre él sus piadosas manos y que diese absolución al que, arrepentido de su pecado, le demandaba penitencia. Concedióla S. S., con la condición de que restituyese al rey D. Jaime, su tío, el reino de Mallorca y todo lo demás, y que mandase edificar un altar y erigir una imagen á honra de Dios y alabanza de la Virgen María, y también en veneración y culto de todos los santos, entre los cuales fuesen comprendidos las víctimas inmoladas á su furor, los soldados mártires Cabrit y Bassa, los cuales, por no quebrantar la fidelidad y juramento que á su rey y señor habían prestado, padecieron cruento martirio. Y también que cada año, en la catedral de Mallorca, en la dominica prima después de la festividad de todos los Santos, se celebrase fiesta á todos los mártires. Tomó esto á su cargo D. Jaime, rey de Mallorca, tío del cruel rey D. Alfonso de Aragón, perpetrador de la terrible fechoría, el cual consagró el dicho altar é imagen, y cada año mandó solemnizar dicha fiesta. Mas el beneficio no se fundó en aquel tiempo, sino después, en el año 1312, por su hijo el rey de Mallorca D. Sancho, por las almas de los dichos Cabrit y Bassa, los cuales fueron considerados dignos de loor, porque murieron por nuestro Señor Jesucristo y por su Rey y por tanto fueron diputados merecedores de recibir la corona de gloria inmortal.

Hasta aquí los hechos que iniciados primeramente por tradición popular, fueron recogidos posteriormente en sus rasgos esenciales por todos los escritores principales que de cosas de Mallorca se han ocupado, como uno de los hechos más monstruosos de que ha sido testigo la riente tierra mallorquina.

El hecho ha dado motivo para que la crítica histórica desmenuce hasta lo posible los de-

CÁMARA-FIO

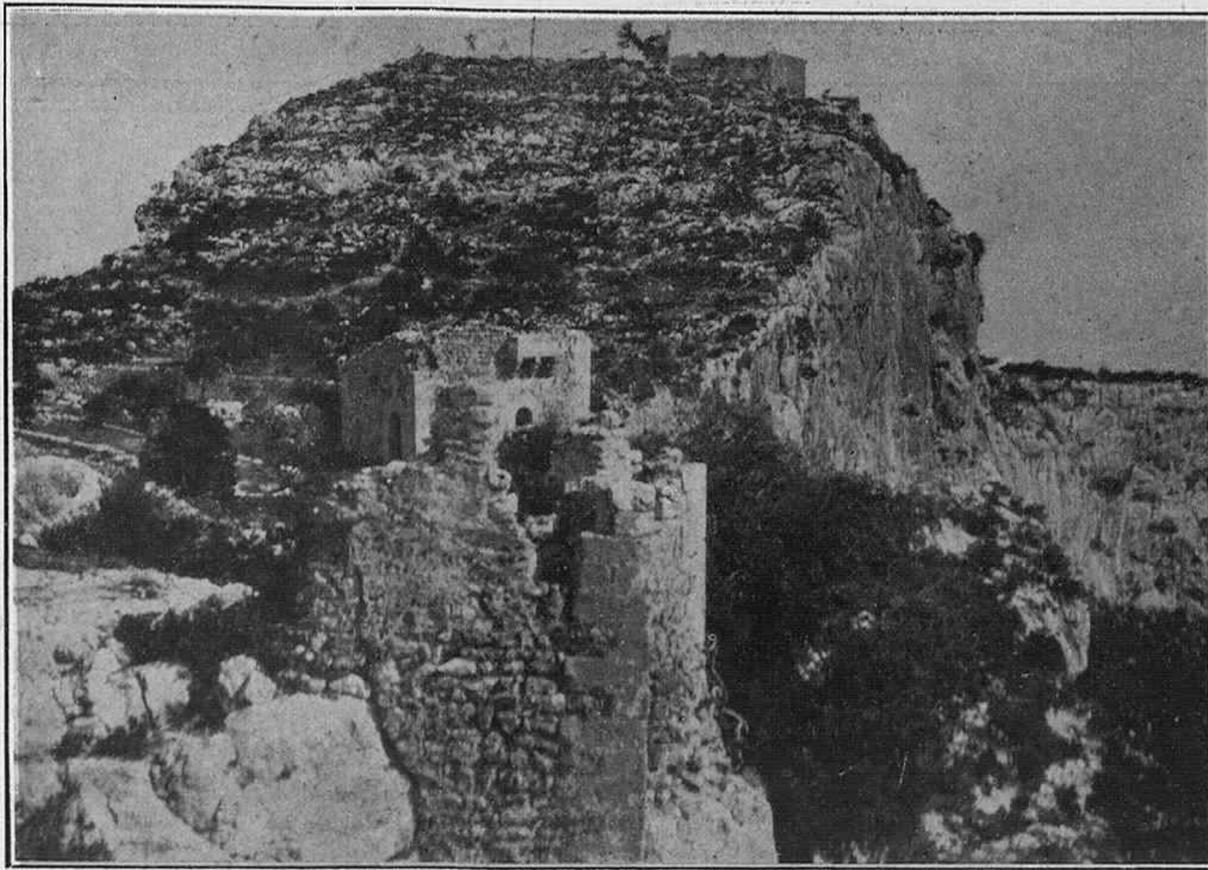
talles y circunstancias del hecho, cuya realidad sin embargo, es imposible desconocer, desde el momento que la Iglesia consagrara en el número de sus Santos los nombres de los valerosos soldados mallorquines, más bien por el impulso popular que por su depurado proceso de canonización.

Pero lo singular del caso es que, á lo que parece, el castillo de Alaró tenía un jefe, el alcaide Ramón de Palaudano, cuya representación usurpó Cabrit en su insolente réplica al monarca aragonés, pues no parece fuera sino un soldado más ó menos distinguido, pero no el jefe, y lo más anómalo del caso es que asociara como responsable de su insolencia, llamando poco menos que besugo al rey D. Alfonso, á su compañero y amigo Guillermo Bassa, que no es fama abriera la boca, y sin embargo, lo hizo responsable el vengativo monarca del desacato que otro pronunciara sólo porque este le nombrara como compañero suyo. ¿Es que acaso no eran compañeros suyos los demás defensores del castillo, que con su conducta se hicieron solidarios de la altivez del que indebidamente llevó la voz jerárquica, que correspondía al referido alcaide Ramón de Palaudano?

Pues bien, el monarca aragonés, en su conquista del reino mallorquín obró por regla general como correspondía á la facilidad con que todas las guarniciones le abrieron sus puertas, pues no tuvo más tropiezo de resistencia que en Alaró. Y no es fama ejerciera su furor sino contra los desgraciados Cabrit y Bassa, pues la leyenda no incluye á ningún defensor más como incurso en la ira del vencedor.

Don Alfonso circunscribió su venganza contra Cabrit, que replicó indebidamente á la intimación usurpando la voz que de fuero debía haber correspondido al alcaide. Y, sobre todo, lo anómalo del hecho es que en su respuesta al rey sitiador se preocupara de mencionar que tenía un compañero que se llamaba Bassa, como queriendo hacerle participar de la responsabilidad de su insolencia. Y la consecuencia de esa inoportuna mención fué que quedara incurso también en el vengativo juramento del Rey.

Pretenden algunos autores que Bassa fué también asado vivo sobre las parrillas al lado de su compañero Cabrit y hasta que sus carnes achicharradas fueron dadas á devorar á los perros. Pero el P. Planas dice que



Situación del castillo de Alaró, sobre las paredes verticales de un insondable abismo

inicialmente se la atribuía el género de muerte de que hemos hecho mención, á saber, ahogado en una balsa, conforme su apellido recordaba y que sólo por una adulteración de la tradición primitiva, deformada por el transcurso del tiempo, han podido los autores siguientes decir otra cosa.

Verdaderamente, que hasta para ser santo se necesita suerte, y no cabe duda que estos oscuros soldados mallorquines que murieron por una causa política y no religiosa, la tuvieron indudablemente, al escalar, por la simpatía que sus suplicios despertaron, los altares, sin que sus antecedentes abonaran una precisa conducta digna de alabanza.

Pero sabido es que el aceptamiento del mar-

lo que yo personalmente hubiera tenido mayor interés para que aumentase la santidad de los Guillemos que por el mundo han desfilado.

Y en cuanto al género de muerte impuesto, no creemos que ningún género de muerte sea piadoso, pues aun cuando la rapidez en suprimir la vida sea el más piadoso recurso, lo más horrible y cruel son todos los momentos que preceden á la ejecución de la sentencia, una vez conocida ésta y declarada firme.

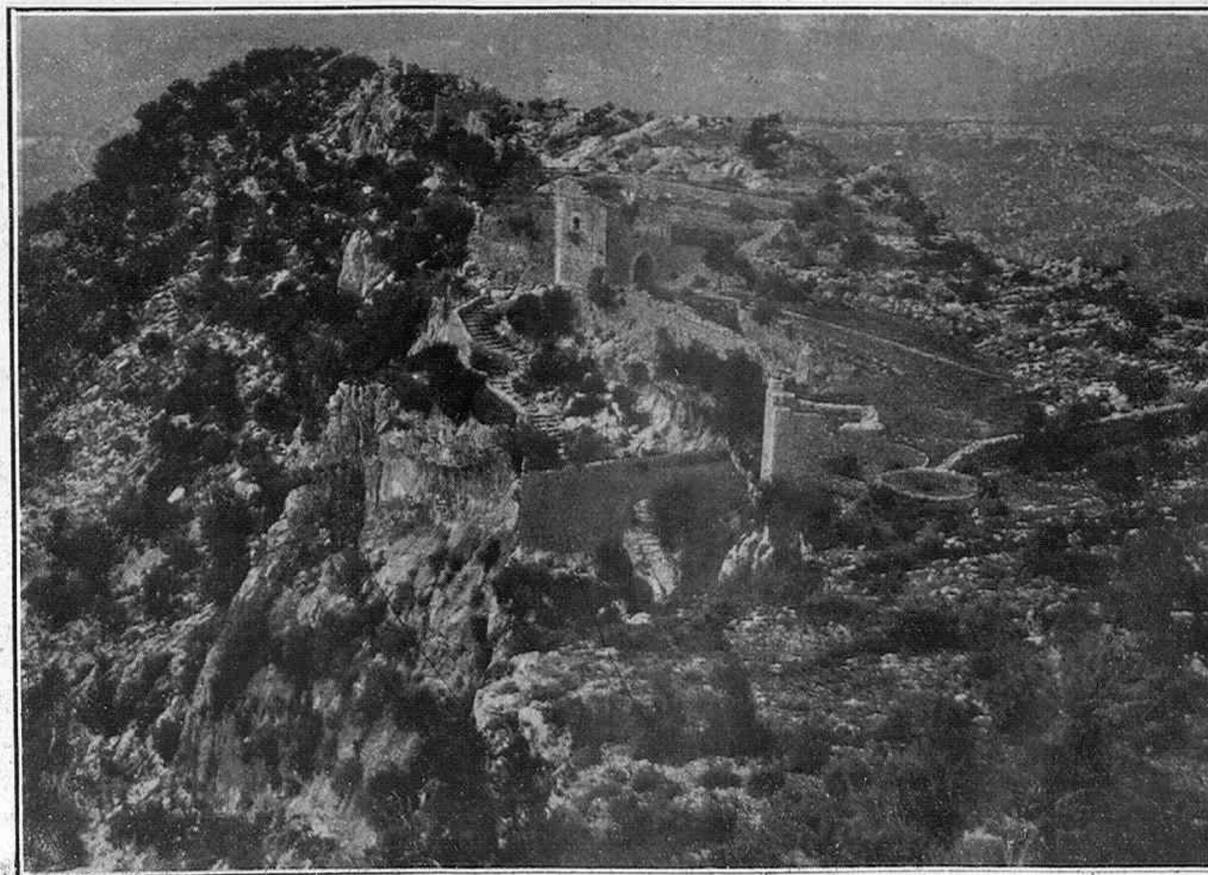
¿Qué diferencia esencial hay entre asar á la parrilla á un infeliz ó hacerlo morir á fuego lento, como posteriormente y hasta épocas relativamente recientes condenaba la Santa Inquisición?

Por todo ello, el caso de los heroicos soldados mallorquines, merecedores indudablemente de un monumento que pregone la excelencia de la lealtad, es un episodio ciertamente triste y memorable, pero que ha tenido unas consecuencias que ellos mismos no pudieron sospechar ni remotamente.

La visita al imponente castillo de Alaró sobrecoge de emoción al contemplar los ingentes muros que fueron testigos de hechos tan memorables.

Pero la piedad que el recuerdo de las víctimas despierta no es sentimiento que esté tocado de la más mínima devoción religiosa.

Fué un acontecimiento militar y político que nada roza con el fuero sagrado de la Religión.

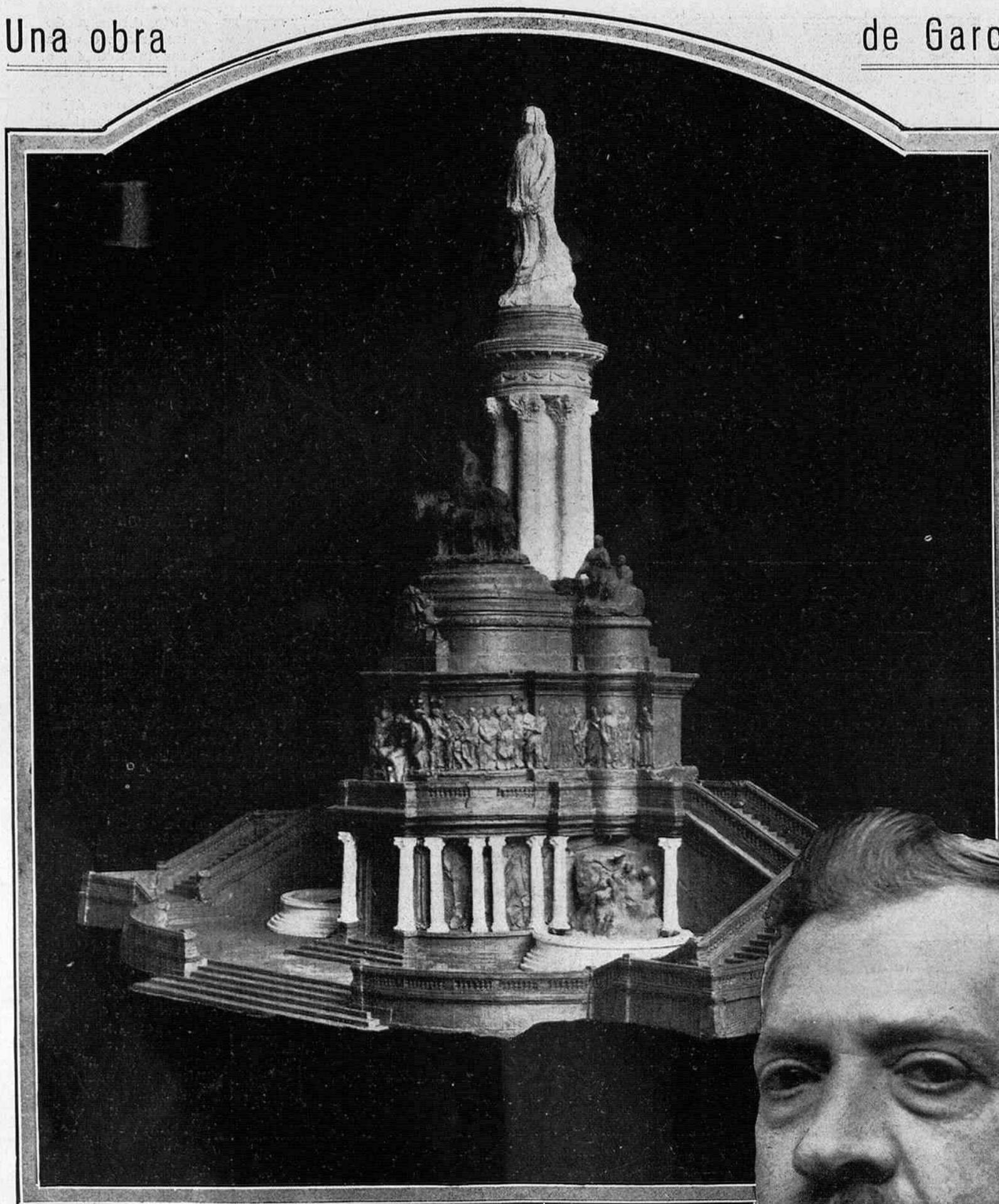


Vista de conjunto del famoso castillo de Alaró
(Fots. Rittwagen)

GUILLERMO
RITTWAGEN

Una obra

de Garci-González



No se puede interpretar el vuelo de la fantasía poderosa. El artista de raza no interpreta: crea. El choque con la creación ajena hace brotar en su cabeza un aluvión de sugerencias, de pensamientos, de ideas, que lo acosan y persiguen.

Este monumento al «Quijote», que se erigirá en plena Mancha—en El Toboso— como una alusión perenne al ideal y á los sueños de un pueblo, será tallado en mármol por un artista ilustre, cuyos apellidos—Garci-González— tienen el regusto castizo y la recia solera del sol de las caballerías de antaño.

Garci-González ha escrito con su cincel la biografía del Caballero de la Triste Figura. La tierra seca, áspera y endurecida, de Castilla verá erigirse en su seno la epopeya quijotesca, con sus alusiones

Boceto del monumento que se erigirá en El Toboso á «Don Quijote», obra admirable del ilustre escultor Garci-González

PRONTO SE COLOCARÁ LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO AL «QUIJOTE», EN EL TOBOSO.

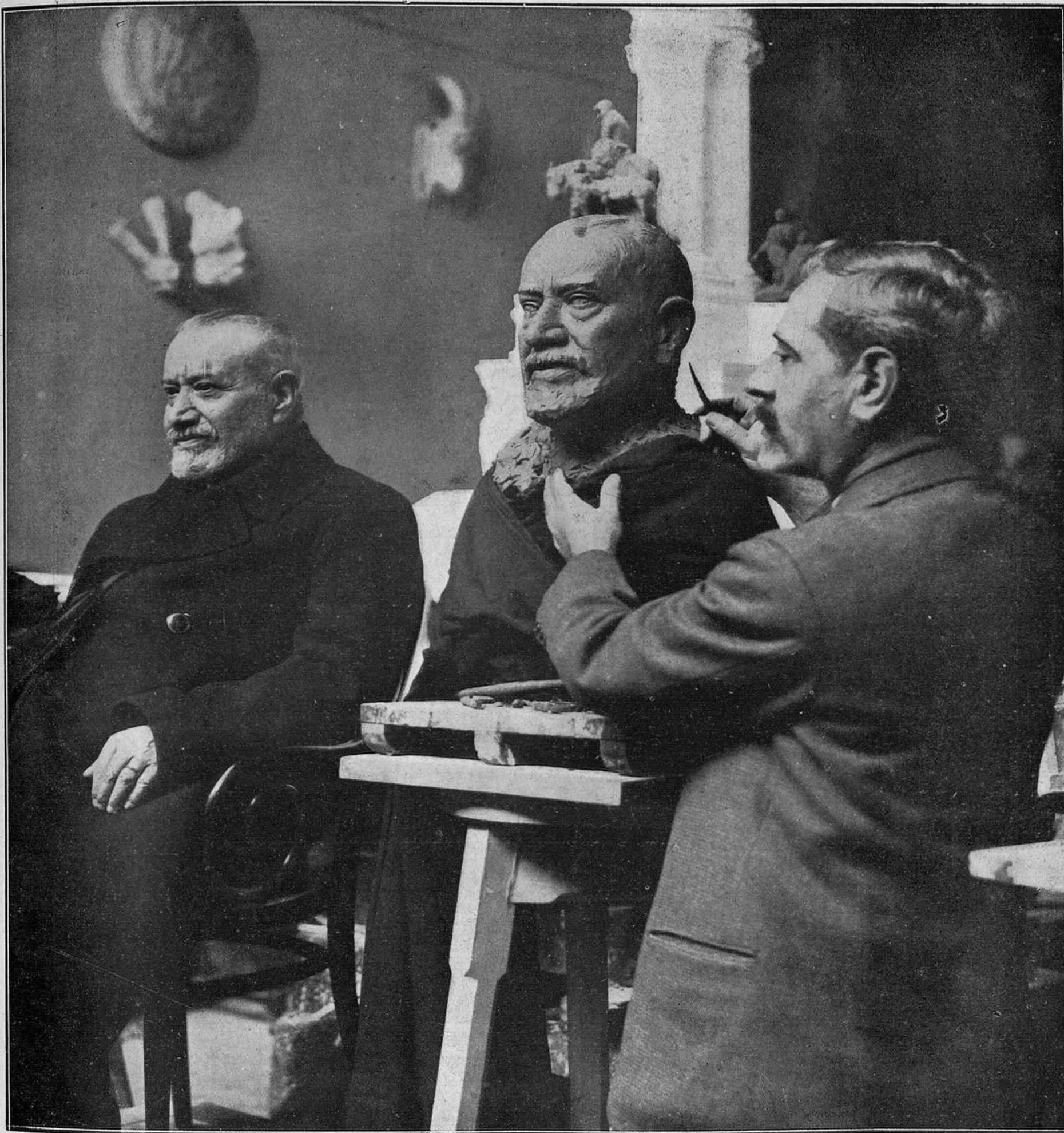
Cómo dar corporeidad á los sueños? ¿Cómo encontrar la silueta de los personajes que creó la fantasía? ¿Cómo llevar al lienzo ó al mármol las figuras gloriosas amasadas con la sangre y el espíritu de una raza?

Porque el artista que se lanza á los peligros de esa aventura conoce bien el riesgo, y elimina de sus posibilidades estéticas una palabra que envilece la obra: interpretación.

Al abrir un gran libro—«El Quijote»—y recorrer sus páginas admirables, salen de ellas, como volanderas mariposas, infinitas y amadas sugerencias. El espíritu crea espíritu, y para una mente ávida de andar por los misteriosos caminos abiertos por el genio, nada hay tan dulce como empujar, temblorosamente, la puerta encantadora.



En la silueta, Garci-González, autor de la obra



El ilustre escultor Manuel Garcí-González modelando el busto del Presidente de la Asociación de la Prensa madrileña, D. José Francos Rodríguez, director de la Junta Nacional del monumento al «Quijote» en El Toboso

(Fot. Cortés)

más verdaderas y heroicas. Y cuando los ojos españoles, fatigados de mirar la misérrima realidad cotidiana, se levanten en místico anhelo hacia la cúspide del monumento al «Quijote» de Garcí-González, las pupilas ávidas encontrarán sobre el fondo azul del cielo de Castilla lo que hace grandes á los hombres y á los pueblos: el Ideal.

•••••

Ofrecemos hoy á nuestros lectores una fotografía del boceto del magnífico monumento

al «Quijote», que se erigirá en El Toboso. El conjunto de la obra medirá una altura de cuarenta metros, tendrá grupos alusivos en bronce y una efigie del Manco inmortal. En el ápice va una alegoría de Dulcinea y dentro del armónico y bello conjunto del edificio se establecerá una biblioteca y un museo.

El maestro Francos Rodríguez, presidente de la Junta Nacional de la erección del monumento, nos ha dicho que la realización de esta obra es cosa de poco tiempo, y que pronto se colo-

cará en El Toboso la primera piedra del magnífico edificio al «Quijote».

He aquí una nueva Jerusalén para los fervorosos y apasionados soñadores, para los amantes de la belleza, y para los espíritus quijotescos de todo el mundo, que sueñan, aman y sufren las torturas que pasó en «vida» el glorioso Hidalgo. Garcí-González ha creado con su gran talento el hito prodigioso hacia el cual se dirigirán en jubilosa romería todos los sedientos de epopeyas, de belleza y de ideal.—X. X. X.



Lluvia

*Yo, apoyada la frente en los cristales
de mi balcón, miraba
caer, lenta y monótona,
sobre la triste calle solitaria,
la lluvia.*

*Era una tarde
de invierno, gris y larga,
lo mismo que una vida
sin fe ni amor, sin ilusión por nada;
una tarde de hastío,
en que yo, meditando, recordaba*

*mi juventud alegre,
encendida y fecunda como un alba.*

*¡El alba de mi vida,
la lírica mañana
de mi vivir henchido de ilusiones,
de rosas que en la rama
ya entreabrían sus pétalos de púrpura
y de alondras doradas!*

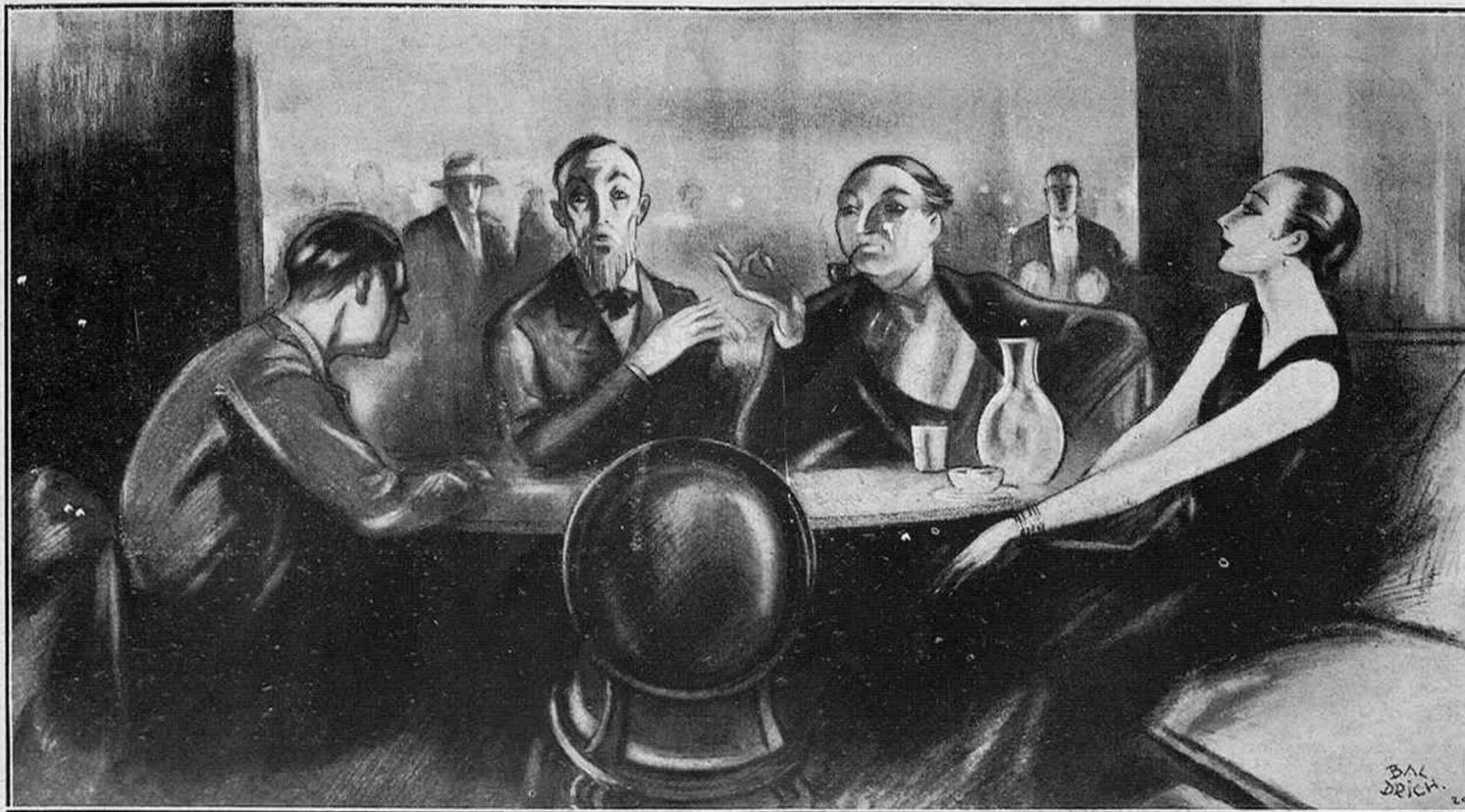
*Mas luego... ¡No, no quiero
recordar! ¿Para qué? Si todo pasa,*

*dejemos que el dolor de nuestra vida
también se esfume en el olvido...*

Mansa

*y pertinaz, la lluvia
de aquella tarde gris se destrenzaba
en hilos silenciosos
sobre la triste calle solitaria;
gotas que, más que lluvia, parecían
un raudal melancólico de lágrimas.*

FERNANDO LOPEZ MARTIN
(Dibujo de Echea)



M A D E R A D E G E N I O

ALTO, esquelético, de pesada osamenta, melena alborotada, luengas barbas negras y caídos bigotes, don Raimundo se hacía varios dobleces cuando al sentarse hundíase en el diván.

Aquel viejo café de barrio tenía varios salones que se comunicaban por pasillos.

Teníamos la tertulia en el de la música, estrecho y largo como un corredor, desierto casi siempre en la desolación de aquella doble fila de divanes adosados á los muros, con su tarima al fondo sobre la que descansaban un apollado piano de cola y varios atriles de metal.

Don Raimundo, abstraído en su mundo interior, casi no hablaba. Cuando lo hacía, escuchábamos atentamente los seis ó siete jóvenes que todas las noches nos sentábamos en derredor suyo procurando desentrañar el profundo sentido de sus palabras.

Era don Raimundo grave y severo, de solemne prestancia, que se nos imponía como si ya no nos infundiese hondo respeto aquella obra suya de laboriosa gestación cuyo alumbramiento había de marcar áurea fecha en la literatura patria. Lector contumaz de los grandes libros, don Raimundo se dejaba á veces influenciar por ellos. A Homero se le recordaba á través de sus frases, pues la Iliada era su lectura favorita. Máxima se llamaba una perseverante vecina de mesa. Cuando á ella se refería don Raimundo, siempre comenzaba, sin el menor asomo de ironía:

—Maximina, la de las torpes manos...

Pues siempre Maximina había de romper alguna copa, cuando no la botella del agua, quizás añorando su oficio anterior al de la galantería.

Después de una de aquellas pausas llenas de desalientos que á menudo nos abatían, alguno exclamaba:

—¿Quién sabe si debiéramos dar otro rumbo á nuestra vida!...

Y don Raimundo nos anonadaba:

—El buitре vuelve por el cadáver, pero no vuelve una segunda primavera en el año que termina...

Lentamente preparaba la yesca sobre el pedernal, ya que no transigía con el uso de cerillas ni mecheros, y golpeaba con el eslabón hasta encenderla. Pero invariablemente la apagaba sin prender la pipa, pues siempre se le olvidaba antes cargarla. ¡Pipa sagrada!...

Una de las maravillas de don Raimundo era su artística pipa de espuma de mar que cogía delicadamente sin poner los dedos más que en

los aros para no mancharla. Una pipa de espuma de mar divinamente aculotada por igual, sin una nube. Don Raimundo la sostenía con mimo, la acariciaba dulcemente con ternuras de amante, la cargaba igual que si alimentase á un pajarillo y al fin la encendía y aspiraba con unción el humo, ese espíritu del tabaco... Año tras año, la aculotaba pacientemente con el mismo arte y refinamiento que un preciosista pueda pulir su estilo. Don Raimundo, en vez de escribir el Quijote, aculataba su cachimba.

Mas lo que caracterizaba á don Raimundo y nos hacía arder de admiración, era, sobre todo, su falta de memoria. ¡La amnesia, una de las más claras señales del genio!... Llegaba á veces á la tertulia sin sombrero, que se lo dejaba en cualquier parte. Su falta de memoria era tal, que si no hubiera sido porque sobre ellos tenía que caminar, se le hubieran olvidado los pies —y no es hipérbole— allí donde algo le hubiese distraído.

Una noche, su aparición en el café provocó el entusiasmo de todos: había salido á cuerpo de casa; pero como en la primavera madrileña las noches refrescan tanto, quiso apecebirse del gabán. Lo tenía sobre el lecho y se lo puso al brazo; pero no hizo más que salir á la calle con su gravedad peculiar, cuando dos señoras se detuvieron sonrientes á admirarle. Y á los pocos pasos, unas muchachas también le miraron largo rato, muertas de risa. Todo el que le miraba se sentía acometido de hilaridad. Don Raimundo notó el efecto extraordinario que hacía su presencia por las calles, pero no dió importancia al hecho. Vestido de oscuro, su chambergo, sus melenas, sus barbas—¿puede ser nunca el afeitado compatible con la sabiduría?—siempre habían infundido el respeto de los ignaros transeúntes. ¿Por qué, pues, aquéllo, aquel día? La humanidad está loca y no se debe hacer caso de ella... Mas llegó al café y todos le miraron y también se sintieron acometidos por la risa.

—¿Pero don Raimundo—le dijimos—por qué trae usted al café semejante prenda al brazo?...

Pues don Raimundo, con esas distracciones tan corrientes en los grandes pensadores, en vez de echarse al brazo el gabán que había sobre su lecho, había cogido unos pantalones viejos que había junto al gabán.

Y de tan nimia discordancia entre su porte y la prenda traída ostentadamente al brazo, se había reído la gente incomprensiva...

—Ya en mi obra—dijo—hago algunas consideraciones, quizás esotéricas para la multitud,

acerca de lo trivial y lo eterno, de lo objetivo y lo fundamental.

Este desdén por las nimiedades de la vida vulgar y cotidiana llenábanos de fervor. Consecuente con su amnesia, pequeño olvido del genio que subsanaba alguno de nosotros, sus jóvenes admiradores, nunca abonaba el importe del café. Ya el camarero, aherrrojado á la vida prosaica, nos convenció de que allí don Raimundo en ese aspecto no formaría escuela...

¿De qué vivía don Raimundo? Nunca lo supimos cegados sólo por la profundidad de sus pensamientos y su parla con reminiscencias clásicas.

—Es indudable, jóvenes amigos—nos decía—que para triunfar en la vida es necesario abandonar las quimeras, aunque canten en nuestro interior como sirenas antiguas...

—¿Y dejar por completo la fantasía?

—Dejarla, sí—contestaba en una forma impecable con resonancias de rotundas lecturas—¿Para qué más fantasía que la propia realidad? Esto es incontrovertible. Sean con los alegres, jaraneros; solícitos, con los esquivos; con el presumido, adulador; recatado con el honesto; con el devoto, religioso; con el soñador, romántico; humilde, con el violento, y acomodaticio, con todos... Y el éxito será vuestro... Pero habréis fracasado con vuestro espíritu, en el que todo enmascaramiento fracasa...

Don Raimundo decía terribles verdades que todos comprendíamos, cuando no se elevaba demasiado.

La noche en que por primera vez nos hallamos solos, sin él, nos sobrecogió primero la noticia. El pobre don Raimundo—noticia terrible—había muerto... Pero, ¿qué era eso ante la inmortalidad espiritual? Al mismo tiempo, casi supimos lo que nos llenó de júbilo. Uno de nosotros se había puesto al habla con un editor de estudios filosóficos, que había escrito á don Raimundo enseguida y le decía que le enviase su obra... ¿Se la iba á editar!

Sobrevenía lo de siempre. La Gloria, la desposadera de cadáveres, estaba allí... No obstante, gozamos de antemano el acontecimiento. Ya veíamos á don Raimundo, divinizado por su terrenal desaparición, circundado por un halo glorioso...

Pero don Raimundo—¡la terrible amnesia peculiar del genio!—se había muerto, ¡se había muerto!... Y se le había olvidado escribir su obra...

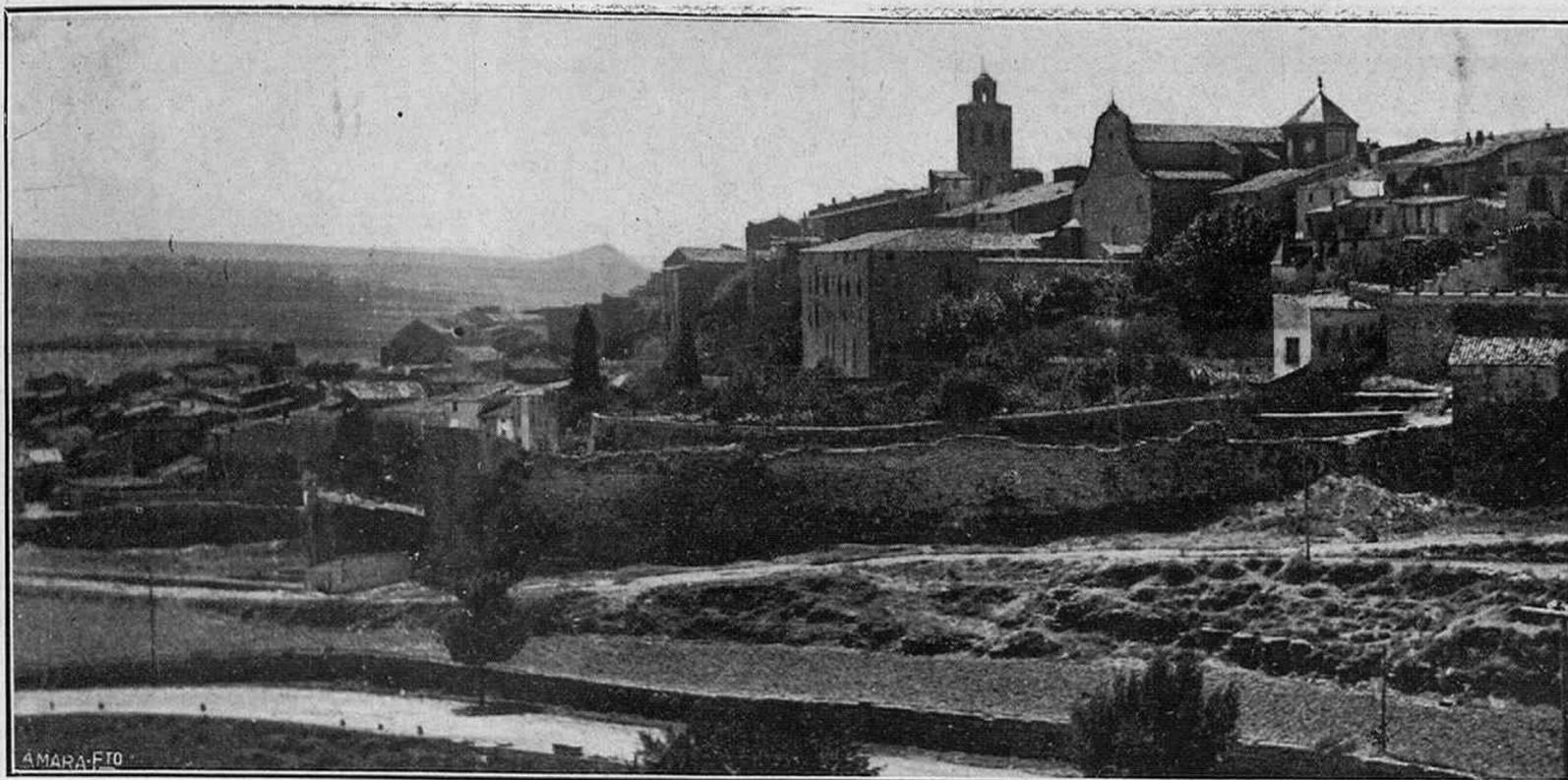
FRANCISCO DE TROYA

(Dibujo de Baldrich)





«Retrato de Alvarito Miláns del Bosch», una de las obras más interesantes de Nelly Harvey

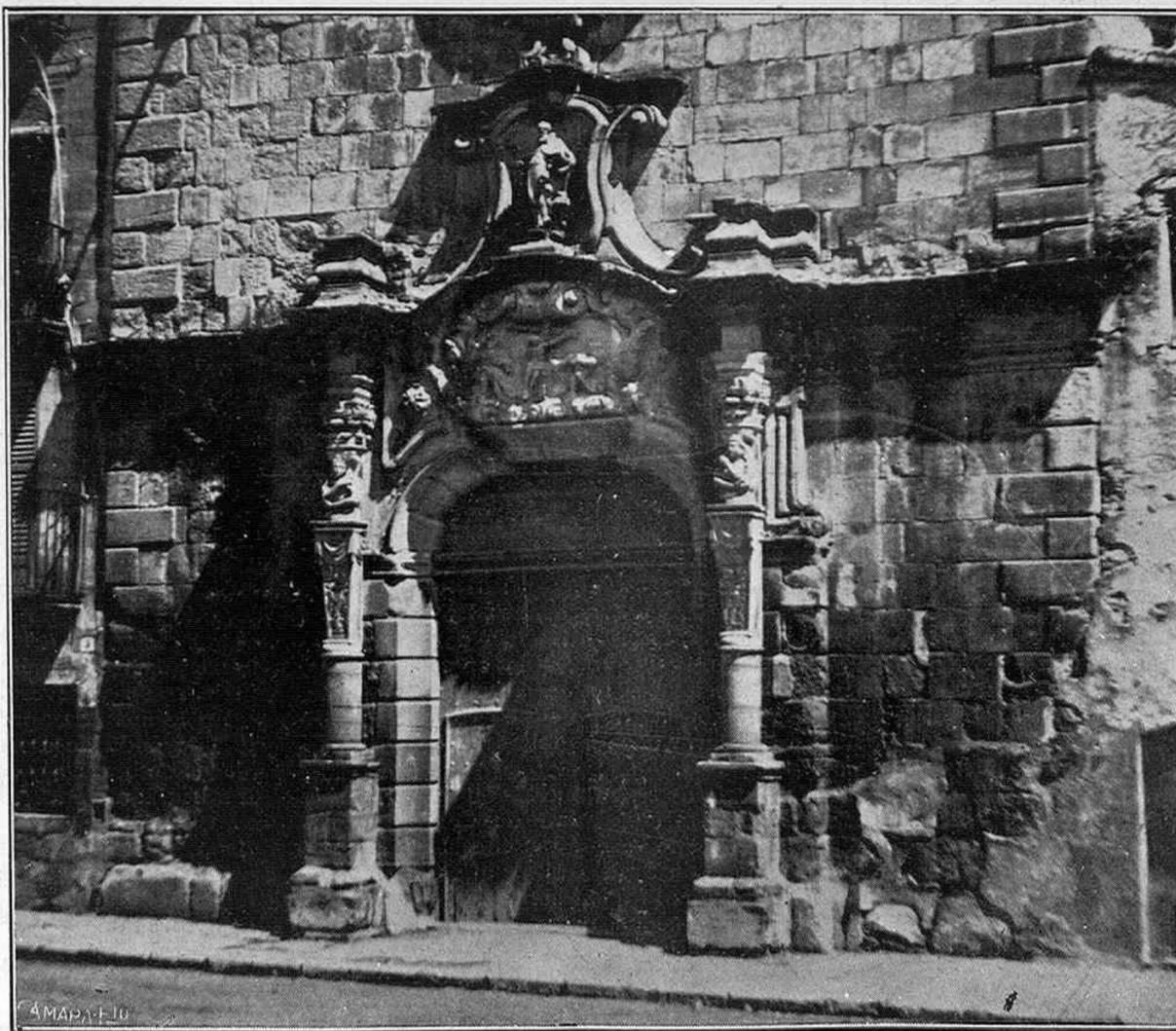


Vista general de la ciudad

LAS VIEJAS CIUDADES ESPAÑOLAS CERVERA Y SU UNIVERSIDAD

La ciudad de Cervera es, indudablemente, una de las más interesantes de Cataluña, desde el punto de vista histórico, y en la historia de ella dominan, culminando, los recuerdos de su Universidad, que en el primer cuarto del siglo XVIII concentró en sí todos los «estudios» antes diseminados por las diversas ciudades de Cataluña, con máximo desarrollo en Barcelona.

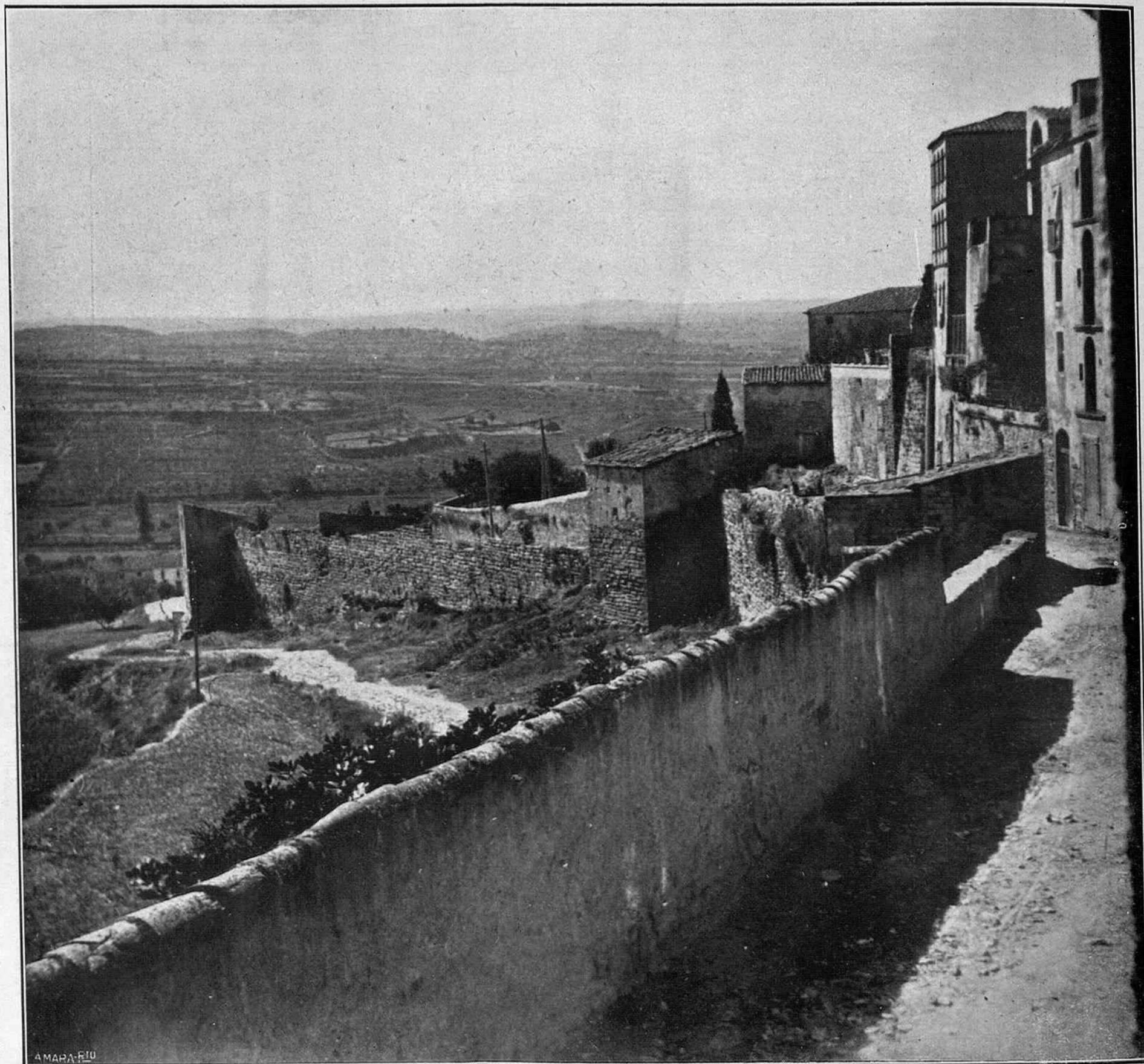
Fué Felipe V quien dió á la vieja ciudad su preeminencia universitaria, en pago á la fidelidad que le había guardado durante la larga, azarosa, y en algunos momentos peligrosísima para él,



Fachada de la iglesia de San Antón

guerra de sucesión. Fué también parte en el beneficio concedido á la *Huis Dhervera* de los historiadores árabes el deseo de castigar á Barcelona, que, por el contrario, se había distinguido por su enemiga contra el nieto de Luis XIV, hasta tal punto, que en ella llegó á ser proclamado rey y á reinar aquel archiduque Carlos, de Austria, á quien sus partidarios dieron el nombre de Carlos III, considerándole como sucesor legítimo, contra Felipe V, de Carlos II.

Barcelona fué el último baluarte de los partidarios del Archiduque, y aún terminada ya la guerra de sucesión, con el triunfo,



Restos de las murallas

muy costoso para España en Italia y en los Países Bajos, del monarca francés, aún siguió guerreando Barcelona en defensa de sus fueros, de que Felipe V había privado á los catalanes, y que, finalmente, el duque de Berwick hizo quemar, por mano del verdugo, en la plaza pública.

Tal vez fué la inquina de aquel caudillo de Felipe V contra los jefes del partido austriaco barcelonés el acto más lamentable de aquel reinado.

Un incidente de aquellas represalias fué la supresión de los estudios hasta entonces reunidos en Barcelona; y menos mal que Cataluña los conservó, gracias á la actitud completa y decididamente felipista de Cervera, premiado luego por Felipe V con la creación de la Universidad.

En Barcelona, efectivamente, se habían distinguido por su encono contra el nieto de Luis XIV los estudiantes—¡la Historia se re-

pite eternamente!—y el rey no quiso olvidar ni perdonar. Eran entonces aún los tiempos en que aún perduraba la influencia decisiva de la reina María Luisa, que había curado, aunque sólo temporalmente, según se vió más tarde, la terrible abulia de Felipe V, dándole la energía necesaria para aquellas decisiones radicales.

En memoria de aquella decisión del rey, en la fachada de la Universidad de Cervera figura el escudo de Felipe V. Junto á él está el del Papa Clemente, que en 1730, quince años después de fundada, confirmó la fundación y concedió privilegios que aquellos universitarios estimaron mucho. Pocos años antes, el pontífice se había mostrado enemigo de Felipe V y partidario del archiduque Carlos, al que reconoció como rey de España.

El edificio de la Universidad es el más interesante de Cervera. Es una construcción enor-

me que planeó el ingeniero Luis Cusiél, Consejero de Castilla, en la época en que, agotado el churriguerismo, comenzaba á ganar terreno el barroquismo. Cusiél hizo un edificio barroco, majestuoso y severo.

En la fachada aparecen los escudos ya dichos y la leyenda de creación de la Universidad, en placas de bronce, y sobre ellas una imagen de la Inmaculada Concepción, patrona de la institución, á la que cubre una enorme corona bronceada, remate de la fachada misma.

Tiene luego la Universidad otro frontis interior, con un cuerpo central flanqueado por dos torres de 33 metros de altura, con capiteles de bronce también, terminados por veletas aquiliformes.

En el tímpano del frontón hay un hermosísimo relieve, de que la figura principal es la Sabiduría, que sostiene en una mano la antorcha simbólica y en la otra el libro de los proverbios.



Fachada de la ex Universidad

El paraninfo es también la capilla real y lo más importante del interior, con un magnífico altar de mármol y jaspe, con una imagen de la Purísima sobre un escabel formado por cuatro leones.

La Universidad de Cervera fué famosísima, y merecidamente, porque merced á sus privilegios iguales, y aún en algunos puntos superiores, á los de Salamanca, Alcalá y Huesca, á sus cuarenta ó cincuenta cátedras fueron llevados los más sabios maestros, seleccionados entre los más famosos en las diversas Universidades del mundo.

Para retenerlos en Cervera, se les dotaba espléndidamente, y, además, se les concedían privilegios especiales.

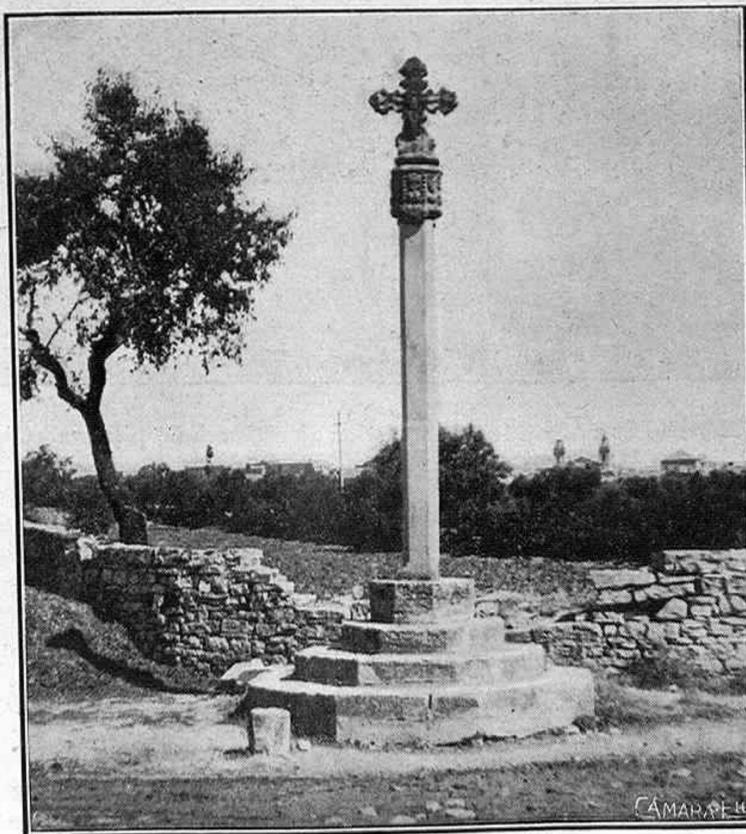
Había, además, anejos á la Universidad de Cervera, colegios internados para estudiantes pobres, entre los que se hacía también una cuidadosa selección.

Uno de esos colegios era el de los ochenta, que debía tener su internado en la Universidad misma, que llegó á tener 2.000 escolares.

Después la Universidad de Cervera fué decayendo, y en 1822 fué reintegrada á Barcelona.

Dos incendios han herido, am-

Cruz de término



bos en el siglo XIX, al magno edificio, y los revolucionarios estuvieron á punto de volarle, al desafectar la Universidad.

Fuó luego presidio, más tarde depósito de rentas estancadas, hasta que en 1887 la ciudad lo ofreció á los Padres Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, que lo restauraron, fundando en él su noviciado y un importante Colegio de estudios superiores.

Tiene también de notable Cervera las Casas Consistoriales, edificadas en 1679, en el que existe un buen salón de sesiones con sillería de la antigua Universidad y una colección de retratos de monarcas españoles, desde los Reyes Católicos á Carlos III.

Es también interesante la iglesia de San Antonio, con hermosa puerta, edificada en 1787, que fué parroquia durante algún tiempo, y á orillas del río Cervera existen los restos de la iglesia de Santa Magdalena, templo gótico del siglo XIII, vinculado á un hospital de leprosos hoy desaparecido.

También goza de gran renombre un fragmento del *lignum crucis* aportado á Cervera, procedente del saqueo de Roma, por un soldado del Condestable de Borbón, y que se venera en la capilla del Santísimo Misterio de la iglesia parroquial.



«El Arcángel San Rafael separándose de Tobías», es uno de los más bellos ejemplares de pintura religiosa de Rembrandt

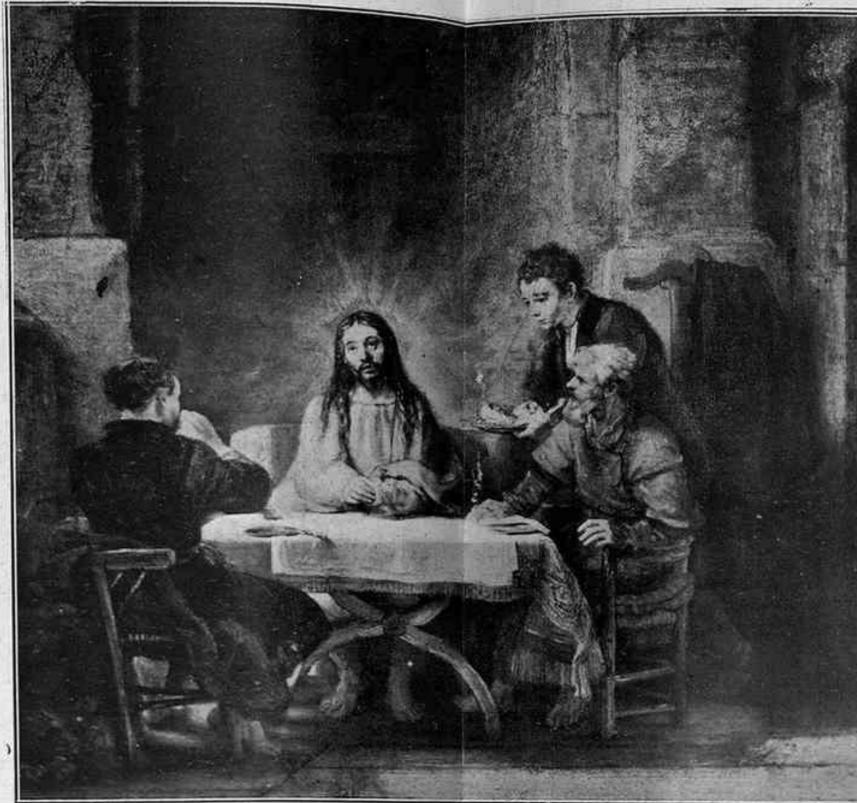
De Rembrandt se ha dicho, y nosotros mismos lo hemos repetido alguna vez, que fué un admirable pintor de retratos; pero sería injusto y absolutamente contrario á la realidad, fácil de percibir, pensar que sólo fué admirable en ese género ó, todo lo más, en él y en la pintura religiosa.

Retratos de Rembrandt hemos publicado muchos, y aún en alguna ocasión especializando dentro de la misma especialidad, hemos reunido, para facilitar su estudio comparativo, autorretratos del gran maestro holandés.

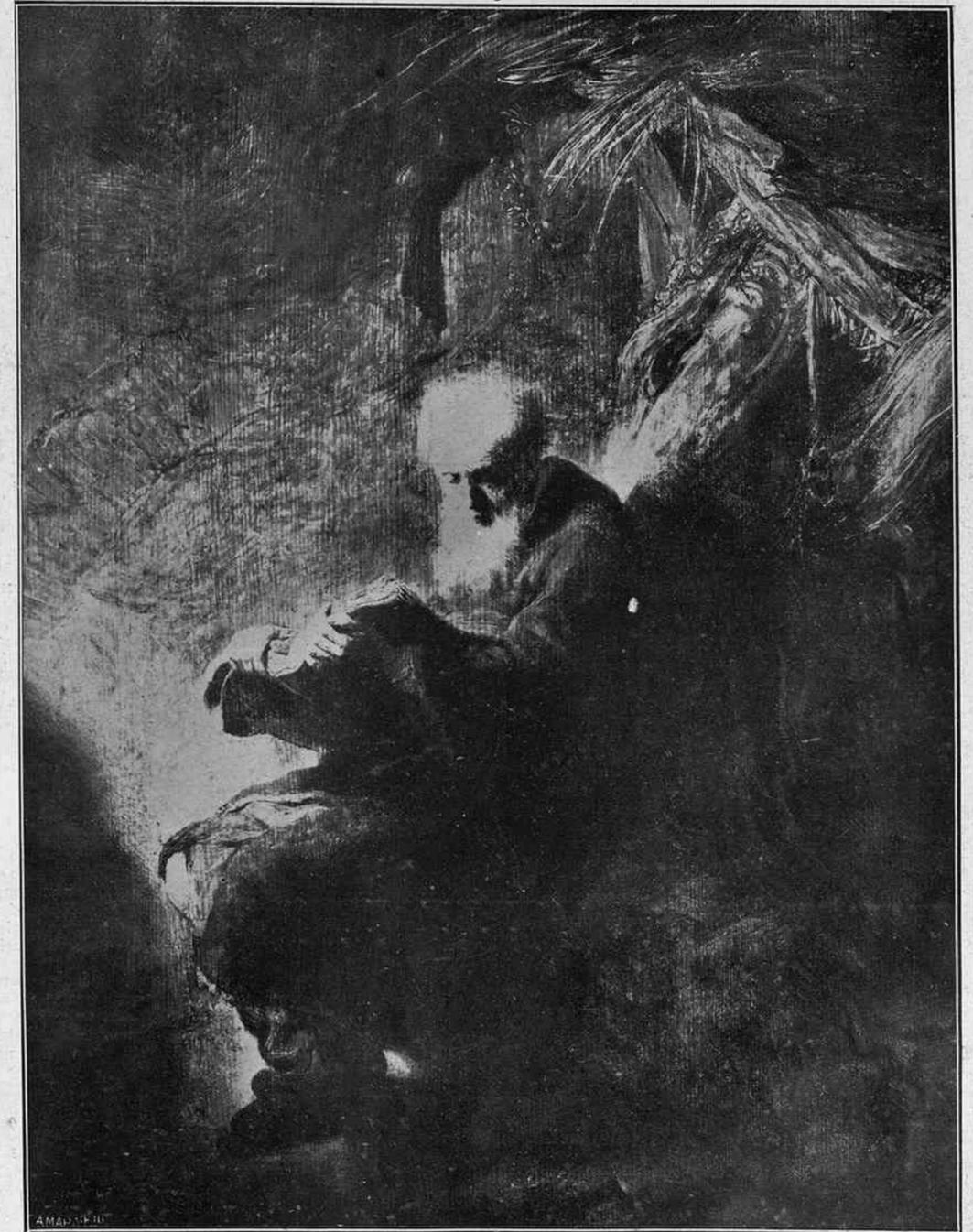
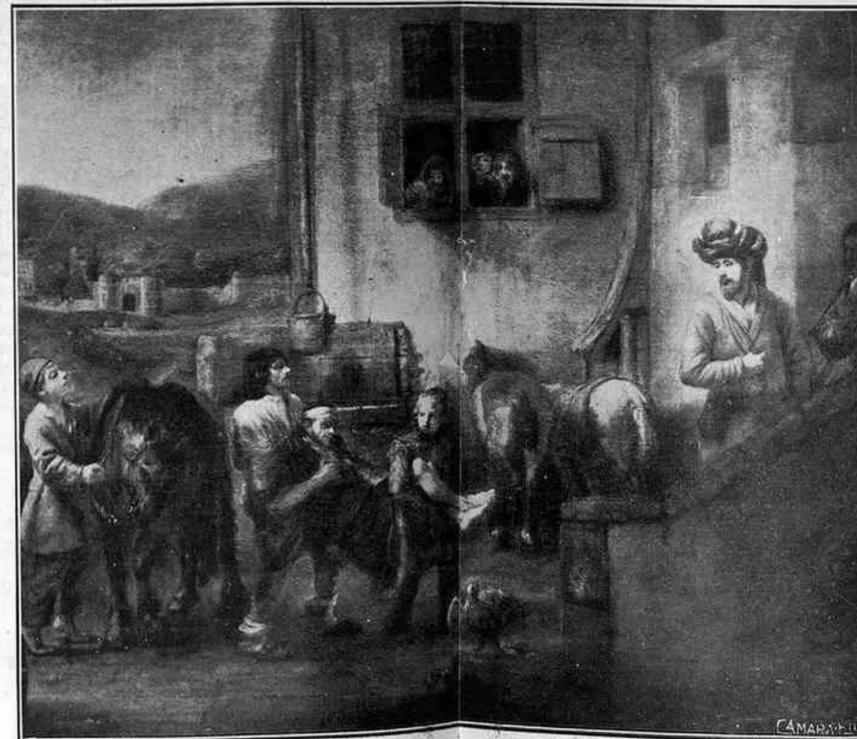
Cuadros religiosos hemos publicado también muchos,

del mismo autor, en diversas ocasiones; pero aún hay otros muchos que creemos de sumo interés, por ser típicos de una modalidad holandesa de ese género de pintura. Nos referimos, por ejemplo, á algunos conservados en el Museo del Louvre y de los cuales hoy reproducimos dos: *El arcángel San Rafael separándose de Tobías* y *Los peligros de Susana*. Ambos son interesantes y tal vez pudieran marcar una transición hacia la pintura que, cometiendo tal vez un

Uno de los cuadros de Rembrandt típico de su pin-



Otro bello ejemplar de pintura religiosa, en que la idealización mística de la figura principal no desentona entre otras más recientemente reales



Sea cual fuere su asunto, este cuadro de Rembrandt puede ser considerado como un estudio

anacronismo, podríamos denominar de género. De esta modalidad damos también un interesante ejemplar.

Pero, de todos modos, queda siempre patente en la pintura de Rembrandt que lo fundamental de ella, lo básico, era el estudio directo, constantemente hecho, del natural. Hay cuadros suyos á los que el mismo pintor, y muchas veces más los coleccionistas, han dado rótulos expresivos de temas ó asuntos diferentes, que

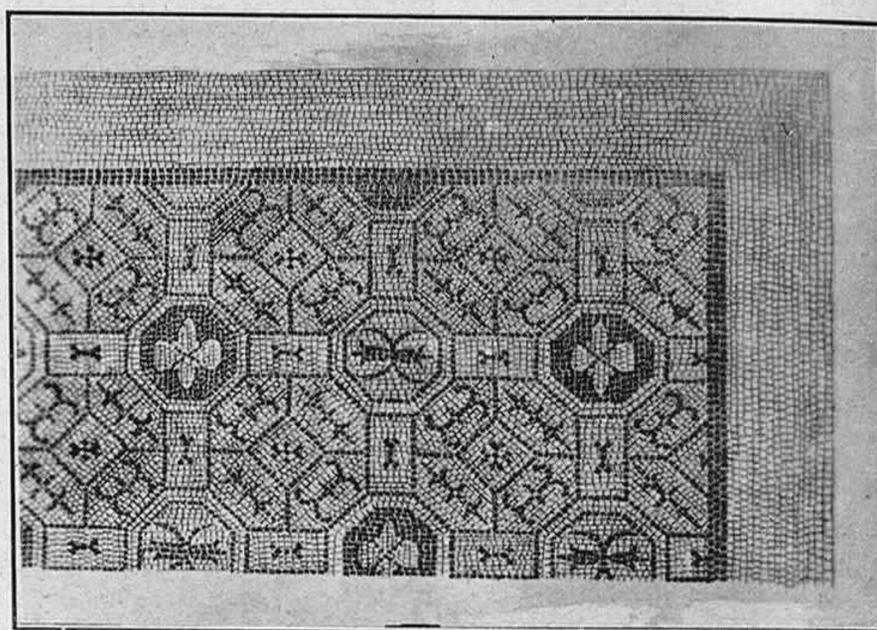
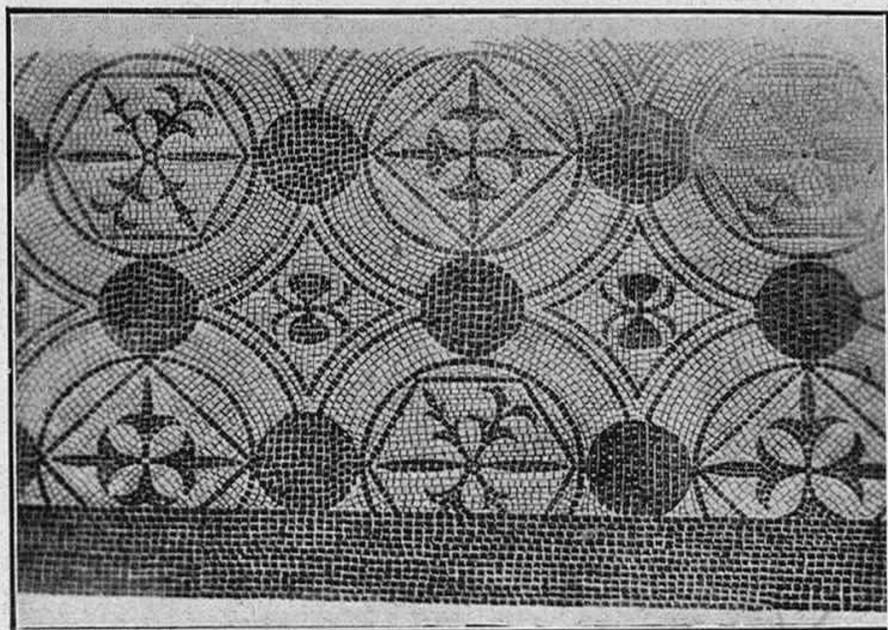
tura que podríamos llamar de género

en definitiva, no son otra cosa que estudios del natural. De ellos publicamos también hoy un ejemplo interesante, al que podrían unirse otros más, muy conocidos y fáciles de recordar; por ejemplo, entre los conservados en París, *Venus*, *Susana en el baño* y *Danae*, en que se ve cómo dominaba el holandés la pintura del desnudo, base y cimiento de toda reproducción de la figura humana.

Sin esos estudios, tan minuciosos y apretados, pero tan sintéticos á la vez, Rembrandt no hubiese llegado nunca á sus grandes cuadros, de que son los que resultan de ese estudio las mejores cualidades.

DE LA VIEJA ESPAÑA

IMPORTANTES DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLOGICOS EN LA PROVINCIA DE MALAGA



Mosaicos romanos

DE un modo casual, como ocurre en buen número de descubrimientos, efectuáronse el año 1915 algunos hallazgos arqueológicos en San Pedro Alcántara, extensa finca agrícola propiedad de la Azucarera Española, situada entre las poblaciones de Marbella y Estepona, en la provincia de Málaga. Como consecuencia de ello, se efectuaron en el mencionado lugar algunas excavaciones iniciales dirigidas por el distinguido químico D. José Martínez Oppelt, publicándose el resultado de estos trabajos en una revista madrileña ya desaparecida. Transcurrieron catorce años largos sin que, no obstante la importancia de los hallazgos en cuestión, se prosiguieran las exploraciones de un terreno que debía ser rico en materiales arqueológicos, á juzgar por el número y el valor artístico de lo exhumado en una campaña brevísima, y que sirvió de base á una pequeña Exposición celebrada en la capital.

Recientemente han vuelto á reanudarse los estudios preparatorios de unas excavaciones metódicas que proseguirán activamente guiadas por el arqueólogo D. José Pérez de Barradas, quien en el pasado mes de Agosto exploró con éxito completo la comarca donde estuvo emplazada la ciudad romana llamada Silniana.

Uno de los más interesantes descubrimientos llevados á cabo recientemente es el de una necrópolis, según todas las probabilidades visigo-



DON JOSE MARTINEZ OPPELT

A cuya dirección se debe los descubrimientos arqueológicos que publicamos

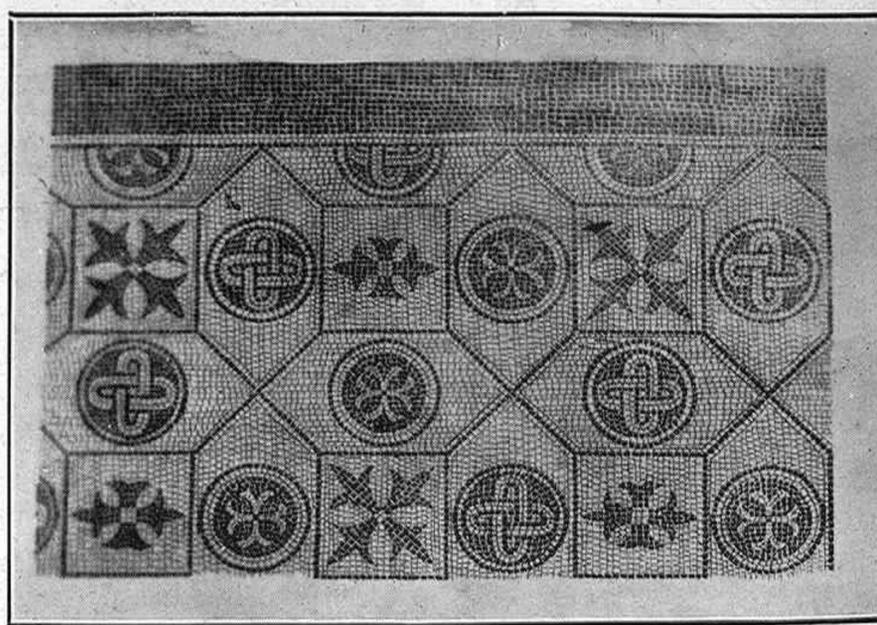
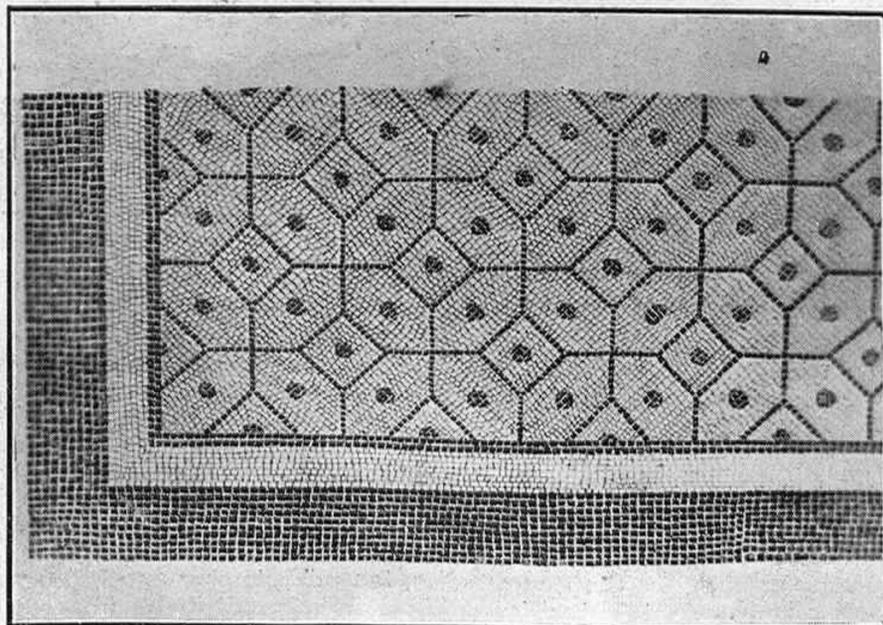
da, en lo que hoy es término municipal de Marbella, y en cuyo perímetro se han excavado por el Sr. Martínez Oppelt varios sepulcros, en los que fueron hallados entre otros objetos varias vasijas de barro y vidrio, una lápida con inscrip-

ción de caracteres góticos, un broche de bronce para cinturón y una moneda de oro de la época de Liuva II, datando todo ello probablemente del siglo VII.

Cerca de esta necrópolis se extiende una vasta zona de ruinas de la época romana, habiendo aparecido vestigios que permiten suponer que allí debió estar emplazada la ciudad de Silniana. Al otro lado de la finca de San Pedro Alcántara, y ya en el término municipal de Estepona, se halla el lugar denominado Las Torres, donde el Sr. Martínez Oppelt ha localizado la existencia de un gran edificio con aspecto de termas ó de villa de recreo que habitara su dueño, y en la que se han encontrado hasta ahora siete preciosos mosaicos (algunos de los cuales reproducimos), un fuste de columna y una admirable cabeza femenina, labrada en mármol blanco, que por lo exquisito de la talla y su valor arqueológico es el hallazgo más importante de estas excavaciones.

He aquí cómo describe el Sr. Pérez de Barradas esta pieza escultórica, que, á su juicio, puede ser considerada como helenística, ó acaso anterior:

«Las formas están tratadas con suavidad por grandes y tranquilas superficies. El contorno de la cara es oval, y el perfil no es griego; pero no está muy lejos de él. Las orejas son pequeñas, y están un poco separadas del cráneo. Los labios



Mosaicos romanos

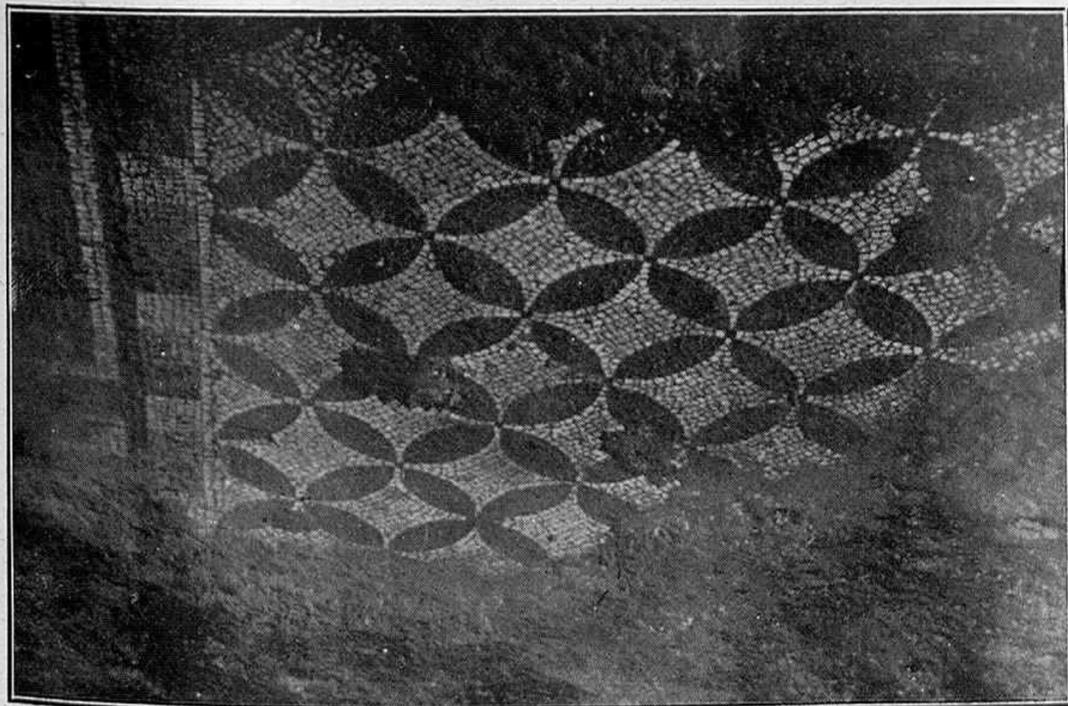


Objetos de cerámica y vidriería romana descubiertos en las excavaciones de San Pedro Alcántara

son finos y la boca está un poco ligeramente entreabierta. La mirada lejana de los ojos pequeños revela una intensa vida interior. Dentro de la serenidad de esta cabeza hay un cierto patetismo. Su peinado es muy especial; tiene raya en medio por detrás, y dos trenzas forman un moño alto, al que suben por delante y por los lados unos finos y enortijados rizos.»

Acompañan á la presente información una fotografía de este fragmento escultórico y otra relativa á los objetos de cerámica y vidriería descubiertos en las excavaciones de referencia.

D. R. 



Mosaico romano



Busto de mármol blanco descubierto en las excavaciones, considerado como helénico



PRENSA GRAFICA EN NUEVA YORK

El poeta ciego, cantor de la luz

DESPUÉS de un año de haber sido retirado de la sala de pinturas de la Biblioteca pública de Nueva York, ha vuelto a ocupar su antiguo puesto el famoso cuadro de Miguel Munkacsy, *Milton, ciego, dictando «El Paraíso perdido» a sus hijas*, premiado con medalla de honor en la Exposición de París, de 1878, y por el cual el Gobierno de Francia nombró oficial de la Legión de Honor al célebre artista.

Las dos obras más conocidas y admiradas de Munkacsy: *Jesús ante Pilatos* y *El Gólgota*, adquiridas por el multimillonario Wannamaker, están en la ciudad de Filadelfia, habiendo pagado por ellas 800.000 y 875.000 pesetas, respectivamente, el riquísimo coleccionista de obras de arte.

En el gran cuadro de *Milton dictando «El Paraíso perdido»*, el autor emplea casi únicamente el blanco y una tenue gradación de sombras, penumbras y profunda obscuridad, que corresponde perfectamente con el doloroso estado del poeta privado de la luz. Mientras una suave claridad, tamizada, que más parece irradiada que recibida, envuelve a las tres hijas del poeta, pendientes de los versos que dicta a la que está más distante, al extremo de la mesa, el pobre ciego, vestido de negro, inclinada la cabeza sobre el pecho y ocultos los apagados ojos, causa el efecto de la formidable concentración mental de una idea que se escapa ó de un verso que nace. Contemplando a Milton, abstraído en su esfuerzo poético, nadie puede decir si está dictando el celestial himno a la nueva luz que aparece en los abismos de la Creación, ó la infernal imprecación de Satanás al Sol, cuya belleza reaviva en el Angel caído el fuego de los tizonos eternos en que se abrasa.

La mirada fija, interrogante, suspendida y amorosa de sus tres hijas, de clásico perfil inglés, acentúa la impresión de duda que flota en ese momento de silencio, durante el cual los pinceles sutiles de Munkacsy sorprendieron a Milton plasmando una frase de luz en las profundidades de su ceguera.

Milton, á quien llamó Lamartine «el Belisario de los poetas», rodeado de decepciones y de enemigos, retiróse á su casa de Londres, después de haber sido personaje de fuerte y combatida significación en la vida política de su país y en las controversias religiosas de la Iglesia anglicana. Sumándose á todas las rebeldías contra la autoridad y los actos de Carlos I, de Inglaterra, mereció la confianza del Protector, que le nombró su secretario; pero tampoco Oliverio Cromwell guardó fidelidad á su amigo en sus últimos tiempos. Quejándose de la ingratitude de sus amigos, no olvidaba los nombres de Galileo, de Torcuato Tasso, del Cardenal Barbarini y de Holstein, el bibliotecario del Vaticano, con quienes trabó amistad durante su permanencia en Italia y con los cuales mantuvo siempre sinceras relaciones y afectos.

Cuando sus ojos se habían apagado y su vida era una concentración de recuerdos, resolvió dar cima al *Paraíso perdido*, del cual había compuesto algunos fragmentos en los días más agitados de sus contradicciones políticas, y lo hizo, según Lower y Augustus Cecil, constreñido por

la miseria que le rodeaba. Publicado su poema en 1669, no pudo cobrar las quince libras esterlinas en que lo había vendido á un impresor, hasta aparecer la tercera edición, cuando contaba sesenta años de edad.

Faltándole la vista, tuvo que recurrir á la ayuda de sus hijas, á quienes dictaba por las mañanas las concepciones poéticas que había soñado durante la noche. En la soledad y el silencio, mientras Londres dormía, creaba las vigorosas frases, sin paralelo en la literatura inglesa, y escuchaba, dentro de sí, en la obscuridad, la armonía de sus versos inmortales, puliéndolos, limándolos, dándoles flexibilidad y gracia, con la paternal solicitud con que se acaricia el rostro de un hijo que no se puede ver.

Infeliz en su primer matrimonio con Mari Powell, pero reconciliado con ella cuando proyectaba casarse con otra mujer, aprovechó

en sus ojos sin luz, tiñendo de tristeza las páginas más exquisitas de su poema.

Sobreponiéndose á la realidad de su dolor, dirige sus pupilas apagadas á los espacios hondos y desconocidos, y prorrumpe en estas palabras de exaltación y de saludo:

*«Hail, holy Light, offspring of H'eav'n first-
or of th'Eternal coeternal beam
[born,
may I express thee unblamed?»;*

que el intrigante y funesto político, canónigo de Toledo, Escóizquiz, tan malo aconsejando á Fernando VII como traduciendo á Milton, vertió así al castellano, con una libertad inadmisible:

*¡Salve, oh tú, hija del Cielo, luz del día!
Fuente de la belleza y la alegría;*

*del resplandor eterno
[procedente:
emanación del mismo
[Omnipotente;
fulgor inseparable de
[su esencia,
que en torno de su solio
[derramada,
cual pabellón augusto,
[su presencia
ocultas...»*

Chateaubriand, que tanto ensalzó *El Paraíso perdido* en su *Genio del Cristianismo*, entre las grandes bellezas del poema de Milton hace resaltar aquella imprecación de Satanás cuando descubre la magnificencia del Sol, ante cuya belleza siente renacer su perdida hermosura y le hace exclamar en estos contradictorios sentimientos de admiración y de odio:

*«... to thee I call,
but with no friendly voi-
[ce and add thy name.
O Sun, to tell the how
[I hate thy beams
that bring to my remem-
[brance form what state
I fell, how glorious once above thy sphere...»;*

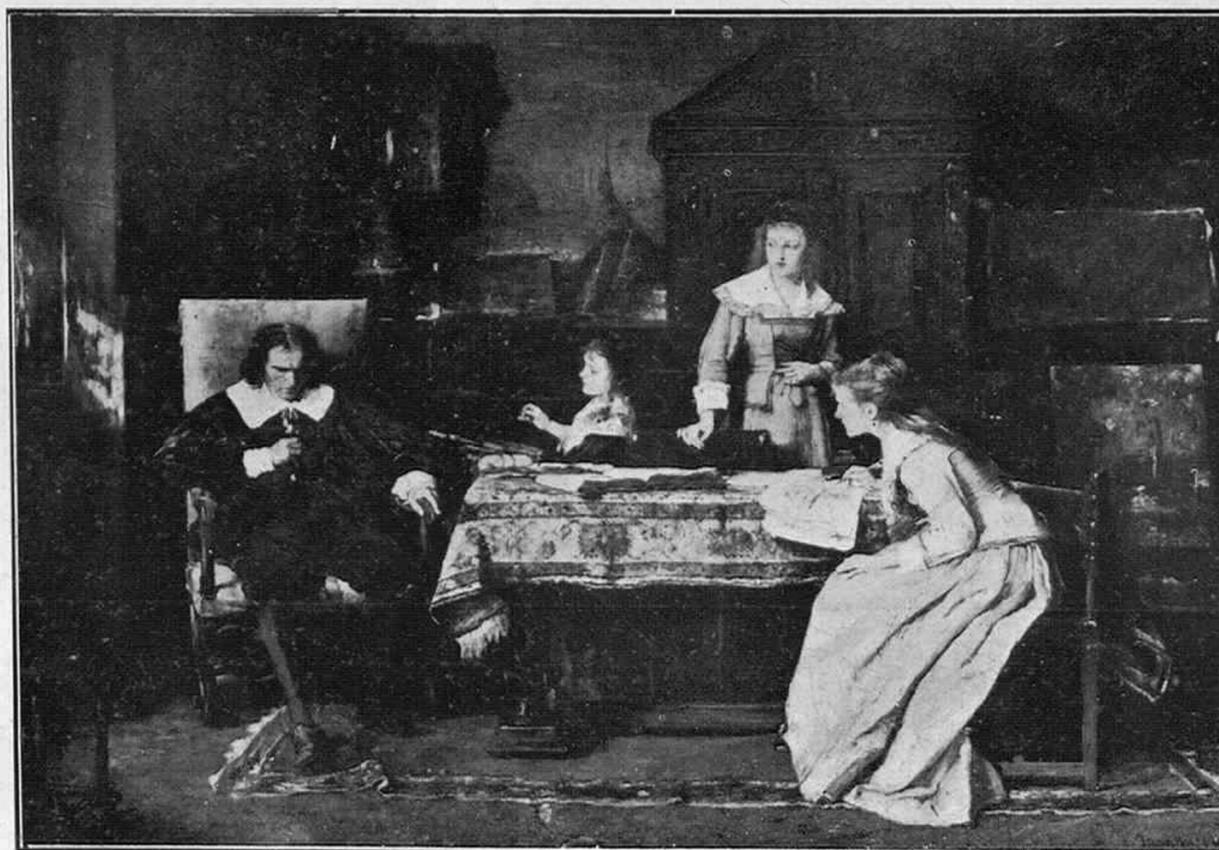
así traducido por Escóizquiz:

*«Tú, benéfico don de mi tirano,
portento de tu dueño soberano,
que el mundo todo de alegría vistes,
¿qué te hice yo que á mí tanto atormentas?
Si, te aborrezco, ¡oh, Sol! Cuánto acrecientas
con tu hermosura mis dolores...
¡Yo la tuve un día...!»*

El himno al Sol y las frases de Satanás á la luz del mundo que odia «con rencor de ira eterna», como escribe Chateaubriand, son acaso las más bellas que ese «divino esplendor de las cosas» ha inspirado á la poesía de todas las lenguas y, sin embargo, brotaron de las profundidades de un genio que vivía en completa obscuridad después de haber gozado de las claridades del Sol. Cuando Milton canta la luz en sus versos admirables, pasa repentinamente del alto elogio admirativo á la tristeza y más hondo abatimiento, como si dentro de su genio lucharan sombras y luces en un nuevo caos, iluminando ú oscureciendo la épica grandeza de sus ideas sin genealogía en los poemas de los anteriores siglos.

MARCIAL ROSSELL

New York, 1930.

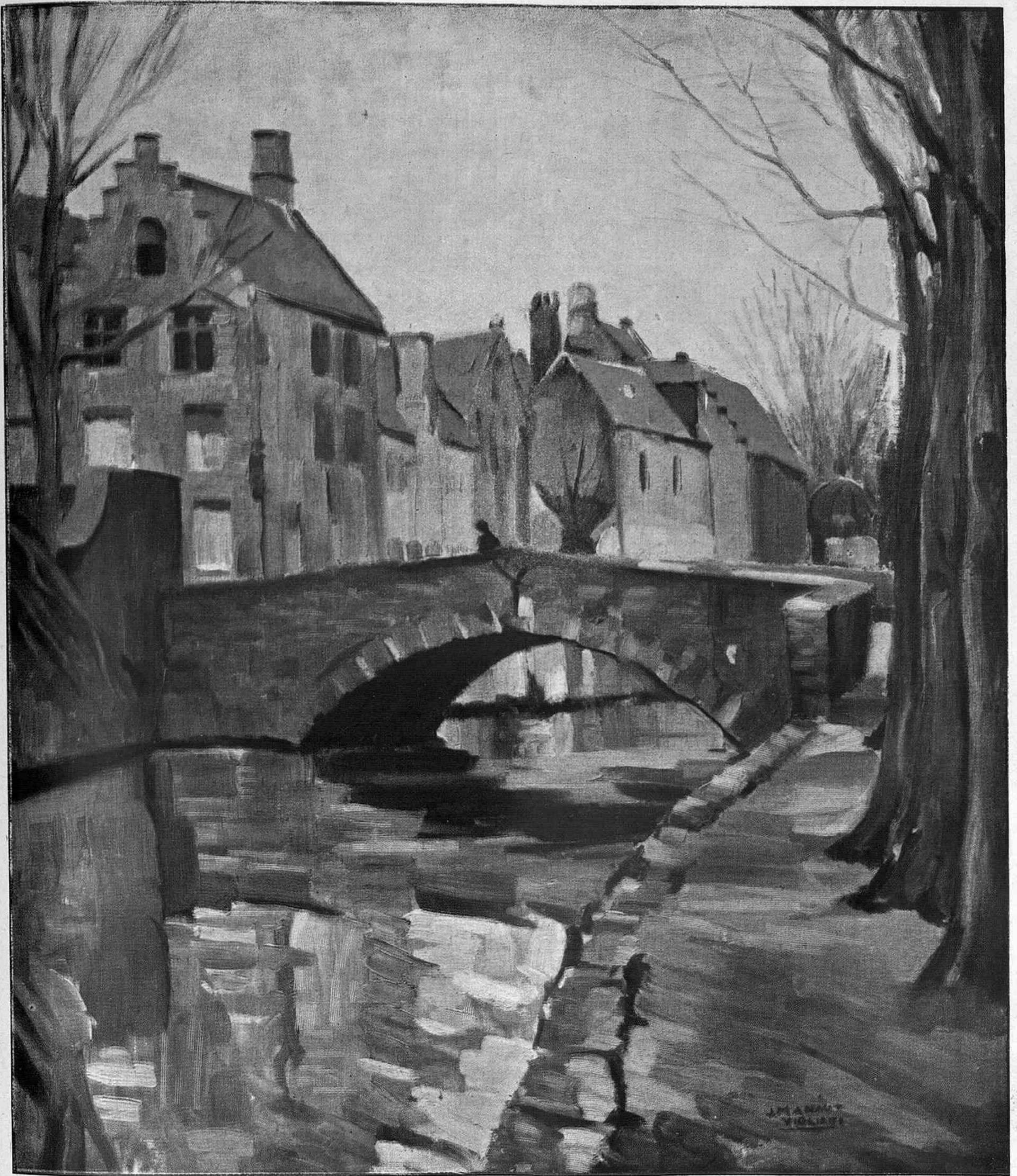


«Milton, ciego, dictando «El Paraíso perdido» a sus hijas», cuadro de Miguel Munkacsy, que se conserva en la Biblioteca Pública de Nueva York

muchas de las sensibles y amorosas frases de su esposa, según la afirmación de sus contemporáneos, para cantar poéticamente la escena de perdón entre Adán y Eva después de la caída original, así como muchas de las frases más bellas de amor eran un melancólico eco de sus días felices al lado de su tercera esposa, Elisabeth Minshall, que fué el sostén y estímulo del poeta en las últimas crisis de su vida, cuando la ceguera, la ancianidad y la miseria combatieron aquella naturaleza extraordinaria de luchador en su juventud y de derrotado siempre.

En Milton tenía perfecta aplicación las palabras del Dante: «No hay mayor dolor que acordarse de los tiempos felices en la desgracia»; y la grandeza y exactitud de esta frase de la *Divina Comedia* cayó de lleno sobre el alma del poeta del *Paraíso perdido*, que, privado de la contemplación y recreo de la luz del Sol, que antes admirara, necesitaba la visión de esa misma luz para bañar en claridades de cielo el espacio vacío y los mundos que acababan de nacer á la voz eterna de Jehová.

Los dos primeros cantos de su poema fueron fáciles para el poeta, que todas las mañanas dictaba sus sueños, como si diariamente repitiera el testamento lírico de su genio; pero al llegar al tercer canto, cuando anuncia la aparición de la luz sobre los horizontes silenciosos de la Creación, el gran dolor de la ceguera puso lágrimas



«Paisaje», bello estudio del natural por J. Manaut, uno de los maestros del género

RUTAS DE TURISMO

Las canteras de San Cristóbal

EL desarrollo creciente de día en día del turismo español; la mejora progresiva de las carreteras del Estado, y la vasta red de caminos vecinales, hace que muchos lugares pintorescos (casi ignorados hasta hoy aun por los mismos españoles) los demos á conocer por primera vez en guías y revistas.

Esto sucede con las *grutas ó canteras* de San Cristóbal, que, cual otras Catacumbas de Roma, pueden ser motivo de interesante visita en la provincia de Cádiz, y nos muestran en forma grandiosa lo que ogra el trabajo constante del hombre en el transcurso de los siglos.

En el término municipal del Puerto de Santa María, entre Jerez y el río Guadalete, desciende suavemente, hasta llegar á la playa, la llamada *Sierra baja de San Cristóbal*, formada por algunas colinas de poca elevación que cortan la carretera de Cádiz á Jerez, y que en gran parte está horadada por mano del hombre, que desde hace más de veinte siglos extrae de sus entrañas la piedra arenisca de que está formada, y con la cual se construyeron antiguas y modernas urbes.

A medio kilómetro escaso de dicha carretera, frente á los manantiales de la *Piedad*, que surte á la capital de agua potable, encuéntrase una de las varias entradas de la explotación, que da acceso á la *gruta ó cueva* llamada de La Mujer, que forma solamente una pequeña parte de las canteras y que reproducimos fotográficamente por vez primera.

La impresión que causa al viajero al encontrarse entre los ciclópeos muros que forman la calle de ingreso, limitada por el gran arco, que, á modo de escenario de teatro modernista, da la sensación de entrar en antigua fortaleza asiria ó egipcia, con su cuarto de guardia, cuyo dintel se advierte á la izquierda, y en el que se espera encontrar las siluetas guerreras de túrdulos ó tartesios, ó de sus vencedores de Cartago.

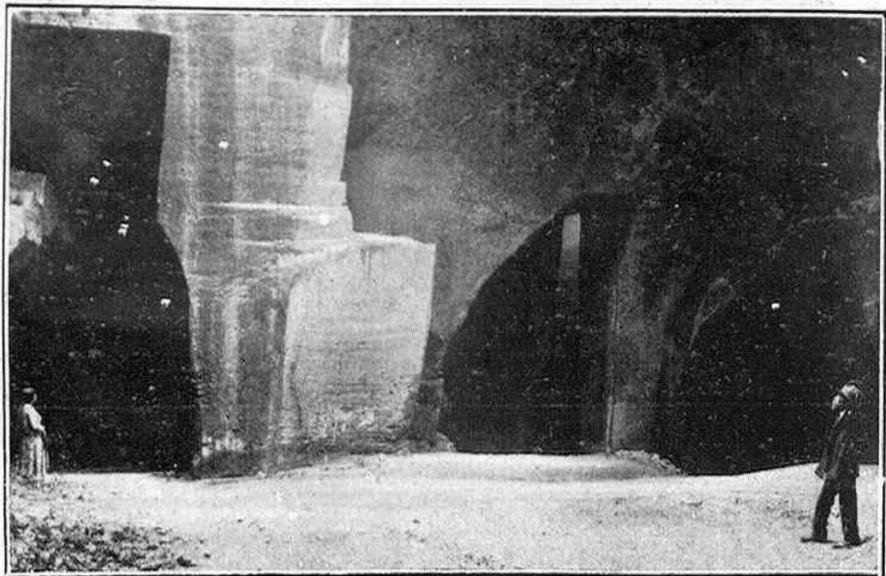
Como visión dantesca se contempla, tan pronto se llega á la pri-



Calle de entrada á la cueva de La Mujer en las canteras de San Cristóbal, cerca del Puerto de Santa María



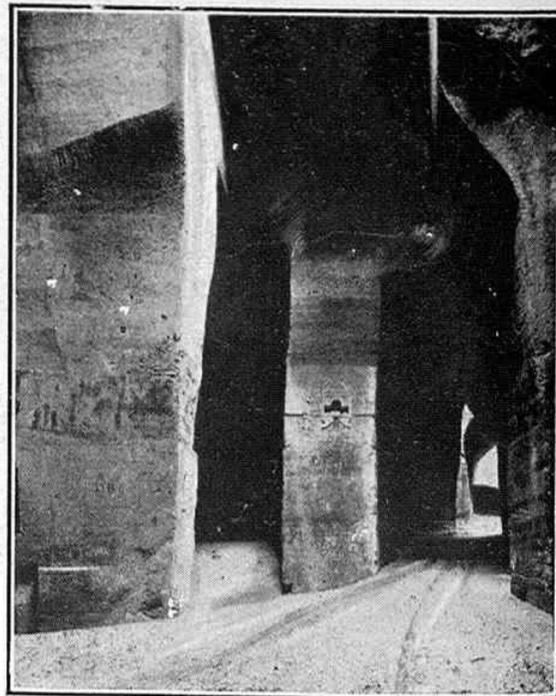
Entrada á varias galerías de las canteras



Gran departamento con figuras é inscripciones

mera estancia, una serie de grandes galerías de atrevidas y fantásticas líneas, con superficies reñidas con la geometría regular, y cubiertas de letreros y extrañas figuras, cuyo estudio sería curioso, y muchos de los cuales desaparecen entre la arena que poco á poco va enterrando los más antiguos.

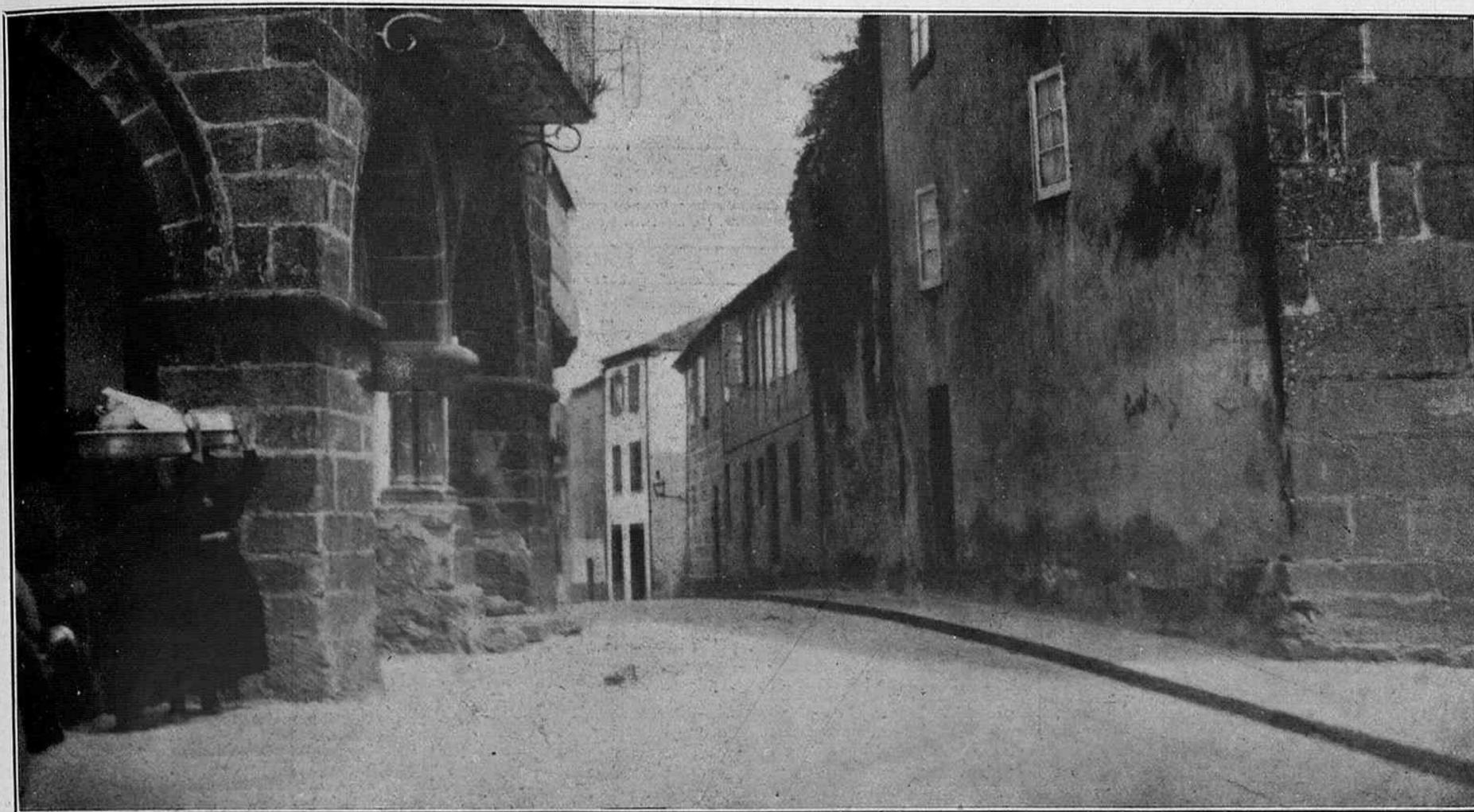
Causa verdadero asombro el ver cómo en la construcción de aquellos grandes departamentos, como naves de catedral, no se ha seguido plan ninguno, sino el deseo de sacar materiales con mayor facilidad, produciéndose una arquitectura original, que como tema vanguardista nos han querido presentar los modernos innovadores. Los extraños cortes, los tonos variados de la piedra y la luz solar del mediodía penetrando por las altas claraboyas, dan un aspecto único y fantástico á tales lugares; y penetrando en galerías y simas, son fondos excelentes para cuadros dantescos, y bien merecen la visita del viajero que, para percibir nuevas impresiones, llegue á la tierra del sol.



PELAYO QUINTERO

Cádiz, 1930.

Originales arcos y pilares decorados con inscripciones y figuras
(Fots. Iglesias)



Una calle mudable, que tiene un género de expresión distinta en cada cambiante

VIDAS DE MUJER

LA CALLE EN CALMA

CALLE antigua. Con esa antigüedad remota y envolvente que vá conquistando las cosas recién hechas y asumiéndolas dentro de su imperio de paz y de vejez. Calle venerable, tranquila, con arcos próceres, de piedra señorial, grandes y acogedores como atrios de iglesia; con jardines familiares que trepan sobre las tapias, sobre los tejados y lanzan su hojarasca para descolgarse, como si aquella poderosa vegetación contenida entre cuatro paredes desbordara de su clausura, buscando suelo libre. Calle, ó mejor dicho: rúa de villa costera, á trechos solariega, á trechos improvisada por la nueva burguesía. Casonas de fuertes muros cuyos cimientos acaso sean romanos, junto á las casitas ligeras, de muchos huecos; esto es, ingenuas, infantiles, curiosas y siempre un poco plebeyas, puesto que no buscan intimidad. A las viejas losas gastadas por tantas lluvias, sustituye hoy el asfalto. Pero, ¿cómo suenan en el asfalto los zuecos de las aldeanas? ¿Cómo pisan los pies descalzos de los marineros? Porque esa rúa viene de la campiña y vá al mar. De una parte, entre costanillas, llega á los huertos; de otra, toca en la ría. Si no estuviera el puente podríamos botar al agua un barco, dejándolo correr desde la puerta de la iglesia.

Unas veces baja la huerta hacia el mercado en los sacos de las mujerucas. Otras sube el mar á las huertas en las canastas de las pescadoras. Otrás desfilan por aquí las muchachas,

á la hora del paseo, que es la más alegre y la más provinciana. Algarabía de pájaros, frescas voces. Colores vivos en los vestidos y en las mejillas. ¡Juventud! Eterno juego de amor, con los carriles al uso del país, con las sabrosas normas, tan gratas de seguir... y de quebrantar.

Pero hay otras horas de calma y estas son las mejores. Nadie transita por la rúa. Puede ser aquí en verano, cuando el sol ablanda el asfalto; ó en esos días tétricos en que la lluvia se respira y el pueblo parece la ciudad sumergida de Is. Entonces aparecerá una mano que levemente descorre un visillo y tras los cristales —si sabemos esperar—veremos un hermoso rostro de mujer.

¡Mujer de calle en calma y de corazón impaciente! ¿Qué hace? ¿Qué aguarda en ese escondite? ¿Cuántos años ha pasado esperando y cuántos le faltan todavía antes de convencerse de que por su calle no pasan los grandes caminos del mundo, sino hortelanas, pescadoras y gentes sencillas que no saben mirar? Esta es la hora en que el aire más quieto de la villa más apartada, se puebla de extrañas imaginaciones, de maravillosos inventos para huir. Y esta es también la hora en que el sueño empieza á dejarse vencer y esa frente pegada á los cristales, pacta, transige, se declara vencida ante la realidad.

¿Qué hay más allá? También los sueños son distintos en la casona solariega, en la casita bur-

guesa y en la chavola del arrabal. El mundo está más abierto, por desgracia, para quien no tenga atadura ni prejuicios. Puede dar el paso adelante y correr su suerte. Si cae, siempre será probar fortuna y esto es mejor que vivir hastiada del presente, esperando lo que no llega porque no puede llegar. La pescadora está más libre. La aldeana que ríe á carcajadas y canta. La pobreignorante é inconsciente. ¡Pero ella!

Nunca se ha cultivado tanto como ahora la imaginación, ni se ha dado á estas reclusas de las calles por donde nadie pasa mayores incentivos al sueño que no se realizará. La literatura y el *ciné* son los dos grandes espejos mágicos por donde puede asomarse á lo inaccesible. En vez de ir á buscarlo, tienen que conformarse con esperar.

Y este sería, en cambio, el sueño, realizado, de otras vidas cansadas. Una calle mudable, que tiene un género de expresión distinta en cada cambiante; tranquila ó bulliciosa según la hora; transitada por trabajadores y por convencinos á quienes tratamos y cuya existencia no es para nosotros un misterio. Entre el campo y la ría. Entre la montaña y el mar. Con sosiego para leer y gentes buenas para conversar. Pero, ¿cómo van á mirar el destino como lo miramos nosotros, esos ojos que asoman llenos de enigmas, tras de los cristales?

LUIS BELLO

ACABA DE PUBLICARSE

«EL CAPITAN MALACENTELLA»

Alberto Insúa ha publicado una nueva novela: *El capitán Malacentella*. Sobria, con el calor emotivo de un verdadero trozo de autobiografía depurada por el tiempo, es tal vez la mejor de sus novelas. Nos denuncia un novelista en plena madurez, capaz ya de llegar al alma del público, prescindiendo del enfadoso empeño de acumular sensaciones e ideas, propio de principiantes. ¿Permicosa? No. Lo es sólo su anécdota básica, que no es lo fundamental. Aromada por una moral superior de renuncia y amor, muy humano, aunque otra cosa clamen los pesimistas. He aquí los dos primeros capítulos de *El capitán Malacentella*.

I

EL arroz! Fué una apoteosis. Nunca le había salido á Mariquiña, nuestra cocinera, un arroz tan apetitoso, tan fragante, tan bien «pintado». En la paila, poco profunda, humeaba rojo y gualdo, «como nuestra bandera». (Esto lo dijo el coronel Vimianzo.) De un amarillo mate, surcábanlo simétricamente unas filas de pimientos morrones, que convergían, escalando una cumbre, en un castillete ó fortín de cangrejos de agua dulce. Soterrados en el arroz estaban los muslos y pechugas de pollo, los pedazos de anguila, los tropezos de jamón, los mejillones extraídos de sus valvas. Al exterior sólo el verde humilde de los guisantes se permitía alterar aquella sinfonía de colores, tan patriótica.

El coronel Vimianzo saludó á la manera militar. Don Bienvenido Moscoso, catedrático de Lógica en el Instituto, parecía tomar aquella montaña comestible por el Acrópolis de Atenas. Don Rafael Mencía, el gran historiador, que era Gargantúa en el cuerpo de Pulgarcito, rompió con sus manzuelas en un aplauso. Don Acisclo Souto, el almacenista de la calle de San Mamed, se frotó sus manazas. No había otras mujeres que mi madre y mi tía Dolores, viuda de don Froilán Pérez, el magistrado. Los demás éramos niños ó adolescentes, aunque yo, con mis diez y ocho años escasos, me creyera un hombre. Y muy hombre. Todo el mundo manifestó, de una manera ú otra, su regocijo ante el arroz. ¿Qué sería cuando, hecho familiarmente por mi madre el plato de cada cual, comenzara la fácil tarea de engullirlo? A mi hermano Joaquín, un tragal-dabas, se le iban los ojos tras el cucharón con que nuestra madre socavaba y disminuía el montículo de arroz, trasladando porciones á los platos. Joaquín temblaba ante la idea—absurda—de que no alcanzara para los niños.

Sólo una persona había permanecido silenciosa ante la paella. Más que silenciosa, disciplente. Más que disciplente, hostil. Y era esta persona uno de los mejores amigos de mi padre, don Andrés Mosteiro, conocido en toda Nautilia por «el Capitán Malacentella», y, más comúnmente, por «Malacentella», sin capitán... Tendría entonces sesenta años. Usaba bigote y perilla á lo Martínez Campos. Había sido terrateniente y guerrillero en Cuba. Tenía arrogancia. Sobre todo con su chambergo claro ladeado, su bastón de manatí con puño esférico de plata—que tañía no se qué músicas bélicas— sobre las losas de la calle Real— y su breva de La Habana en la boca. Tenía un pasado tormentoso, una mujer y unos hijos repudiados en Cuba y otros hijos y otra mujer—«boa moza»—en Nautilia.

Don Andrés Mosteiro rechazó el plato que le presentaba la criada. Cortésmente, y dirigiéndose á mi madre, que le miraba con sorpresa:

—Perdoneme, miña señora, pero yo... á min,



ALBERTO INSUA

(Fot. Campúa)

el arroz la verdad... Si non le importa, tomaré otra cousa. (Hablabá una jergonza mixta de español y galaico.)

Mi madre dió una orden á la muchacha.

—A Mariquiña que mande en seguida un par de costilletas para don Andrés.

El coronel Vimianzo, que ya atacaba su ración copiosa, digna de un héroe (los héroes comen bien, recuérdese la Iliada), no pudo reprimir una gran risa que esparció varios granitos sobre su barba.

—¡Pero, hombre, Mosteiro! ¿Hasta cuándo le va á durar esa «tolada», esa manía contra el arroz?

—Non le es manía, ni tolada, mi coronel. Un cristiano non pode tocar un plato que le recuerda... Bueno, aquí non debe fálarse de eso. Coman ustedes el arroz é bon proveito les faga.

Y extendió sus manos, para tomar el plato que la criada le ofrecía con las dos chuletas.

Don Rafael, quizá más aficionado á las historias que á la Historia, propuso:

—Que nos explique Mosteiro su antipatía por el arroz. Yo algo he oído, algo sé...

—Non les es cosa para contada en la mesa—se excusó Mosteiro.

—¡Sí que lo es!—exclamó Vimianzo—. ¡Si tiene la mar de gracia! Es uno de los episodios más divertidos y... heroicos de la vida de Mosteiro.

Mi padre, conocedor sin duda de la anécdota, terció con diplomacia:

—¡Vaya, nos lo contará de sobremesa! Consumamos ahora este arroz, que, la verdad, no está del todo malo.

—Quiere usted decir—rectificó Mencía, llevándose á los dientes una lasca de pechuga—que está del todo bueno, que es un plato digno de los convites de Trimalción... Yo creo que Mariquiña le echa jerez.

Mi madre, con el natural orgullo de las amas de casa, justificó la creencia.

—¡No ha de echarle! Dos cuartillos del mejor. Y nada de agua. Caldo de gallina.

—Es—dijo el catedrático Moscoso—el más suculento arroz que yo he probado en mi vida.

—¿Probado?—rectificó zumbonamente el coronel—. Diga usted «devorado». Para ser lógico...

—¡Ah—exclamó don Acisclo Souto, el almacenista de la calle de San Mamed—, yo no le quito méritos á Mariquiña, que ni en la misma Valencia encontraría quien le ganase la mano en preparar arroces! Pero conste que este que estamos devorando, es mío. Quiero decir, de mi almacén.

Mi madre, muy complacida con la animación de sus invitados, corroboró el aserto. Y aun dijo:

—Aquí, bien lo sabe el señor de Souto, todos los víveres vienen de su comercio.

Tras el arroz apareció una merluza en salsa verde. Como final, una gran pieza de ternera con arlequín de legumbres. Fué espléndida la comida, pues los vinos, blanco de Páramo y tinto del Rivero, la regaron adecuadamente, y entre los postres—muchos, así naturales como reposteriles—figuró una de esas tartas de almendra, embutida de frutas, impregnada de almíbar y salpicada de grajeas, que hicieron famoso á un confitero de la calle de San Mamed y causaron más de un torozón á mi hermano Joaquín. «Torozón», porque, según nuestro padre, «Joaquín se atracaba como una bestia».

Atacados y vencidos los postres, se levantó el campo de batalla, y todos los combatientes—salvo los menores— pasaron al llamado «gabinete de confianza», amplia habitación prolongada por una galería de cristales, donde hacían costura las mujeres y estudiábamos los muchachos. La galería daba al mar: al puerto de Nautilia, tan gracioso y seguro, con su castillo en un islote que eclipsa efímeramente á los barcos y sirve para medir su longitud, según lo que tardan en aparecer de nuevo. Algunos—los de cabotaje y los de pesca—tardan mucho, como si el castillo, y no el mar, se los tragase.

Innocuo castillo, fortaleza de juguete, mi fantasía te transformaba entonces en uno de esos castillos homicidas de las *Mil y una noches*. Eras un devorador de barcos, una espantosa montaña de imán... Cuando el barquito asomaba la nariz de la proa, olfateando el Atlántico, yo decía: «¡Ah, míralo, ya volvió!», como si volviera del otro mundo, del que está debajo del mar.

Aquella tarde no me interesaban los barquitos.

II

He aquí á las dos criadas de casa, á Pepiña y á Manuela, con el café y los licores. Los invitados van sentándose en el sofá, en los sillones, en las sillas volantes. Mi madre, ayudada por Manuela, hábil y pulcra, vierte el café en las tazas y el licor en las copas. Mi padre ha aparecido con un cajón de «tabacos» de la Vuelta, cuya exquisitez encomia, ofreciendo cada puro como una flor. «Malacentella» olfatea el suyo, lo despunta con los dientes y escupe el trocito que le arrancó.

—¡Non poder fumarlos á todas horas!—exclama—. ¡Lástima de país!

Humo de los cigarros. Rumor de las conversaciones. El tintineo de las cucharillas en las tazas. Mi padre dice:

—Amigo Mosteiro, lo ofrecido es deuda. Háganos el cuento del arroz.

Exige el coronel:

—¡Sin omitir detalle!

—Señores—se disculpa «Malacentella»—, miren que el cuentecito non les es nada alegre...

—¡No importa—opina don Rafael Mencía—, cuanto más dramático mejor!

—Venga.

—Vamos.

Y «Malacentella» hace el cuento del arroz.

—Todos ustedes saben que he sido guerrillero en Cuba. Non es por darme tono, pero di muita leña, non le tuve temor á naide, ni al propio Maceo. Non me mataron porque non lo quiso el Apóstol... ¡Ay, yo les soy muy devoto del Apóstol! Pues bien: en mi guerrilla, de segundo, tenía yo á un individuo que se apellidaba Quintana y era bizco... Más feo que el diablo. El «Caimán», por mal nombre, porque entraba en un río ó ciénaga llena de caimanes y non le mordía ninguno. ¡Les daba miedo! O eran de su familia.

Ríe el auditorio. Se bebe, entera, «Malacentella» una copita de ron.

—Una vez—prosigue—llegamos el «Caimán» y mis cincuenta hombres, que eran todos blancos, del país ó peninsulares, pero todos blancos, á un pueblecito con un hambre, meus señores, ¡con un hambre!... Llevábamos cinco días viviendo de mangos y de cocos. Non quedaba en las cantimploras ni un buche de aguardiente. En la bodega del pueblo había de todo. Y á la puerta de un bohío ¡qué sé yo cuántas guineas y un lechón!... Di orden de que le torcieran el pescuezo á unas cuantas galiñas y se matara el lechón. En la «bodega» tomamos varias libras de arroz y unas latas de pimientos. La cazuela nos la prestó un guajiro. De un arroyuelo, que corría allí junto, se trajo el agua, y en un santiamén, rompiendo unos cajones y rayando un fósforo, tuvimos fuego... Ya estaba el arroz casi en su punto y con un cheiro que daba gloria, cuando los dos hombres que hacían la centinela anunciaron la aparición de una partida. Era la partida de Baltasar, el mulato, compuesta de sesenta negros. Yo le tenía ganas á Baltasar... Di orden de replégarlos tras una loma, pero haciéndole creer al bodeguero y los guajiros que chaqueteábamos, que non teníamos ánimos para pelear. «¡Lástima de arroz que se van á comer los mambises!»—decía el «Caimán», mirando á

la cazuela—. Yo le dije: «Déjalo. Llegan, comen, se emborrachan é depois les caemos encima y non queda uno». El «Caimán» miraba á la cazuela, movía el arroz y atizaba la lumbre. Fué el último en emprender la retirada. Parapetados en la loma vimos llegar á los mambises. Y ya se figuran ustedes lo que pasó. Tenían tanta hambre como nosotros y, antes de perseguirnos, prefirieron rellenar la panza. Vimoslos dar saltos de alegría alrededor de la cazuela. Un baile, uno de esos bailes de los ñañigos... El lechón, que dejáramos descuartizado, hicieronlo pedazos con un machete, le exprimieron encima naranja agria y ¡á freir! El pobre bodeguero no

ba. Pero non sei qué me daba de verles comer... Sonábanme as tripas, facíame un nudo, aquí, na garganta, y díjele á ó «Caimán» que vigilase él solo... ¡Vigilou, xa ó creol! Esta es la hora en que non sei si dormí algún tiempo, atontado por la calore, ó sin non dormí... Non sei. ¡Palabra! De pronto, me despertou ó sacudeo una risa do «Caimán» y unos gritos que salían del pueblo... Non gritos de home, sino como alaridos de bestas que están matando y non poden defenderse. ¡Malacentella! ¿qué quería decir? Saltei fora de mi escondite. Grité á meus homes: «¡Arriba, rapaces, vamos!» Pero ya el condenado de «Caimán» corría, riendo, sin empuñar el mauser ni el machete, delante de nosotros. Corría bailando—¡los demos me leven si non bailaba!—y gritando: «Son nuestros». Meus señores, ¡ese bandido de «Caimán» había envenenado el arroz! Había botado na cazuela polvos de arsénico, que encontrara na bodega... Cuando yo y meus homes llegamos al pueblo, ya «Caimán» había rematado á cuatro ó cinco. ¡Y al propio Baltasar! Los demás negros de la partida, así de grandes, parecían árboles tumbados por un ciclón. Algunos arrastrándose como majases, llegarían al río para beber... ¡Na miña vida de militar vin cosa más horrible, más triste! ¡Sesenta homes envenenados! ¡Sesenta demonios, ya tendidos ó retorciéndose, con espuma en la boca, antes de morir! Tres ó cuatro de mis guerrilleros desenvainaron sus machetes...

«Malacentella» se detuvo. Apuró otro vaso de agua. Todos—hasta el coronel Vimianzo y el historiador Mencía—seguíamos su cuento como un melodrama en el teatro. Y «Malacentella» lo truncaba en el episodio culminante, igual que Cervantes la batalla entre Don Quijote y el Vizcaíno. El almacenista Souto no pudo refrenar su interés y quiso precipitar el desenlace.

—A machetazos—dijo—concluyeron ustedes con aquellos hombres. ¡Fue una salvajada!

—Una acción inhumana. Pero la guerra...—opinó el catedrático Moscoso.

Mi padre intervino:

—Paciencia. Dejen terminar á Mosteiro.

Al coronel se le había disipado el buen humor. Mi madre hacíase aire con un abanico. Y «Malacentella», humilde, prosiguió:

—Yo le dije á os meus homes: «¡A la vaina esos machetes! Y al que toque á uno de éstos le parto el corazón de un tiro». O «Caimán» ya non reía... Fuíme á él, púsele una mano en un hombro y le dije: «Eres Satanás. Pero vou á matarte... ¡Quieto!» Buscaba su revólver. Lo atenacé. Dos soldados, á un grito mío, atáronle las manos. «Vou á matarte—le dije—porque eres un mal cristiano y un mal español. Non se ganan los combates con venenos sino con los fusiles y los machetes. ¡La guerra es una cosa santa, bribón!» Iba á descerrajarle los seis tiros de mi revólver, pero non sei qué idea tuve, una idea extraña... O «Caimán» era malo, pero valiente. Y era un español. «Desátelo—gritei— que se defienda. Yo no soy un *cobarde*». Se puso en pie de un salto y... el primer tiro fué el suyo. Me rozó una pierna. Los hombres nos dejaron solos... Al quinto tiro, yo le acerté na barriga. O «Caimán» dió una vuelta y cayó boca abajo, pataleando. Me quedaba un tiro y se lo metí en la nuca... Luego, sí; por caridad, rematamos os negros de Baltasar, hicimos unas fosas, los metimos en elas y acabó la historia. Es decir, á ó «Caimán» no quise enterrarlo. ¡Las auras tiñasas concluyeron con él... Por eso, miña señora—dijo «Malacentella» volviéndose á mi madre con dulzura—non me gusta el arroz».

ALBERTO INSUA



Portada del libro

les negaba nada. Figúrense... Temblaba como un rapaz. Salió un negro de la bodega con una lata de manteca, outro con botellas de viño, outro con un galoncino de ron, outro con un montón de casabe... Meus homes protestaban agazapados en la manigua. ¡Y les facía un sol, un sol! Ya no era el hambre, era la sed quien nos atormentaba. Salía de la manigua un calor de infierno. Y, por si fuera pouco, las formigas, los alacranes, los mosquitos... ¡Malacentella me coma, pero hora como aquella non la pasei nin la volví á pasar en mi vida! Miren, sólo de recordarlo me entra una sed... (Mosteiro apuró un vaso de agua). Baltasar el mulato hizo una seña y su tropa se repartió el contenido de la cazuela y del caldero con el lechón. Y á cada uno una toita de casabe... Yo y el «Caimán» espiábamos á turno á los mambises, para caerles encima cuando tuveran ó ventre cheo y la cabeza bom-

ba. Pero non sei qué me daba de verles comer... Sonábanme as tripas, facíame un nudo, aquí, na garganta, y díjele á ó «Caimán» que vigilase él solo... ¡Vigilou, xa ó creol! Esta es la hora en que non sei si dormí algún tiempo, atontado por la calore, ó sin non dormí... Non sei. ¡Palabra! De pronto, me despertou ó sacudeo una risa do «Caimán» y unos gritos que salían del pueblo... Non gritos de home, sino como alaridos de bestas que están matando y non poden defenderse. ¡Malacentella! ¿qué quería decir? Saltei fora de mi escondite. Grité á meus homes: «¡Arriba, rapaces, vamos!» Pero ya el condenado de «Caimán» corría, riendo, sin empuñar el mauser ni el machete, delante de nosotros. Corría bailando—¡los demos me leven si non bailaba!—y gritando: «Son nuestros». Meus señores, ¡ese bandido de «Caimán» había envenenado el arroz! Había botado na cazuela polvos de arsénico, que encontrara na bodega... Cuando yo y meus homes llegamos al pueblo, ya «Caimán» había rematado á cuatro ó cinco. ¡Y al propio Baltasar! Los demás negros de la partida, así de grandes, parecían árboles tumbados por un ciclón. Algunos arrastrándose como majases, llegarían al río para beber... ¡Na miña vida de militar vin cosa más horrible, más triste! ¡Sesenta homes envenenados! ¡Sesenta demonios, ya tendidos ó retorciéndose, con espuma en la boca, antes de morir! Tres ó cuatro de mis guerrilleros desenvainaron sus machetes...

«Malacentella» se detuvo. Apuró otro vaso de agua. Todos—hasta el coronel Vimianzo y el historiador Mencía—seguíamos su cuento como un melodrama en el teatro. Y «Malacentella» lo truncaba en el episodio culminante, igual que Cervantes la batalla entre Don Quijote y el Vizcaíno. El almacenista Souto no pudo refrenar su interés y quiso precipitar el desenlace.

—A machetazos—dijo—concluyeron ustedes con aquellos hombres. ¡Fue una salvajada!

—Una acción inhumana. Pero la guerra...—opinó el catedrático Moscoso.

Mi padre intervino:

—Paciencia. Dejen terminar á Mosteiro.

Al coronel se le había disipado el buen humor. Mi madre hacíase aire con un abanico. Y «Malacentella», humilde, prosiguió:

—Yo le dije á os meus homes: «¡A la vaina esos machetes! Y al que toque á uno de éstos le parto el corazón de un tiro». O «Caimán» ya non reía... Fuíme á él, púsele una mano en un hombro y le dije: «Eres Satanás. Pero vou á matarte... ¡Quieto!» Buscaba su revólver. Lo atenacé. Dos soldados, á un grito mío, atáronle las manos. «Vou á matarte—le dije—porque eres un mal cristiano y un mal español. Non se ganan los combates con venenos sino con los fusiles y los machetes. ¡La guerra es una cosa santa, bribón!» Iba á descerrajarle los seis tiros de mi revólver, pero non sei qué idea tuve, una idea extraña... O «Caimán» era malo, pero valiente. Y era un español. «Desátelo—gritei— que se defienda. Yo no soy un *cobarde*». Se puso en pie de un salto y... el primer tiro fué el suyo. Me rozó una pierna. Los hombres nos dejaron solos... Al quinto tiro, yo le acerté na barriga. O «Caimán» dió una vuelta y cayó boca abajo, pataleando. Me quedaba un tiro y se lo metí en la nuca... Luego, sí; por caridad, rematamos os negros de Baltasar, hicimos unas fosas, los metimos en elas y acabó la historia. Es decir, á ó «Caimán» no quise enterrarlo. ¡Las auras tiñasas concluyeron con él... Por eso, miña señora—dijo «Malacentella» volviéndose á mi madre con dulzura—non me gusta el arroz».

ALBERTO INSUA



Matusuke, uno de los mejores intérpretes del teatro clásico japonés

MI VUELTA AL MUNDO EL TEATRO EN EL JAPÓN

La primera vez que pisé un teatro en Japón fué una noche en Kioto. Kioto, la antigua capital del Imperio, la ciudad santa, es de las poblaciones que se conservan más típicas y viven más lejos de Europa y de América.

El intérprete de mi hotel me había apuntado el nombre y la dirección de un teatro: el «Za». No necesitaba más para encontrarlo. Yo he gustado siempre de caminar hacia lo desconocido, en un afán, nunca satisfecho, de exploración. El descubrir las ciudades es el medio mejor para conocerlas.

Así, sólo, á las diez de una noche cálida, estival, me aventuré por los paseos de Kioto, rebosantes de luz, de animación, de alegría. El espectáculo me sorprendió por lo inesperado. Las tiendas, con grandes focos eléctricos encendidos, estaban abiertas, y las calles limpias, estrechas, diminutas, aparecían invadidas por una multitud silenciosa, ordenada, discreta. Yo buscaba los letreros rojos, las estampas vivas, los vestíbulos amplios de un teatro. Pero sólo veía tiendas y mercaderes, luz y paz, gente sin prisa caminando despacio, y al rumor suave de una música lejana, exótica, se me parecía una ciudad sin ruidos, transparente, impal-



Maniko, actor notabilísimo y esgrimidor diestro del teatro clásico nipón

pable, como si en un lienzo de plata la reflejara un lente cinematográfico.

En vista de que no encontraba lo que iba buscando, me dirigí á un grupo de japositas, dispuesto á un interrogatorio. Cuando uno, perdido, tiene que recurrir á estos extremos, es siempre preferible dirigirse á las mujeres. No sabría dar una razón exacta, pero es un hecho indiscutible. Sonreí. Me incliné. Dos, cuatro, seis reverencias. Las japositas leen mi apunte. Seis, cuatro, dos reverencias más. Sonrisas generales. Y al cabo de un rato, después de muchas sonrisas, y luego de infinitas reverencias, yo tengo una idea de hacia donde debo ir para no encontrar el teatro «Za».

A una hora de andadura, descubro el teatro «Za». Me dirijo á la taquilla. Doy una moneda, y con el billete, la taquillera—una japonesa con lentes ahumados y bata amarilla—me entrega el cambio. No sé si tengo entrada general ó preferencia ó butaca ó palco. Con aire de hombre inteligente, entro decidido. La sala, grande, en forma de paralelogramo, está llena á rebosar. En vista de ello, permanezco de pie.

El telón aparece levantado. Lo primero que admiro es un decorado espléndido: figura un paisaje y el es-

cnógrafo ha reflejado, en unas cuantas pinceladas, todos los matices del verde y todas las tonalidades del rojo. El conjunto es suave, delicado, ingenuo. Grato á la vista, amable al espíritu. En escena discuten, acaloradamente, un hombre lujosamente ataviado, con otro, pobremente vestido. Son, sin duda, un rico y un mendigo. La discusión, de la que naturalmente no entiendo ni media palabra, parece apaciguarse por la entrada en escena de una mujer. Cosa rara. Una mujer que pone paz. El público se agita ante aquel caso insólito. Se inician comentarios en voz baja y discusiones en voz alta. Hay marejada de espectación. De pronto veo al mendigo revolverse y propinar al señor el estacazo más fenomenal que se ha dado en un escenario. El rico cae, con una expresión de dolor que no creo ficticia del todo. El pobre huye del brazo de la mujer. No entiendo gran cosa del argumento, pero me parece deducir que la mujer ha jugado al hombre lujosamente ataviado una mala partida. Suena un gong. Y un clarín. Responde otro clarín y otro gong. Entonces reparo que á través de lo largo del teatro, y entre el pasillo central y el lateral de la derecha, hay otro pasillo similar á los de las salas de espectáculos europeos donde se cultivan géneros alegres. Por aquel pasillo desfila todo un ejército de mendigos. Del escenario brota una legión de elegantes caballeros. Y tiene lugar una batalla imponente. Más que el escenario de un teatro de comedia, parece aquello la pista de una sala de esgrima. Todos los cómicos son maravillosos tiradores de sable. Consumados estilistas. Verdaderos maestros. La lucha es real. Los golpes auténticos. El espectáculo enardece. El público se entusiasma. Y el telón cae...

Yo busco en aquella multitud apiñada alguien que hable inglés. No tardo en encontrarlo. Es un japonés enfundado en su levita, aprisionado en un cuello almidonado y en unos pantalones ceñidísimos. Ha estado en París y en Londres. Satisface mi curiosidad con simpática sencillez. Sus respuestas las resumo en estos brevísimos apuntes.

En Japón—dice—hay dos escuelas de teatro: la clásica y la moderna. La primera, la más popularizada, la que goza de mayores simpatías, refleja el espíritu del Japón, con sus guerras míticas, sus tradiciones tenaces, sus barbarismos crueles, su indiferencia hacia la mujer. El teatro clásico solo puede ser representado por hombres. Las actrices, hasta hace muy pocos años, no existían en Japón. Los papeles de mujer los hacían hombres acertadamente caracterizados. Así se hizo famoso Sonosuke, admirable en papeles de mujer buena, y triunfó Baiko, genial intérprete de tipos de mujer malhumorada. Baiko, muy viejo ya, el mejor de los actuales ac-



Todos los cómicos son maravillosos tiradores de sable

tores japoneses, sufrió recientemente un amago de parálisis que, para descanso de la escena nipona, ha salido muy bien librado, siendo próxima su reaparición. Actualmente se da el caso, en verdad curioso, de que triunfe en escena el actor Utaemon, ciego en absoluto, y que á pesar de

ello es insustituible en papeles de niña. Hatsuse y Maniko son también afortunados intérpretes del género clásico, cuyo cetro radica en el teatro Kabuquiza de Tokio. Sus actores no pueden pisar otro escenario, y su compañía titular, á la que pertenecen algunos de los nombres citados, goza de todas las consideraciones y de todos los respetos. Matsusuke, que ha dejado huella en los escenarios japoneses, murió á últimos del año 1928, paralítico, á los ochenta años de edad. Le han emulado en sus viejos éxitos, Koshiro, feliz en sus danzas típicas, y Kanya, el más joven de los actores nipones y la esperanza más próxima á convertirse en consoladora realidad.

En la escuela moderna actúan actrices desde la aparición de Mori Ritsuko. El teatro moderno tiene su principal escenario en el Imperial de Tokio, en el cual se han representado traducciones de las obras más famosas europeas y americanas. No obstante, este teatro no se logró, ni puede imponerse. Su principal enemigo es el pueblo, que no sufre ver representar obras de típico sabor campesino con trajes de refinada pedantería ciudadana. Ni comprende el humorismo inglés, la filosofía alemana, la ironía francesa ó la gracia española, tan lejanos de las ingenuas tramas japonesas, á base de peleas y de guerra. Es célebre el rotundo fracaso de Inove y Tacata, ídolos del público en teatro clásico y que, al pasarse al bando contrario, representaron una obra del género que les dió sus laureles, con trajes según los figurines del mejor sastre londinense. Cayeron en el ridículo más espantoso y de allí pasaron á la vulgaridad más lamentable.

El único que en el Teatro Imperial alcanza algún triunfo, es Swada Shajiro, hábil esgrimidor, graduado en la Universidad de literatura, innovador decidido y declarado vanguardista.

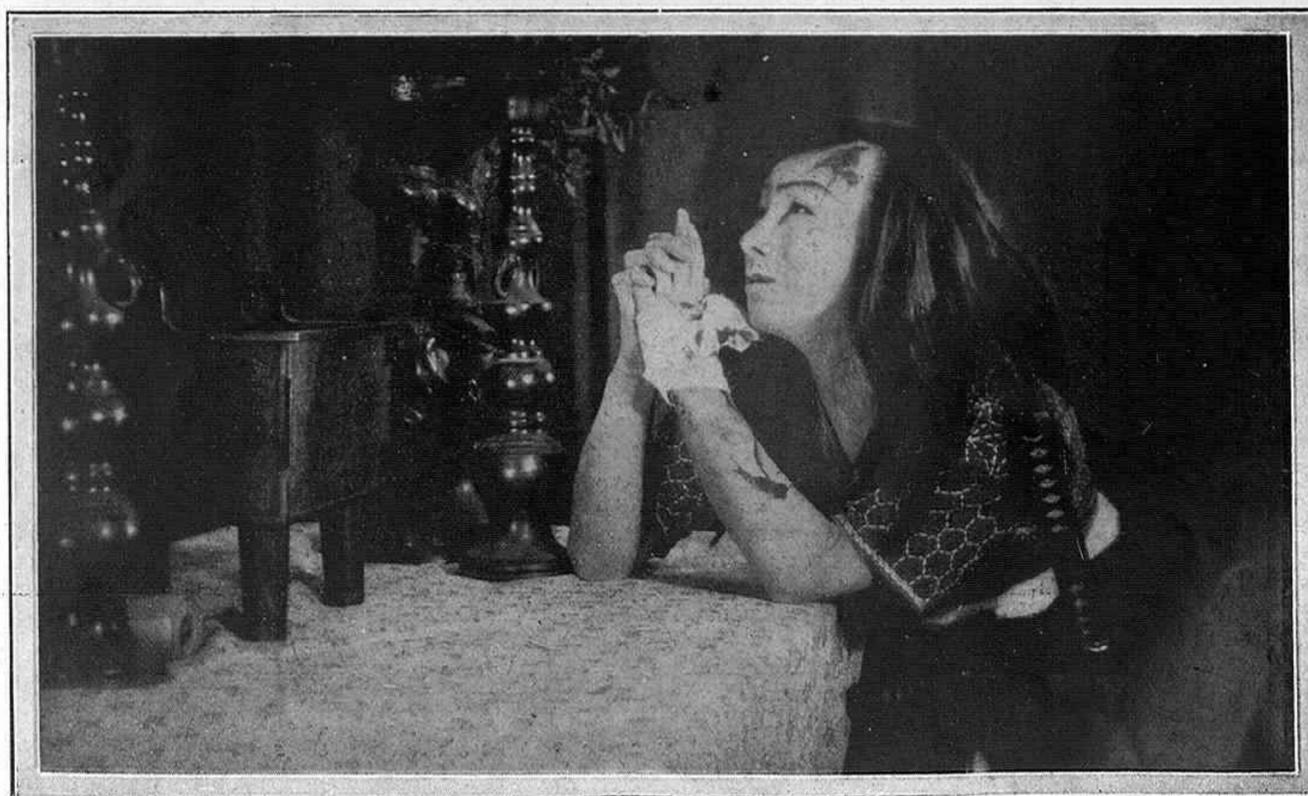
Con él, y en lo cómico, triunfa Soganoya, en sus papeles bufos, que provocan la hilaridad del público.

Estos son los datos facilitados por un culto espectador japonés en la sala del teatro «Za» de Kioto. De mi propia cosecha, y para acabar, he de añadir que considero al actor nipón como un actor sobrio, inteligente y completo.

Posee el gesto, y más que el gesto, la mímica. Se mueve con realismo. Domina á la perfección un arte tan difícil como la esgrima. Y presenta la escena con dignidad.

El único inconveniente, muy grave, que le he de señalar es que se expresa en un idioma difícilísimo y absolutamente incomprensible para mí. De no mediar esa circunstancia, yo lo hubiera pasado aún mejor en el pintoresco teatro «Za» de Kioto.

El único inconveniente, muy grave, que le he de señalar es que se expresa en un idioma difícilísimo y absolutamente incomprensible para mí. De no mediar esa circunstancia, yo lo hubiera pasado aún mejor en el pintoresco teatro «Za» de Kioto.



El actor nipón posee el dominio del gesto y de la mímica

ANTONIO PEREZ OLAGUER



Armando generaciones luchadoras



Los niños de una «escuela nueva» de Berlín aprendiendo á mondar patatas, como una de las ocupaciones domésticas fundamentales

REITERADAMENTE hemos recogido notas demostrativas de la preocupación constante de los alemanes para lograr el máximo de eficacia educativa que asegure para lo porvenir la más amplia y eficaz expansión de germanía.

Apenas pasa día sin que surjan instituciones más ó menos nuevas, que, por lo menos, tienen la novedad importantísima de orientar cada vez más resueltamente hacia la utilización práctica la labor escolar.

Una de las escuelas más recientemente abiertas en Berlín—mejor dicho, en uno de los suburbios de la ciudad, Schoenberg—es, desde el punto de vista social, copia exacta de otra que en Madrid existía desde hace muchos años, desde el efímero reinado de Don Amadeo, y por creación de la reina Pía de Saboya; la que se llamó durante muchos años «Asilo de Lavanderas», para la que siempre ha tenido cuidadoso celo el Real Patrimonio.

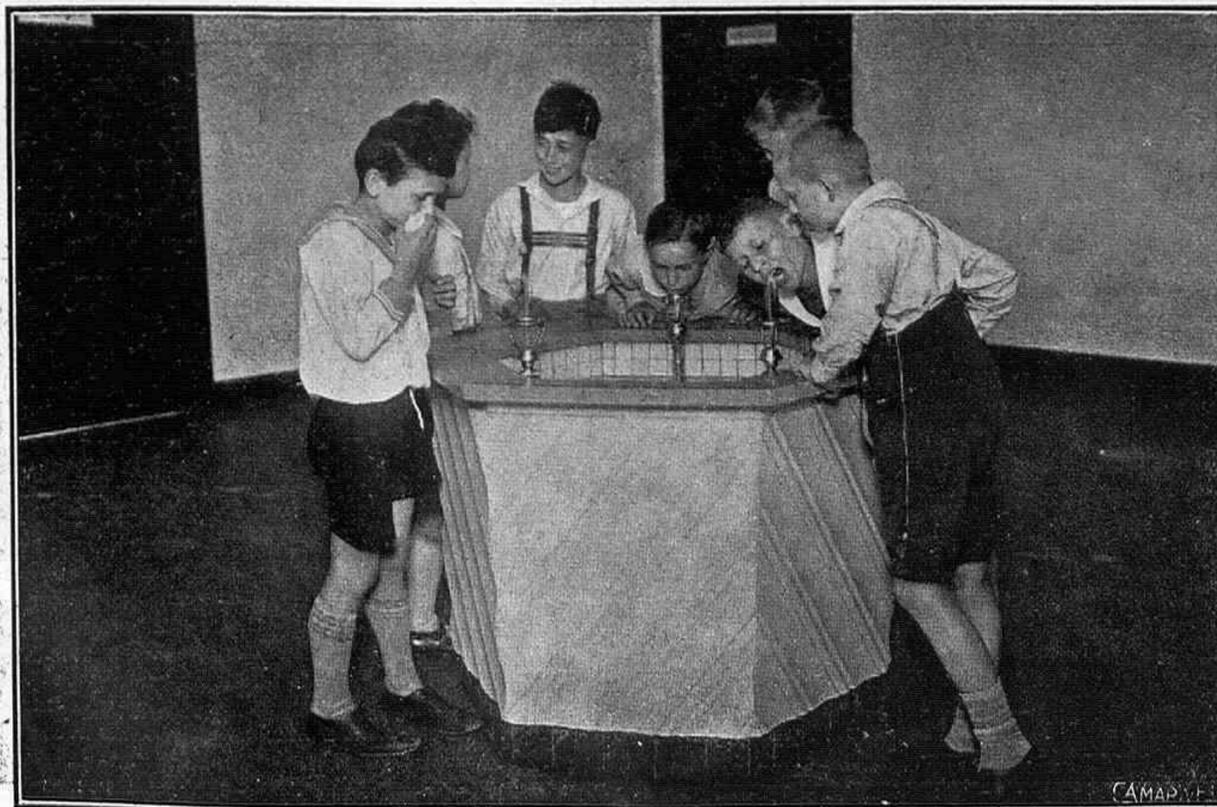
La finalidad primera é inmediata de esa institución, cuyo título no la indicaba exactamente, era el tener recogidos, durante las horas de jornada, los hijos de las lavanderas que ejercían su

oficio en el inmediato Manzanares. La escuela abierta ahora en Schoenberg tiene también por finalidad servir de refugio á los hijitos de las obreras durante el tiempo que sus madres tienen obligación, para asistir á la fábrica ó el taller, de abandonarlos.

La diferencia entre ambas instituciones es posterior á esa finalidad común; en la escuela madrileña, muy interesante y digna de encomio por

lo demás, y aparte la educación religiosa, se han preocupado sólo del viejo programa escolar: del que los ingleses sintetizaban en sus famosas R. R. R.—iniciales de las palabras leer, escribir y contar, en inglés—; en la escuela berlinesa, aparte, naturalmente, de esas disciplinas elementales, se preocupan de dar á los chiquillos enseñanzas de otro orden más material y directa é inmediatamente práctico, y entre ellas figuran en lugar muy preeminente las de enseñanza doméstica, la que los franceses, que han sabido hacerse maestros en ellos, denominan *enseignement ménager*.

Muchachos y muchachas son adiestrados primero y utilizados después en las faenas domésticas, y las niñas, desde muy pe



Fuente de tipo higiénico, instalada en una escuela de Berlín

queñitas, son preparadas para que lleguen á ser muy mujercitas de su casa. Aun los más pequeñitos son adiestrados, desde luego, en ese género de faenas, y la cocinera de la escuela tiene así auxiliares eficaces y económicos que aprenden pronto cuál puede ser su misión en ese plano y van elevándose á mayores alturas poco á poco, pero con suficiente rapidez, porque las impulsa un interés inmediato y visible. Así se ve en la escuela de Schoenemberg niñas de siete ú ocho años que no sólo cocinan, en el sentido inferior de la palabra, sino que guisan ya en la esfera modesta en que por el momento ha de desarrollarse su vida, y sin perjuicio de adquirir después los mayores refinamientos en el arte culinario en otras escuelas ya especializadas.

No es, sin embargo, lo que aprenden en ellas los pequeñuelos lo más interesante de esas escuelas; lo fundamental de ellas es su labor educativa, que consiste en poner á los escolares en las mejores condiciones de comprensión de la vida social y de reacción provechosa, y, cuando menos, enormemente defensiva ante las contingencias cada vez más complejas y difíciles del existir cotidiano.

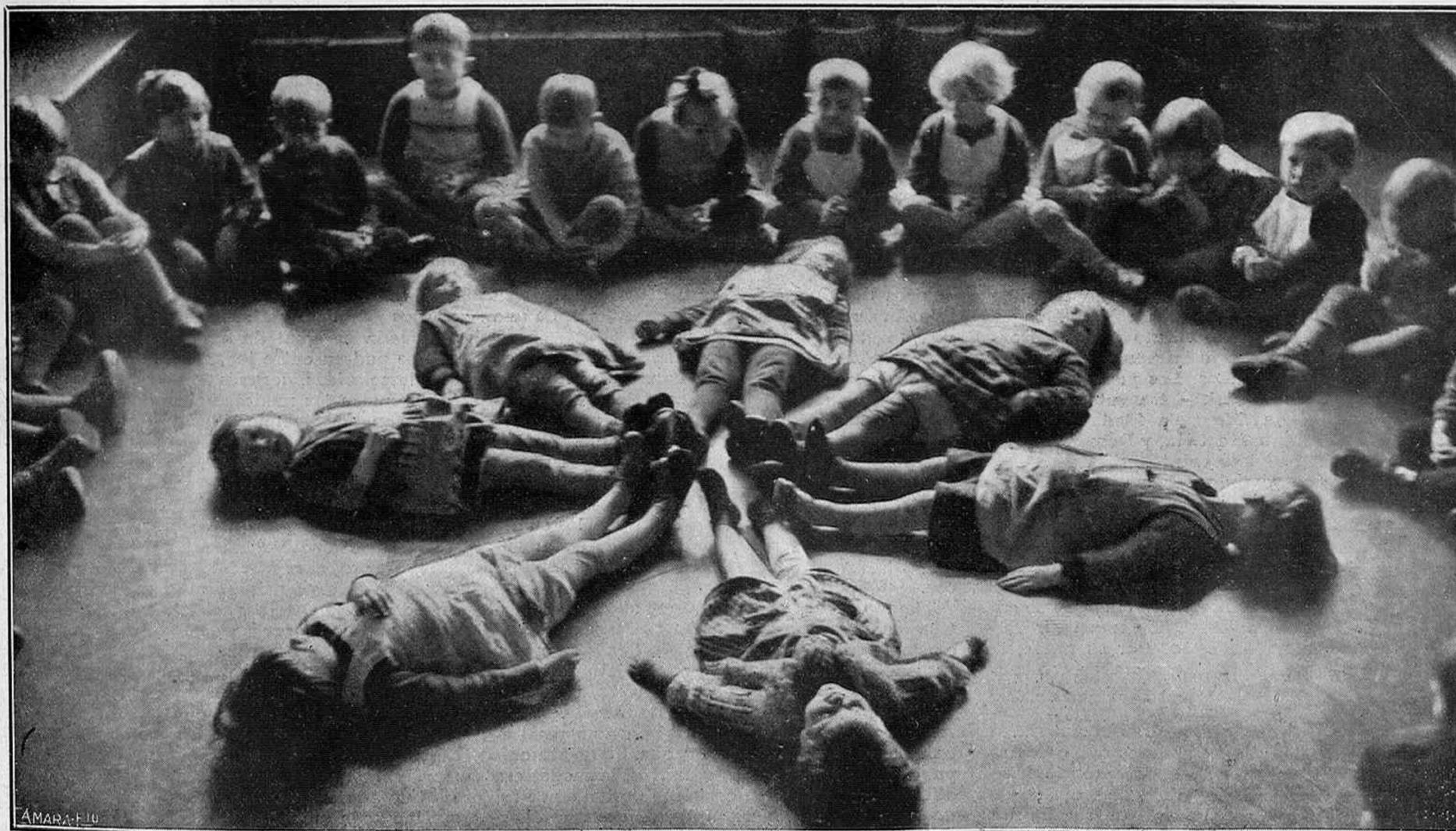
Lo esencial de esa educación nueva es conseguir que el individuo pueda bastarse á sí mismo en todas las circunstancias de la vida, por arduas y difíciles que sean, y así procura dar á los pequeñuelos, desde el primer instante de la vida escolar, en los límites necesarios para iniciar la evolución más amplia posible de esos sentimientos: el instinto de la responsabi-



Una niña de ocho años guisando para sus compañeritas en una escuela nueva alemana

lidad y el más amplio, el pleno desarrollo de la personalidad.

No por eso olvidan los alemanes en ninguna de sus escuelas, y menos aún en la de Schoenemberg, las tareas escolares que podríamos denominar clásicas. Desde el discurso de Fichte, y aunque de la guerra de 1914 no hayan podido decir lo que de la francoprusiana, para los alemanes la enseñanza prusiana, entonces cifrada en aquellos conocimientos fundamentales, es capital para la vida y la evolución de los pueblos y á ella dedican máxima atención; pero procurando hacer cada vez más constante y eficazmente la educación integral en la que hacen entrar por mucho la cultura física: la gimnasia, efectivamente, tiene siempre un gran número de horas en los programas de las escuelas alemanas. Sería absurdo pensar, sin embargo, que los alemanes, con esa actividad educativa tan prácticamente orientada, procuran sólo preparar á su pueblo para la guerra y el desquite. Evidentemente, en la guerra podrían tener eficaz aplicación las cualidades así desarrolladas; pero en la paz hay otro género de luchas menos cruentas, pero no menos duras á veces, en que las cualidades cultivadas por esas escuelas nuevas pueden tener también máxima eficacia. Para esas luchas, en que tantas veces supo vencer el pueblo germano, debemos suponer preparadas á las futuras generaciones de alemanes, y para esas luchas será necesario que se prepare también á los niños de los demás países, á lo menos á los de los países que no se resignen á vivir bajo la amenaza de ser vencidos.



Los alemanes cuidan también exquisitamente la educación física de sus pequeñuelos. He aquí, fotografiado, un momento de la lección de gimnasia (Fots. Agencia Gráfica)

SENSA-
CIONES
DE ARTE



Domer-
gue y la
Moda

Retrato de la esposa del pintor

EN el arte mundano, de París supone hoy Jean-Gabriel Domergue un Van Dongen de las derechas, y lo mismo que Van Dongen, quien desde luego le ha vencido, empieza á demodarse con los años. Los vemos á uno y otro siguiendo concéntricas trayectorias, aunque los distinga la diferencia fundamental de ser el vencedor un recio artista, y Domergue una especie de modisto interesante.

Interesante sobre todo por las consideraciones psicológicas que sugiere, sin perjuicio de no tener psicología propiamente dicha; pero tiene buen gusto, sacrificando á su buen gusto sus probables aptitudes estéticas, al revés de Van Dongen, que acabó por enamorarse del buen gusto á fuerza de escarnecerlo. Domergue se entusiasma con la moda ó pretende crearla, y Van Dongen la maltrata un poco. Por su parte, la moda no tardará en abandonar á ambos, tan cansada de las caricias serviles del primero como de las caricias rudas del segundo, porque ya necesita, no un castigador, sino acaso un asesino...

Enemigo de los grandes apuntes que caracterizan á su victorioso rival, el concepto pictórico del competidor derrotado se muestra amigo de las miniaturas grandes, y convierte sus pinceles en lenguas zalamerías de perrillos falderos, provocando una pintura falta de rasgos efectivos y sobrada de trivialidades encantadoras. Los retratos de este artífice repugnan por exceso de

bonitos é inducen á desear otros retratos sin tamaña semejanza halagüeña, mas llenos de una vida mucho mayor, sin duda.

Sustentamos algunos la paradójica teoría de que lo peor de ciertas cosas consiste en no estar mal. Así ocurre con las lindas telas de Domergue, que no están mal, y por eso, á nuestro entender, están peor. Entretanto, la moda, cuya furia de histérica, repetimos, acaso necesite un asesino, asesina, en un raptó de histerismo, los cuadros de su humilde criado, paralelos á los de Van Dongen, viril tirano de ella ayer, los cuales quedarán reducidos al valor de simples documentos, no obstante resistir asesinatos cronológicos.

Tiempo atrás, el modisto-retratista en cuestión pintaba unas mujeres harto delgadas á juicio de aquella época, pues le placía adelgazar las turgencias de sus modelos, con objeto de imponer la delgadez. La impuso, y su triunfo comportaría su fracaso, pues á juicio de nuestra época, resultan harto gordas las mujeres que resultaban tiempo atrás harto delgadas. Se delata culpable de ello, todavía, según veis, la moda, esa efímera moda á quien conviene destruir por fin no importa cómo. Mero pintor de sus caprichos, Domergue la admira demasiado para osar matarla, y ella, cruel, mata á su pintor, mientras llega el pintor que la mate.

Además, denótase anticuada la factura del pre-

ciosista muñequero, á pesar de vestir de acuerdo con los últimos figurines sus recientes muñecas; anticuada al igual de sus muñecas anteriores, que se pudren entre joyas, pieles, plumas y sedas descoloridas, después de nacer muertas, conforme nacen las muñecas siempre. Suerte idéntica cupo, por ejemplo, á las de Henner, enterradas ahora en el panteón de un museo familiar, aun cuando Henner solía pintarlas desnudas, temeroso tal vez de que las amortajara pronto el retraso de unos trajes.

Al revisar las obras de Domergue, nos envuelve una atmósfera vagamente polvorienta de galante ropero, una atmósfera que nos embriaga con su perfume femenil ó muñequil. No deja de ofrecer mérito el arte ó artificio capaz de imbuir nostalgias deliciosas á cuantos propendemos á madrigalizar en presencia de frivolidades marchitas. Nosotros confesamos que nos enternecen hasta un límite indefinible estos retratos de maniqués, cuyo lujo se nos antoja un exquisito sudario de criaturas que no alentarán nunca, quizá prueba suprema—¿por qué no?—de perfección...

Si no adviene dentro de breve plazo el pintor asesino de la moda, cualquier día se suicidará la moda misma en cualquier lienzo pintado por el más sumiso de todos sus pintores.

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

VERITAS



Abrigo del cutis

El cutis necesita abrigo contra el frío y el aire y una base para que los polvos no penetren en los poros. Después del lavado, la Crema Gal (Serie Amarilla) se evapora sobre la cara y deja en ella un velillo invisible, como otro cutis que protege el suyo propio. Perfumada deliciosamente con esencia natural de rosas. No engrasa. Refresca la piel.



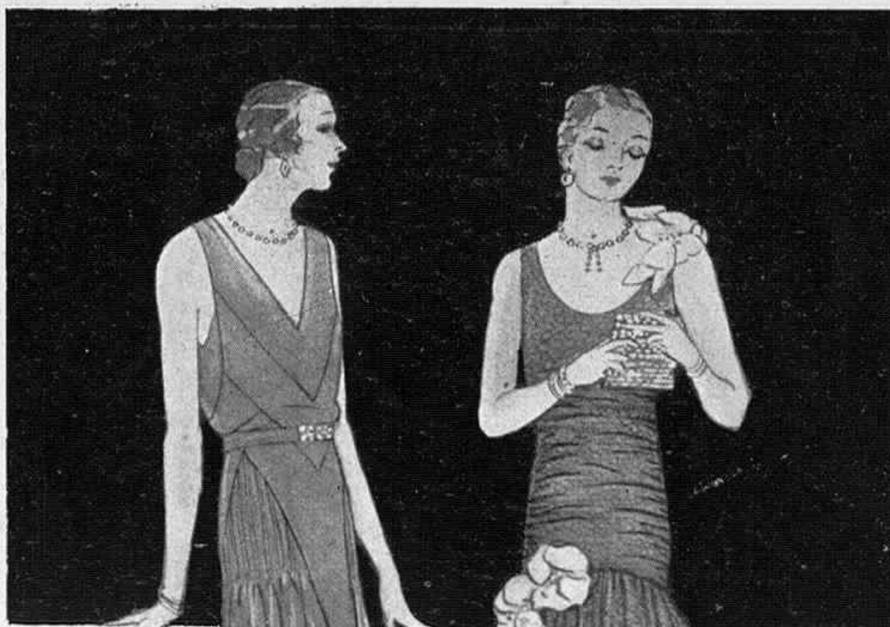
3,50
TIMBRE APARTE

Crema GAL

SERIE
AMARILLA

PERFUMERIA
GAL MADRID
BUENOS-AIRES
LONDON
NEW-YORK

DE LA MISMA SERIE AMARILLA	
Cold-Cream	Ptas. 3,50
Pasta de Almendras	-- 3,50
Polvos de arroz	-- 2, --



Vestido de noche en «crêpe georgette» azul pavo, con cinturón de lo mismo y hebilla de brillantes

Vestido de noche en tul de seda color malva, con adorno de flores de terciopelo

Elegancias

Es inagotable la fantasía de los modistos parisienses, pero no debe olvidarse la ayuda importantísima que les prestan los fabricantes de tejidos, creadores de tantas telas a cual más lindas por su calidad, colorido y estampación. Siempre pueden ofrecerse ideas originales en estas creaciones, y buena prueba de ello es el nuevo «crêpe Amaryllis», destinado al vestido «enveloppante» y flojo, que ha tenido la aceptación fervorosa de todas las casas de alta costura de París.

En estampaciones se logran cada día más luminosos efectos y más ricas tonalidades. Los estampados sobre muselina en grandes rasgos y en los colores pastel, amarillo, malva y rojo son de un efecto muy nuevo.

Hay también unos «crepés» de China, con pequeños dibujos, y unas muselinas brochés que se adaptan perfectamente para los trajes de tarde.

Para las *toilettes* de noche son de gran moda el crespón de China Pecari y el taffetas estampado sobre cadeneta, de muy graciosa y suave caída los dos.

•••••

La moda en los zapatos femeninos ofrece cada día más variantes; son incontables los modelos de que podríamos hablar: zapatos para el deporte, para el paseo, para la «soirée», inspirados todos en el más depurado buen gusto y modernismo.

Para la noche, como la línea de los trajes ha cambiado tan radicalmente y las piernas que-



Vestido de «crêpe» de China color limón (Modelo Mignafould.—Fot. Manuel Frères)



Vestido de niña en tul azul pálido (Modelo Mignafould.—Fot. Manuel Frères)

dan cubiertas hasta el mismo tobillo, los zapatos han adoptado la forma de escaquin, con alto y finísimo tacón y escotados sin ninguna trabilla. Generalmente, el color del zapato es el mismo del vestido, y en muchos casos incluso son de la misma tela. El «moiré», el «lamé» y el raso son tejidos muy apropiados para esta clase de calzado, que se trabaja con la más refinada perfección.

Algunas damas mantienen su fervorosa devoción por el escaquin con trabillas muy finas y trenzadas con mil caprichosas complicaciones de tiritas en sentidos opuestos. Lo que se rechaza ahora generalmente son los zapatos «chillones», más propios de artistas de *music-hall* que de verdaderas señoras.



Los trajes de tarde, tan bellos, tan exquisitos y á la par tan sobrios de colorido, exigen un minucioso estudio del calzado; el tono, la hechura, el tacón, todo, en fin, es objeto de la preocupación de la mujer, pues precisamente de los detalles depende el éxito de su *toilette*, y el calzado es el accesorio más importante de ésta.

Como se llevan mucho los tonos oscuros ó neutros, esto obliga á que el calzado sea también de tonos discretos.

Lo mismo para la noche que para la tarde, son preferidos los zapatos completamente escotados. La mayoría de los modelos nos parecen á simple vista muy sencillos, pero bien observados, comprobamos que cada modelo es un alarde de técnica.

Hay zapatos combinados en dos pieles del mismo tono.

El charol y el tafilete son general-



Vestido de «crépe» satín color gris

Vestido de «crépe marocain» color beige

mente los dos materiales preferidos para esas combinaciones; el primero como base y el segundo como adorno, por ser más dúctil y manejable. Las combinaciones en negro y blanco están muy en boga y todos los modelos que hemos visto así confeccionados nos han parecido bellísimos y muy de acuerdo con los trajes de tres prendas: chaqueta y falda negra y blusa blanca.

El tafilete claro, gris ó «beige», se lleva sólo en el caso de que el abrigo sea de este tono, pero nunca acompañando á un conjunto negro, azul ó marrón.

Las hebillas de brillantes resultan muy bien en el calzado de charol ó antílope negro. Las hay de mil estilos diferentes, unos inspirados en el más puro clasicismo y otros modernos. También hay unas pequeñas «barrettes» de acero muy brillante, montadas sobre un fondo de «galalhit», que resultan muy lindas.



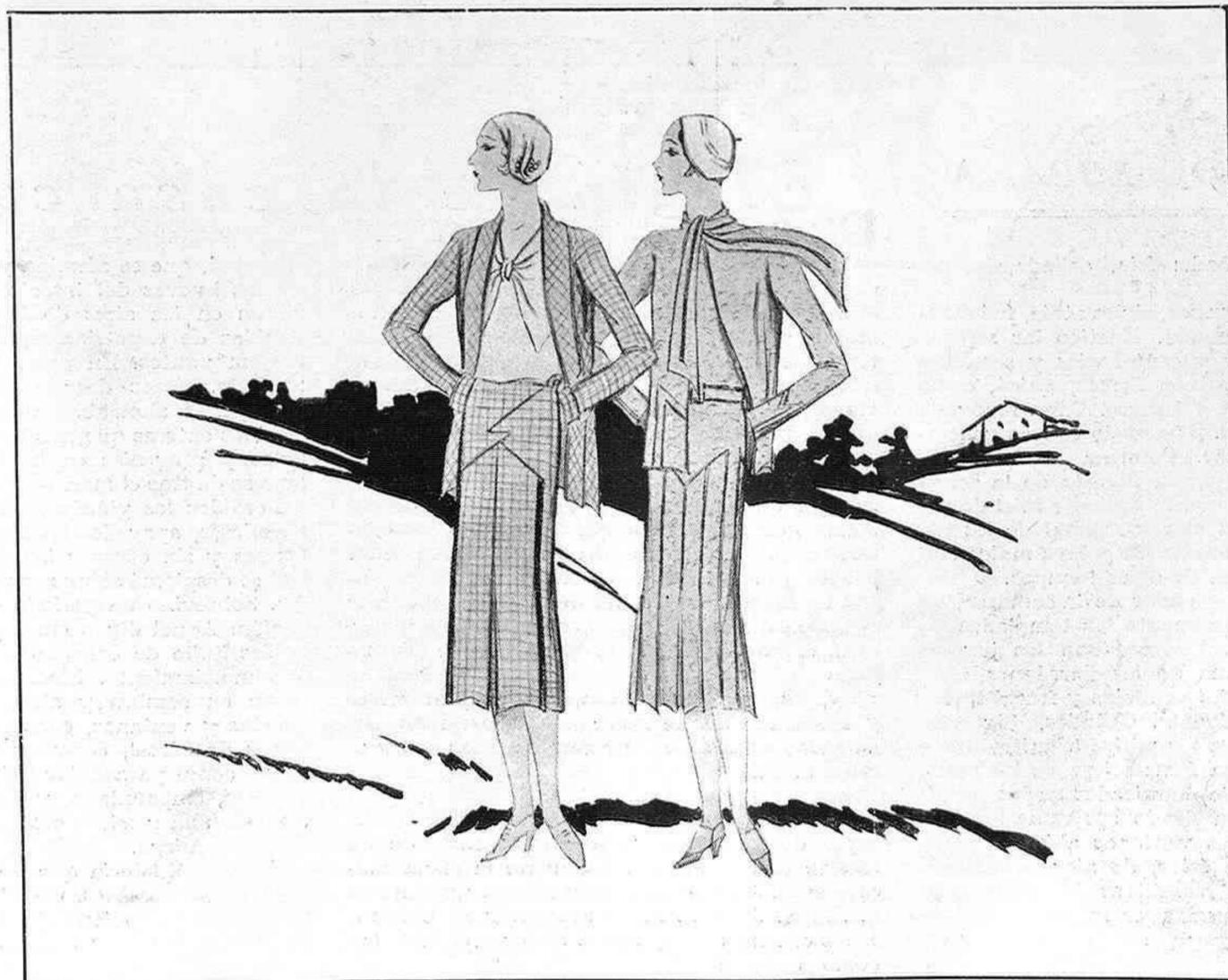
Los zapatos de tipo «sport» mantienen la línea clásica que hasta aquí ha imperado. Unos y otros modelos, los verdaderamente deportivos y los que se llevan para el paseo de la mañana, son de una sencillez, de una simplificación tal, que nada hay en ellos de superfluo.

El calzado para jugar al «golf» es abotinado, con pala lisa.

Los zapatos para caminar por la población ó el campo se caracterizan por el menudo picado que decora la pala y por la brillantez del cuero.

En todos estos modelos puede llevarse el tacón bajo y cuadrado y las suelas de crepé, finas, con cerquillo de material.

ANGELITA NARDI



Vestido de corte de sastrer en lana inglesa

(Modelos Nanteuil)

Vestido de lana inglesa, con chaqueta y bufanda

327



La casa callada

PUEBLOS DE ESPAÑA

Elegía de la casa callada

CASONA abandonada: fría, callada, hermética...

En otros tiempos, siglos atrás, fué mansión solariega blasonada. Rústico lar serrano de sólidos paramentos centenarios y seculares tradiciones familiares tan firmes, quizá, como los cubos de granito del muro. Cuna renovada de castellanos viejos. Vivero de típicas generaciones salamanquinas. Colmena de hombrías afanosas esparcidas por la floresta de la serranía del Río Francia con la ardiente miel de sus lagares encerrada en el tosco panal de los pellejos vinateros á lomo de los pobres mulos trajinantes. Feliz casona de otros tiempos.

En la época de esplendor de la comarca, los majuelos cubrían totalmente las templadas laderas y rinconadas. Desbordaban los jugosos pámpanos por encima de los paredones, ofreciendo toldo á las pinas callejas y frutal tentación al reseco caminante. Guindos, higueras, nogales y castaños de magnífica arquitectura y pompa, crecían en la feraz solera de los cortinales, junto al pueblo, enraizados en las junturas de las tapias, metiendo sus ramas fatigadas de fruto por las ventanas abiertas y los zaguanes: caracolas, éstos, de alegres rumores y nacaradas penumbras. A ras del suelo, bajo las viviendas, profundas estancias llenas de sombras y sordos vagidos exhalaban por el único respiradero de la puerta, tibios vahos animales mezclados con gustosas esencias de heno y forrajes. De más hondos locales trascendía un fresco aroma delicioso que excitaba el

paladar y embriagaba la mente como si fuera el propio vinillo encarcelado bajo tierra. Lejos, el escabroso monte comunal se abrumaba con la muchedumbre de pias y de arboleda que mantenía: tierna carne barata y olorosas maderas de servicio muy solicitadas. La comarca entera vivía gozosamente; feliz sin saberlo, como amante que recibe de su amada extremada correspondencia de ternuras. La grey serrana, risueña y movidiza, zumbaba en constante abejeo por los caminejos de herradura, llevando y trayendo sus melares caldos, sus canastos de frutas, sus cántaras de leche, sus tablonos de nogal y de castaño. En los valles y cauces de aquel escondido rincón de España, al que no llegaban el vapor y la electricidad, ni aún las carreteras vecinales, unos millares de hombres y mujeres de las mejores vetas de la raza,—sangre pura y genuino vivir, agudeza y fortaleza, ropajes pintorescos y costumbres tradicionales—, mezclaban sus fecundas existencias, no por alejadas del agitado mundo exquisito, menos densas en pasiones y en esfuerzos.

El tiempo, que no para, trajo un día entre las aspas de su loco argadillo, huevecillos de un insecto que apetecía vorazmente la savia azucarada de las vides. La filoxera fué sorbiéndole la sangre á todas las venas del gran plantío. Y las enormes cubas de las bodegas, henchidas como corazones de animosos jugos, comenzaron á desfallecer al faltarles el riego que sostenía su pulso.

Fallando el corazón, cerca va el ánimo. Y la

voluntad, que se afemina y cae en codicia. Entre las huevas del insecto penetraron y prendieron en los aires de la comarca venenosas semillas de expatriación, ambiciosas inquietudes emigrantes. En pocos años se despobló el condado. Mozos desgranados, primero, devueltos apenas ahorran unas onzas; y, al fin, familias enteras que asentaron para siempre sus vidas y progenies en las hospitalarias tierras nuevas de tras el mar.

Perdidos los viñedos, ausentes los vigorosos cavadores, apagados los hogares, sin brazos las azadas y sin cuerpos las cunas, el edificio social se desplomó sobre sus reblandecidos cimientos. Sobrevino un período de transitoria declinación. Aquel digno empaque y señorío de los nobles hubo de conciliarse con la humildad y el renunciamento. Muchas casas hidalgas cayeron en sombra y abandono: candaron sus puertas y ventanas, corrieron sus cerrojos. Cerrojos de cárcel, clavados y atrancados desde fuera, como para dejar prisionera en perpetuo encierro, emparedada, y mejor fuera decir enterrada, una gloriosa etapa del rústico patriarcado serraniego.

Trozo de historia que no figurará en la historia de los hombres, pero que estará inscrito á no dudarlo con letras claras y encendidos giros en el libro de nubes que redacte el índice divino.

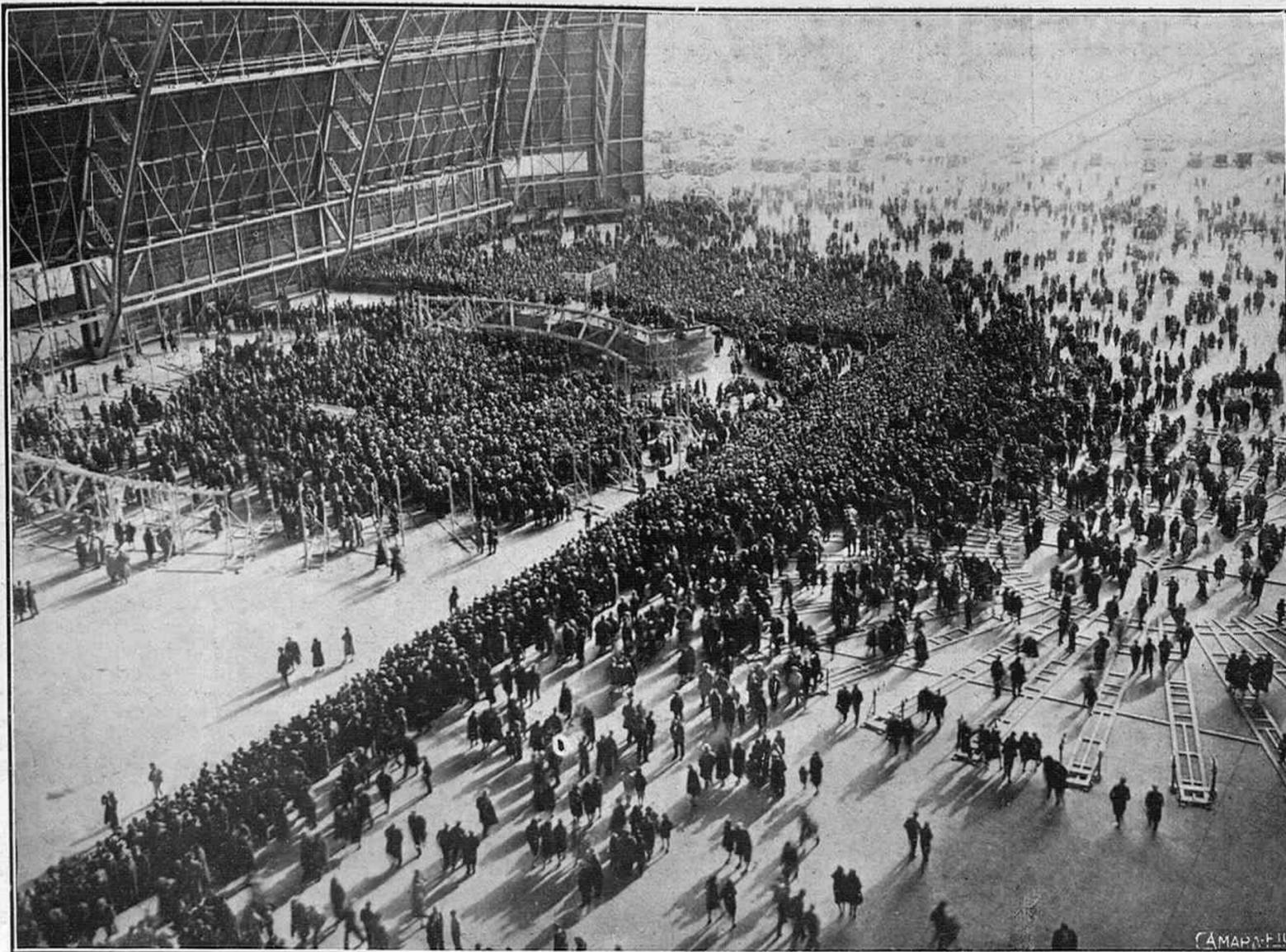
He aquí la elegía que nos cuenta esta gris casona mirandesa, condenada á soledad pensativa por los altos designos ignorados.

M. MARTIN AGACIR

CAMARA

El dirigible gigante «Zrs-4»

EN 60.000 calculan los periódicos de Nueva York el número de personas que asistieron el 16 del pasado Diciembre á la inauguración de los trabajos que habrán de realizarse en los grandes talleres de Akron (Ohio), para construir el dirigible Zrs-4, cuyos planos han sido levantados por el almirante Moffet. Este dirigible gigantesco tendrá 262 metros de longitud y 49 de altura, y una capacidad doble, aproximadamente, que el famoso Graf Zeppelin. Será, por tanto, la mayor de las aeronaves construidas hasta ahora. El Zrs-4 llevará á bordo, además del pasaje y tripulación, cinco aviones de guerra. Nuestra fotografía se refiere al emocionante momento de hacerse el primer remache en la armadura del dirigible por el autor de los planos.



En vista del gran éxito obtenido el año pasado con la presentación de su colección de Primavera-Verano,

Lacoma

dividirá este año dicha presentación los días 28 del corriente, á las NUEVE Y MEDIA de la

noche, con una gran comida de gala en el HOTEL RITZ, y el día 1.º de Marzo por la tarde con un te selecto en el mismo Hotel.

La entrada será por rigurosa invitación. El día 25 quedará cerrada la adquisición de invitaciones.

Lacoma

MADRID

Av. del C. de Peñalver, 7
Teléfono 16576

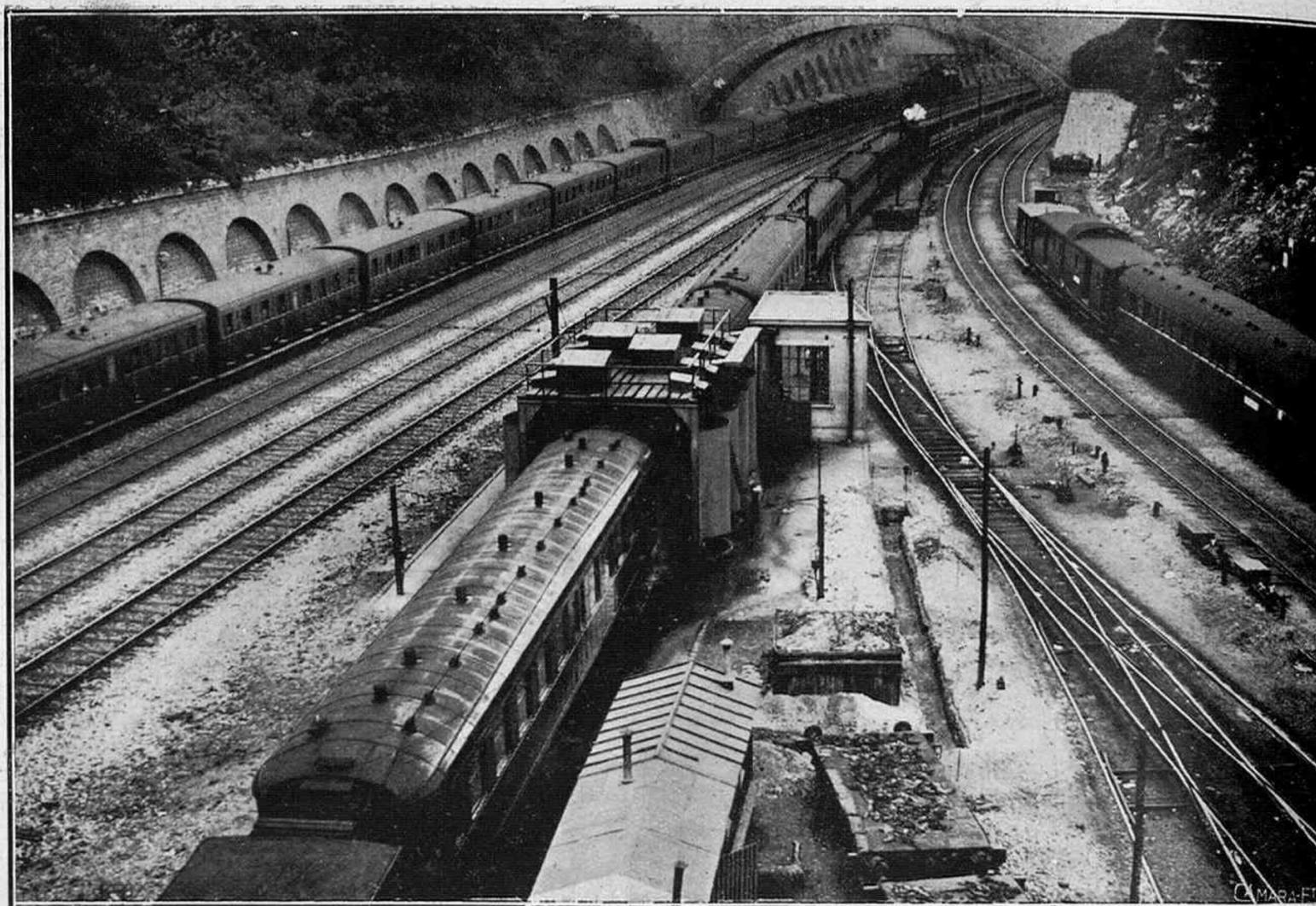
SEVILLA

Tetuán, 5 y 7
Teléfono 26463

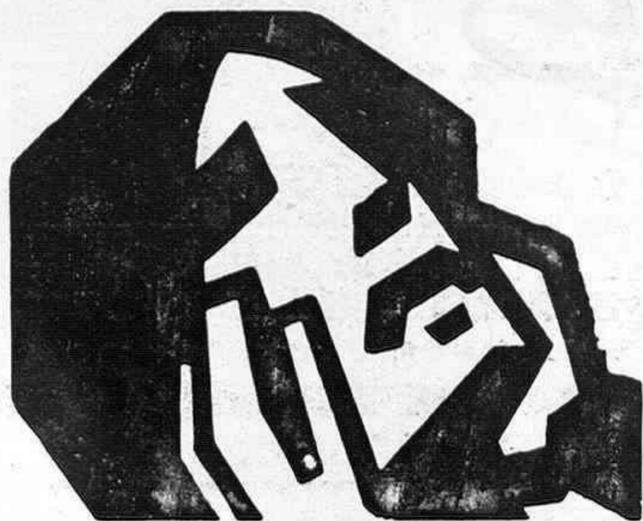


El lavado mecánico de los trenes

La lenta y penosa labor del lavado de trenes, realizada en la forma tradicional en las grandes estaciones, va a reemplazarse pronto, por lo que a Francia se refiere, el lavado automático. Como podrá verse en la ilustración que acompaña, el tren a lavar pasa debajo de un cobertizo situado sobre la vía, proyectándose sobre los vagones potentes chorros de agua horizontales y verticales, que lanzan ocho grandes tambores giratorios apareados, dispuestos a ambos lados del cobertizo. Los citados tambores están forrados por su parte exterior con espesa cubierta de lana, que tiene por objeto limpiar el polvo de los coches antes del lavado. La operación, completamente automática, puesto que es el mismo convoy, al pasar por el cobertizo, el que pone en acción el mecanismo, es ejecutada en seis minutos. Los ensayos de este invento se han efectuado recientemente



en Bercy Couflans, de la línea de «Paris-Lyon-Mediterranée», con éxito, según parece, satisfactorio.



¡Qué sufrimiento tan profundo nos descubre esta cara pálida y demacrada que tantas otras veces nos ha sonreído encantadora y feliz!; pero esta vez está triste por el dolor que le causan las molestias periódicas y por verse obligada a renunciar a atender los deberes sociales. ¿Cómo eliminar estos dolores y esta intensa palidez? Nada tan fácil tomando

CAFIASPIRINA

la cual es también de gran eficacia contra los dolores de muelas, de cabeza, de oídos y las neuralgias

No ataca el corazón ni los riñones; aumenta el bienestar y no atonta como otros similares.

Desconfiad de las tabletas sueltas.

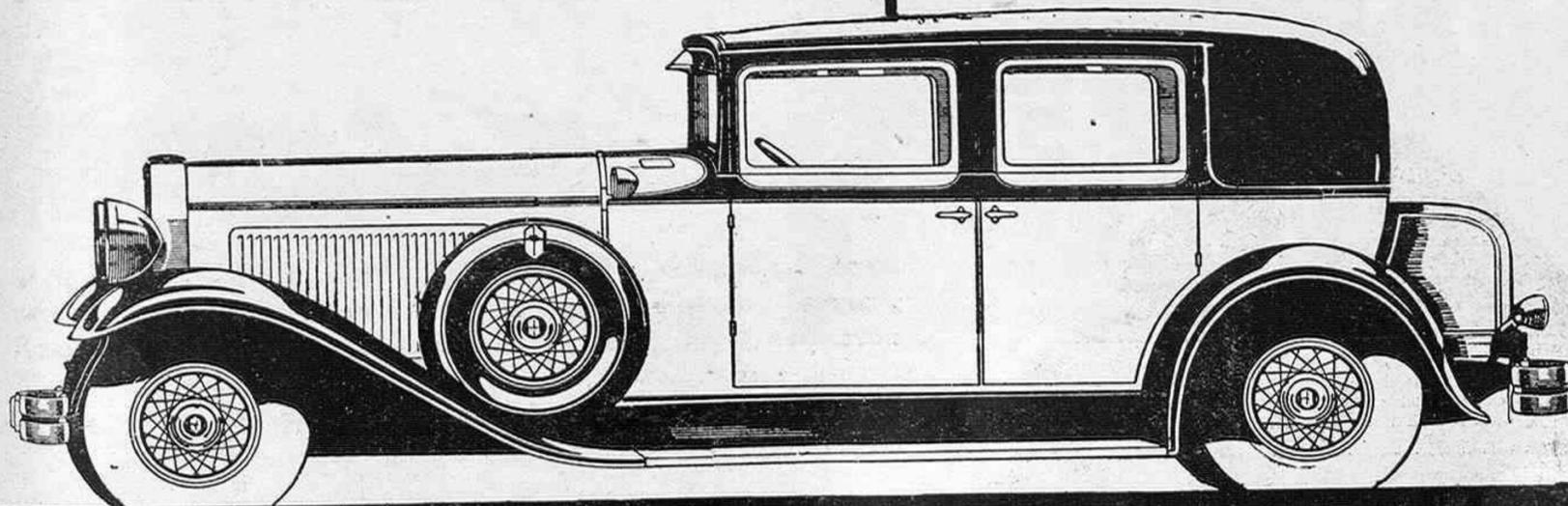


NASH "400"-1930



PRIMERA EXHIBICION OFICIAL DEL NUEVO "OCHO" DE DOBLE ENCENDIDO

HOY puede usted ver el nuevo "8" de Doble Encendido, producto Nash—Un automóvil que lleva el principio de ocho cilindros en línea, a un nuevo punto de alta perfección, verdaderamente asombrosa. Este Nash "Ocho en Línea" proporciona a su poseedor refinamientos en los gozes del automovilismo no ofrecidos por ninguno de los otros coches. Su eficiente estructura requirió una intensa labor de los Ingenieros Nash para su diseño y desarrollo, que se prolongó por más de tres años. El motor es una obra maestra de ingeniería y mecánica, en la que se combinan los principios de: ocho cilindros en línea, Doble Encendido, alta compresión, válvulas en la cabeza, cigüeñal de 9 cojinetes, integralmente contrabalaceado, con muñones huecos, y émbolos y bielas de aluminio. Este nuevo automóvil con este nuevo motor, se clasificará inequívocamente como una distintiva expresión del genio de los Ingenieros Nash en la construcción de automóviles. ¡Véalo—manéjelo—hoy mismo!



DIGNO SUCESOR DE UN GRAN TRIUNFADOR
EN EXHIBICION · TAMBIEN
NASH "400" 1930, "6" SENCILLO—"6" DE DOBLE ENCENDIDO

Distribuidor: H. E. MOTORS, S. A.

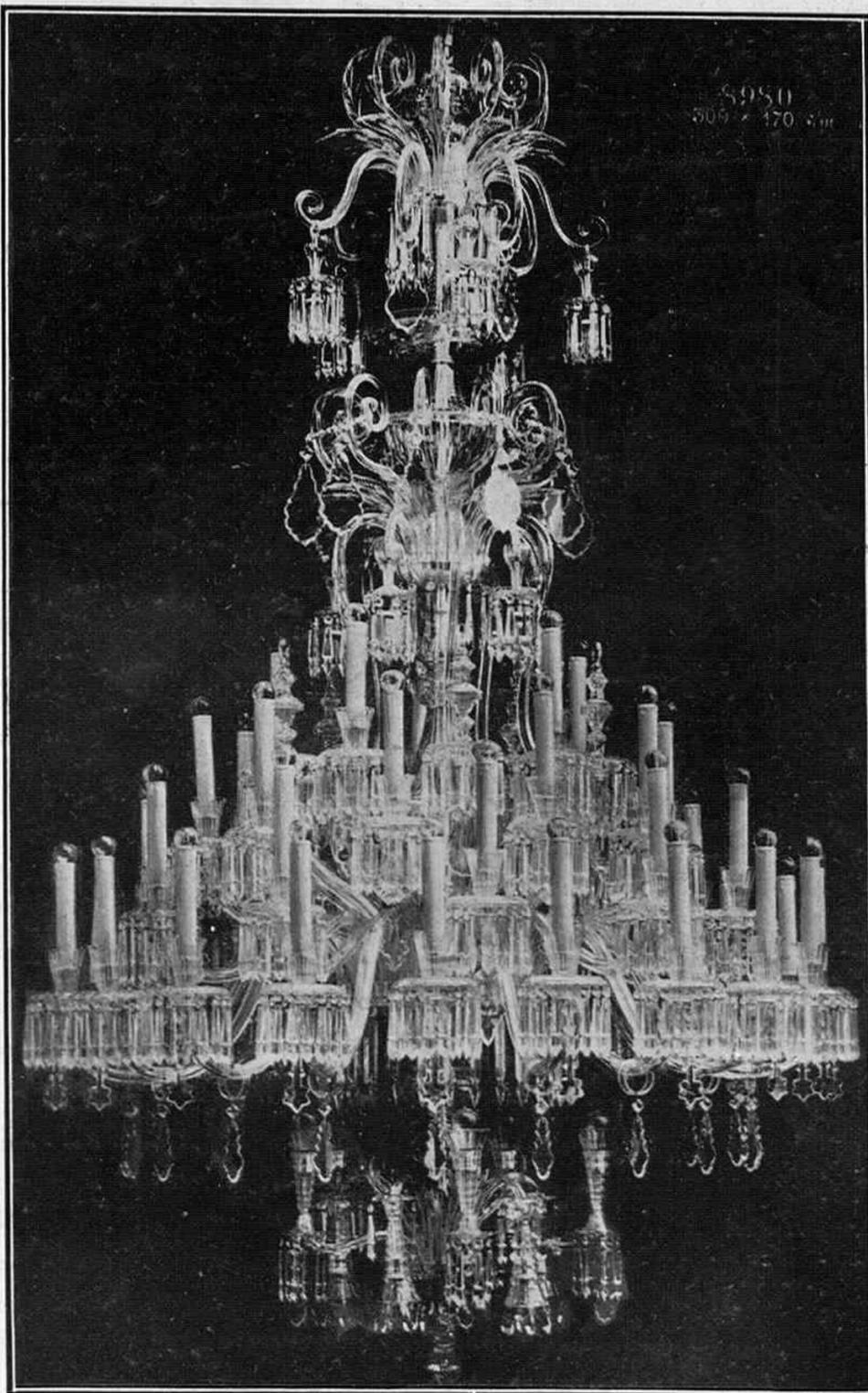
Avenida Conde de Peñalver, 7. - Teléfono 15310

Estación de servicio: Núñez de Balboa, 143. - Teléfono 53600. MADRID

CONCESIONARIOS:

Alicante: D. José Mataix, Plaza de Alfonso XII, 7.—Aragón: Sra. Viuda de E. Bescós, Paseo de Pamplona, 13, Zaragoza. En Huesca: Paseo de la Estación, 4.—Asturias: D. Jaime Espina, Garage Asturias, Plazuela San Miguel, Gijón.—Cataluña: D. Manuel Bigas, Avenida Alfonso XIII, 472, Barcelona.—Galicia: D. Francisco Riestra, Velázquez Moreno, 8, Vigo.—Guipúzcoa: D. Federico Zappino, Plazuela Lasala, 1, San Sebastián.—León: D. Félix Zuazo, Independencia, 6.—Logroño: Sres. Sáez Badillos y Martínez Ybeas, General Zurbano, 14.—Navarra: Sres. Olaz y Urmeneta, San Lorenzo, 17, Pamplona.—Salamanca: D. Matías Domenech, Doctor Riesco, 29.—Santander: D. Miguel López Dóriga, Paseo de Pereda, 32.—Valencia: Autolocomoción Casanova, Paz, 25, 27 y 29.—Vizcaya: Importadora de Camiones y Automóviles Ltd.^a, Garage Internacional, Lersundi, 11, Bilbao.

Un valioso presente



Araña de cristal de bohemia que el Sindicato de Periodistas checoslovacos ha regalado á la Asociación de la Prensa de Madrid para decorar uno de los salones de su palacio social. Trabajo de la Casa Elías Palme, de Kamenicky Senov, Checoslovaquia

Libros nuevos

El coche rojo, por C. A. y A. M. Williamson.

Novela publicada en la *Colección de Obras Maestras*. Editorial Juventud de Barcelona.

Esta singular novela contiene doce episodios que cada uno dura un mes, y éste va impregnado de los matices que ostenta la naturaleza en los momentos de su desarrollo, así como la intensidad sentimental de sus argumentos armonizan perfectamente con el estado de aquélla en la respectiva estación.

Desde luego, el protagonista capital de la narración no podemos decir que sea realmente un coche rojo, pero sí un detective joven é intrépido, que es su inseparable compañero, y que ejerce la profesión puramente por *sport*.

Este libro, á pesar de constituir una obra de intriga, de ambiente detectivesco, está tramada con suma elegancia y un exquisito sentido del humor.

—*Algunas obras pictóricas* de Armando Maribona.

«Le livre libre».—París, 1929.

Reflejan el presente cerca de un centenar de telas y dibujos—unas veces solicita al artista el paisaje, otras el retrato ó la caricatura—del excelente y notable pintor Maribona. Sin duda, Armando Maribona se ha propuesto con el presente álbum mostrarnos la extrema diversidad de su talento.

—*Mil pensamientos de Cervantes*, por Rafael Coello de Oliván.

He aquí un curioso é interesantísimo libro,

como esencia de todos los libros de Cervantes. Contiene las ideas máximas y sentencias más bellas que salieron de la excelsa pluma del «Príncipe de los Ingenios», y versan sobre religión, moral, vicios, virtudes, cualidades, defectos, ciencias, artes, fortuna, desgracia, tristeza, alegría, amor, celos, desdén, ausencia, mujeres, matrimonio, literatura, poesía, teatro, milicia, gobierno, medicina, etc.

Espasa-Calpe, S. A.—Madrid.

—*La bella miss Lilian*, por H. Courths-Mahler.

Novela publicada en la colección «La Novela Rosa». Editorial Juventud.—Barcelona.

Asistimos en *La bella miss Lilian* á la lucha de un amor oculto—y al parecer imposible—que alterna con el ansia de reivindicar un nombre alevosamente difamado tiempo atrás, resolviéndose ambos problemas—el sentimental y el de honor—del modo más feliz y natural, tras numerosas incidencias que hacen muy entretenida la lectura de esta novela.

—*Luis Candelas*, por Antonio Espina.

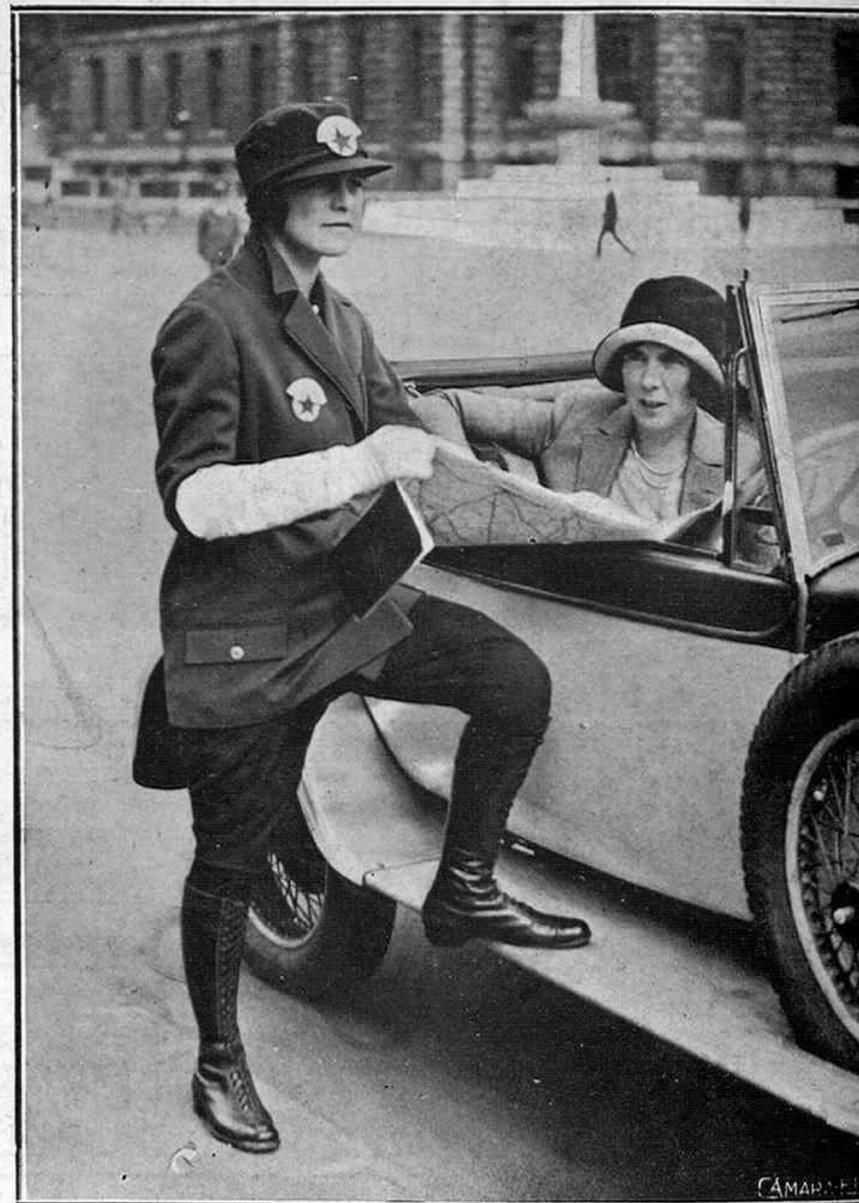
Editorial Espasa-Calpe.—Madrid.

Sin duda alguna el siglo XIX ejerce sobre nuestros escritores una particular atracción.

Antonio Espina ha novelado magistralmente la vida del popular «bandido de Madrid».

Con manifiesta habilidad el autor ha engarzado lo biográfico y anecdótico del simpático héroe que transcurre por el libro, para hacer de éste una novela de extraordinario interés narrativo.

Las «Road Scouts» en Inglaterra



He ahí una nueva conquista del feminismo en Inglaterra. Es la *road scout*, ó, literalmente traducido, la «exploradora de carreteras», cuya misión consiste en facilitar á los automovilistas toda clase de indicaciones útiles, ya respecto á los itinerarios más convenientes, ó bien respecto á aposentamiento, depósitos de gasolina, talleres de reparación, hoteles y hospederías, etc., y, en una palabra, cuanto pueda contribuir á hacer más agradable, cómodo y económico el viaje. Este servicio, completamente gratuito, ha sido creado hace pocos meses por la Woman's Automobile and Sports Association, de Londres. Nuestra fotografía presenta á una *road scout* urbana prestando auxilio á una turista extraviada en las cercanías de una población.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL

PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.